

# Nacer dos veces

## Voces de vida y resistencia en Arboleda

Libro ilustrado

REPARACIONES



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

NO ACEPTA SU VENTA  
Distribución  
gratuita  
NO ACEPTA SU VENTA



# **Nacer dos veces**

## Voces de vida y resistencia en Arboleda

Libro ilustrado



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

**Nacer dos veces**

**Voces de vida y resistencia en Arboleda**

Diana María Marín Arias  
Juan Carlos Jiménez Suárez  
**Investigadores y relatores**

Camilo Lozano Páez  
**Asistente de investigación**

Nidia Patricia Viteri Rojas  
Carolina Restrepo Suesca (2018-2022)  
**Líder Estrategia de Reparaciones**

Comité de impulso del corregimiento de Arboleda  
**Participantes de la investigación**

---

**CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA**

María Gaitán Valencia  
Ana María Trujillo Coronado (e) (agosto-septiembre 2022)  
Rubén Darío Acevedo Carmona (2019-2022)  
**Dirección general**

Álvaro Villarraga Sarmiento  
Carlos Mario López Rojas (e) (agosto-octubre 2022)  
Alberto Moreno Pérez (enero-julio 2022)  
Jenny Juliet Lopera Morales (2020-2021)  
**Dirección Técnica para la Construcción de la Memoria Histórica**

**Nacer dos veces**  
**Voces de vida y resistencia en Arboleda**

**Primera edición:** septiembre de 2023

**Número de páginas:** 180

**Formato:** 20x25 cm

**ISBN Impreso:** 978-628-7561-66-3

**ISBN Digital:** 978-628-7561-67-0

Manuel Guillermo Jaimes Roa  
**Asesor Estrategia de Comunicaciones**

Daniel Fernando Polanía Castro  
**Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones**

Martha J. Espejo Barrios  
**Corrección de estilo**

Kevin Nieto Vallejo  
**Diseño, diagramación, ilustraciones**

Imprenta Nacional de Colombia

**Impresión**

© Centro Nacional de Memoria Histórica  
Carrera 7 No 32-42 Pisos 30 y 31 Bogotá, Colombia.

Código Postal 110421

PBX: (571) 7965060

[www.centrodememoriahistorica.gov.co](http://www.centrodememoriahistorica.gov.co)

Bogotá D. C., Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia.

Queda hecho el depósito legal.

**Cómo citar**

Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2023), *Nacer dos veces. Voces de vida y resistencia en Arboleda*. CNMH.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica Nacer dos veces : voces de vida y resistencia en Arboleda / Centro Nacional de Memoria Histórica. Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica. Estrategia de Reparaciones ; Diana María Marín Arias, Juan Carlos Jiménez Suárez, investigadores y relatores ; Camilo Lozano Páez, asistente de investigación ; Kevin Nieto Vallejo, ilustraciones. -- Primera edición. -- Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2023.

180 páginas : ilustraciones, mapas en color ; 20 cm.

ISBN digital: 978-628-7561-67-0

ISBN impreso: 978-628-7561-66-3

1. Víctimas del conflicto armado -- Narrativas testimoniales -- Arboleda (corregimiento, Pensilvania, Caldas, Colombia) 2. Conflicto armado -- Arboleda (corregimiento, Pensilvania, Caldas, Colombia) 3. Reparación colectiva -- Arboleda (corregimiento, Pensilvania, Caldas, Colombia) 4. Memoria histórica -- Colombia I. Marín Arias, Diana María II. Jiménez Suárez, Juan Carlos III. Camilo Páez, Lozano IV Nieto Vallejo, Kevin V. Título

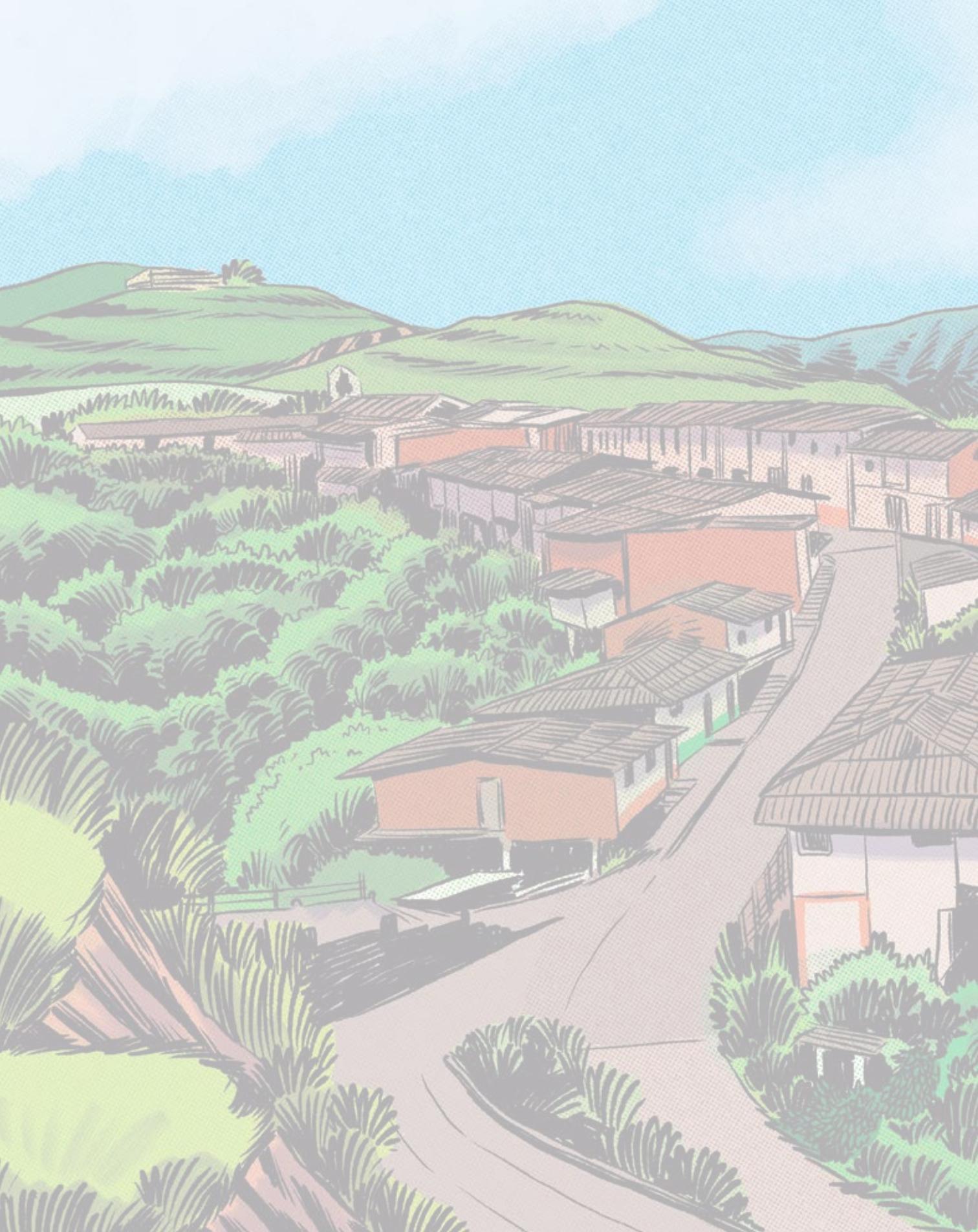
305.90695

CDD 22



## Contenido

Presentación .....	9
Prólogo .....	17
Un viaje por Arboleda .....	21
Comenzó una noche .....	43
El niño no llora .....	77
Entre dos paredes .....	103
Una casa olvidada .....	129
Historia de una carretera .....	153



A stylized illustration of a village with traditional houses and a large mountain in the background. The houses have tiled roofs and are surrounded by lush greenery. The mountain in the background is a mix of green and blue tones. The word 'Presentación' is written in a large, bold, red font across the center of the image.

# Presentación

Los relatos que tienen en sus manos son el resultado de la reconstrucción y recopilación de las memorias del conflicto armado sobre los hechos de violencia, resistencias y luchas que sucedieron en el corregimiento de Arboleda, en el municipio de Pensilvania, departamento de Caldas. Este proceso es un trabajo de memoria que da cumplimiento a la medida de satisfacción núm. 38550, con sus acciones 38551, 38552, 38553, 38554 y 38555, asignadas al Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en el Plan Integral de Reparación Colectiva (PIRC). Contó con la participación constante y activa de la comunidad, representada en el comité de impulso, que a partir del 6 de agosto de 2021 concertó la realización de un libro de relatos ilustrados, cuyo objetivo era acercar a la comunidad, especialmente a los niños, niñas y adolescentes, a la historia del corregimiento.

En ese espacio de concertación se acordó que el ejercicio de reconstrucción de memoria histórica daría respuesta a varios ejes temáticos fundamentales: los hechos de violencia que se sucedieron en el casco urbano y en las zonas rurales; los procesos de liderazgos comunitarios y su resistencia; y la historia cafetera. El sentido de estos tres ejes fue dar a conocer lo sucedido en Arboleda desde la mirada de sus propios habitantes, quienes resaltaron los hechos que consideraron de mayor relevancia y sus consecuencias en términos físicos, materiales y emocionales.

Para el desarrollo de estos ejes se definió una narración en primera persona, con una estructura de relatos acompañados de ilustraciones que ubicaran al lector en Arboleda, desde un enfoque visual, y que fueran atractivas para los más jóvenes. El acento en dar a conocer lo sucedido a otras generaciones se concibió con el propósito

de divulgar los horrores a los que se vieron sometidos y sometidas a causa de la presencia armada del Ejército y del Frente 47 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), pero, principalmente, de reconocer los legados de quienes han luchado por reivindicar una vida en paz, y apostar a la desestigmatización y aislamiento que aún hoy sufren como comunidad.

Para la construcción de estas historias se realizaron en 2021 seis entrevistas individuales semiestructuradas, cuatro entrevistas colectivas y un taller en el que se desarrollaron una línea de tiempo y una cartografía social, indispensables en la identificación de los hechos más relevantes para la comunidad, sus impactos, los lugares donde ocurrieron, las estrategias de resistencia y los actores armados involucrados. Además, se tomaron 98 fotografías de archivos históricos, de álbumes familiares y del corregimiento, que sirvieron de insumos para las ilustraciones.

De acuerdo con los ejes narrativos concertados, se construyeron seis relatos con base en lo recordado y narrado por las personas entrevistadas, que dan fe de lo ocurrido en las veintidós veredas que conforman el corregimiento<sup>1</sup>. Esto quiere decir que todo lo que está consignado en estos cuentos son hechos reales y que lo único ficcional son los personajes principales, creados para hilar cada historia. En consecuencia, ninguno de los nombres corresponde al de algún habitante del lugar. Esto respondió, primero, a un pedido de la comunidad y, segundo, a que cada uno de los cuentos se configuró desde las distintas historias escuchadas y, por tanto, no se pueden atribuir a un solo arboledeño o arboledeña.

En ese sentido, en el primer relato, *Un viaje por Arboleda*, se narró desde la voz de dos personas que conversan sobre las fiestas y costumbres que se realizaban en el corregimiento y sus transformaciones a raíz de la violencia. Se enfocó en detallar los hechos ocurridos el 17 de febrero de 2006 en el casco urbano del corregimiento, por un ataque realizado, según varios testimonios de la comunidad, por presuntos

---

1 Las veredas son: Anime Bajo, Anime Alto, Cabilditos, Campoalegre, El Billar, El Bosque, El Castillo, El Recreo, El Sandal, Guacas, La Cruz, La Estrella, La Florida, La Loma, La Mina, La Palmera, La Torre, Los Medios, Playa Rica, Samaria, Verdal Alto y Verdal Bajo.



**Departamento de Caldas, Colombia**

**Municipio de Pensilvania**



**Corregimiento de Arboleda**

integrantes de grupos paramilitares, que dejaron a dos personas asesinadas, varias heridas y el desplazamiento forzado de varios de sus habitantes.

En el segundo, *Comenzó una noche*, se describen los miedos a los que se enfrentó la comunidad rural de Arboleda a causa de la presencia constante del Frente 47 de las FARC-EP. A partir de la cotidianidad de una mujer se evidencian las prevenciones, los peligros y los malestares a los que estuvieron sometidos los y las campesinas del corregimiento. En este hilo narrativo se entreteje, por medio de las voces de tres jóvenes, lo que fue una de las principales afectaciones que sufrió la comunidad campesina: el reclutamiento forzado. Allí también se menciona la masacre que realizó este mismo frente en la vereda Samaria, a principios de enero de 2004, en la que asesinaron a nueve campesinos: Jhon Freddy Castaño Osorio, José Vicente Castaño Osorio, Duvel Gutiérrez, José de Jesús Flórez, Nelson Nieto Tabares, Wilson Gonzalo Nieto, Robeiro Díaz Montoya, Norberto Nieto Valdés y Gabriel Quintero.

En *El niño no llora*, el tercer relato, se cuenta la vivencia de una mujer encerrada en un cuarto de su casa con otras personas, quienes se refugian del ataque al centro urbano de Arboleda, en la toma guerrillera del 29 de julio de 2000 por los frentes 9 y 47 de las FARC-EP. Es a partir de este hecho que ella recrea lo que es su vida amorosa, y detalla los aspectos previos a la toma guerrillera.

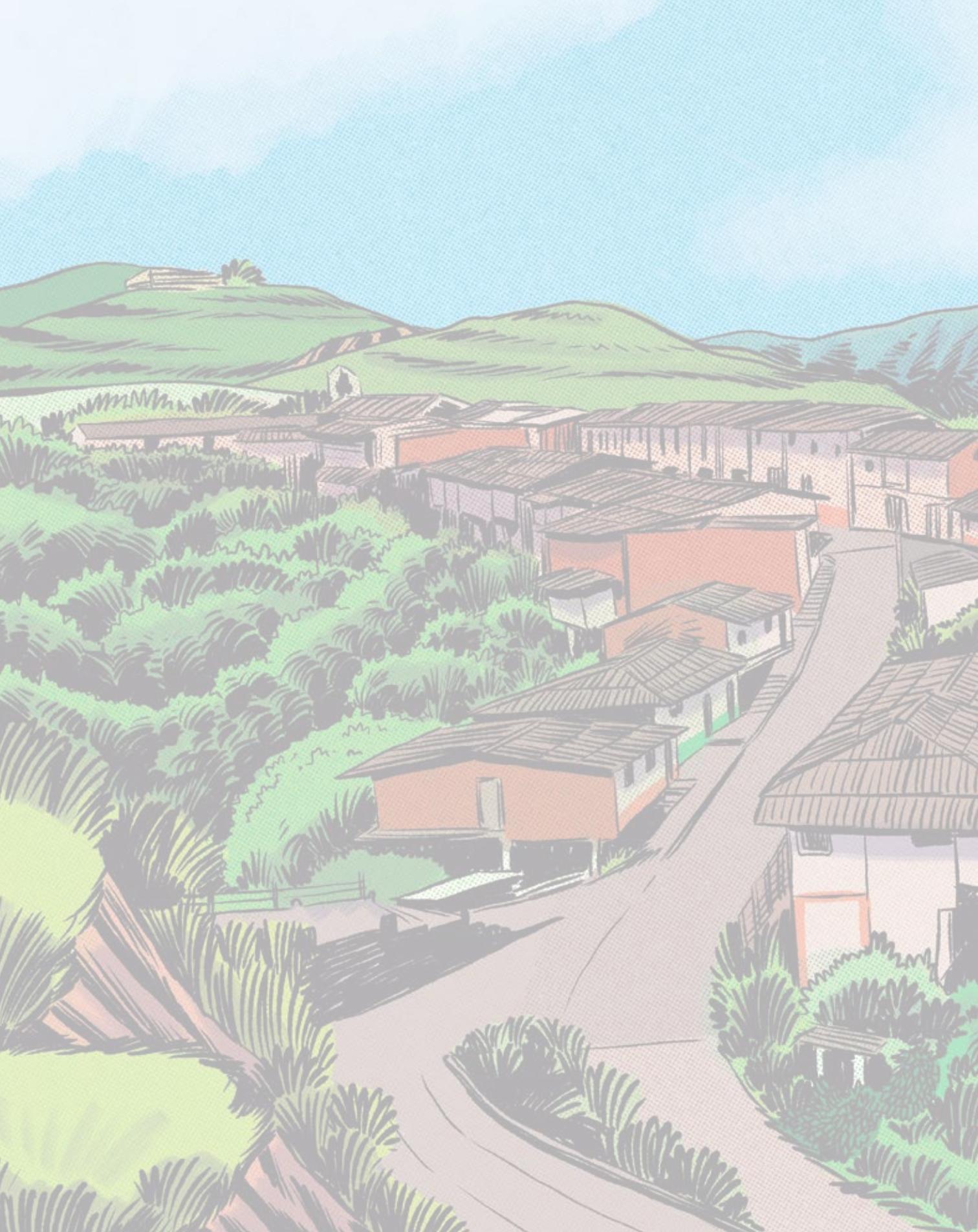
En el cuarto relato, *Entre dos paredes*, se cuenta la historia de una familia que habita en una vereda cualquiera de Arboleda, que debe convivir con las presiones, los señalamientos y la estigmatización de las FARC-EP y de algunos miembros del Ejército.

El quinto relato, *Una casa olvidada*, hace referencia a la crisis cafetera que se vivió en Arboleda y a la decisión de una familia de acercarse al cultivo de la coca para sobrevivir. Desde la voz de una mujer campesina se describe cómo la situación se tornó crítica para muchos de los habitantes del corregimiento, quienes no encontraron otra alternativa más de subsistencia, además de que existía presión de las FARC-EP para que la sembraran. Este relato también se construye con base en una petición insistente de la comunidad: poner en el debate el tema de las ejecuciones extrajudiciales que han pasado desapercibidas en la región.

El último, *Historia de una carretera*, cuenta la vida de una niña de una familia cafetera, cuyo padre es un líder comunitario del que va aprendiendo en cada momento. Pese a las dificultades de las comunidades por organizarse, pues toda la relación comunitaria está controlada y vigilada por el Frente 47 de las FARC-EP, la niña se va destacando hasta convertirse en una reconocida lideresa social.

Este libro de relatos ilustrados es el resultado de las historias, experiencias, percepciones y trabajo de quienes han vivido, luchado y permanecido en el territorio. Se busca con estos escritos trascender el horror de la violencia para resaltar sus resistencias y sembrar en la niñez y en la juventud de Arboleda la semilla de la lucha, el amor por su territorio, la continuación de sus liderazgos, la búsqueda de la paz y, sobre todo, seguir juntos y juntas.







# Prólogo



**B**ienvenidos y bienvenidas sean todas las personas que quieran conocer este libro de historias que se construyó con las experiencias y los testimonios de quienes habitamos este territorio, el corregimiento de Arboleda. Son seis relatos sobre los tiempos difíciles de la violencia, desde finales de los años ochenta, cuando se escuchó hablar con mayor fuerza de la presencia de la guerrilla de las FARC-EP, hasta la primera década del nuevo siglo, viviendo los abusos y señalamientos del Ejército, junto con el rumor de la presencia y accionar de los paramilitares. Pero eso sí, con la misma severidad que nos golpeó, así igualito, a ese mismo nivel resistimos, luchamos y aguantamos.

¿Que si sufrimos? ¡Claro!, como muchos no podrán imaginarse y como nosotros a veces ni queremos recordar. Pero entre lo que nos dejó este terror también está la memoria que se niega a apagarse, que nos recuerda lo mucho de lo que somos capaces y, sobre todo, les dice a quienes les somos desconocidos que la intención, al enseñarles nuestras cicatrices por medio de las palabras, es que esperamos que algo dentro ustedes se mueva hacia una reflexión profunda, algo que les permita decir junto a nosotros: que no se repita.

Los relatos son una ventana que abrimos para que se asomen a ver una pequeña parte de lo que fue nuestra existencia durante esos días y lo que ahora es nuestra vida.



La constante de estos cuentos, seguros de no equivocarnos, fue la presencia de las personas armadas, con tal vez ropas distintas, pero sí las mismas armas y la actitud de señalarnos de manera similar: que nosotros, los campesinos, éramos los malos: o éramos sapos o éramos guerrillos. La burla, la sospecha y la muerte la desplegaron con la misma fuerza; y nosotros ahí, aguantando. Porque sí, al lado de sus tratos injustos, ahí estábamos soportando y defendiendo la vida frente a cada una de sus acciones. Por eso, no esperen solo historias sobre lo deshonorosos que fueron los armados, sino también pequeñas victorias, risas en medio de tantas pérdidas, música cuando solo nosotros la podíamos escuchar, conversas animosas en medio del calor de un chocolate y el recuerdo de un amor cuando afuera todo se derrumbaba. Mejor dicho, la vida metiéndose entre los espacios que dejaba la rapaz muerte.

Así que la invitación es a que se acomoden con un tintico o una aguapanela, o lo que prefieran; que nos lean y piensen en nosotros y en lo que nos pasó. Imagínenos cuando se detenga a ver las ilustraciones, sus colores, sus paisajes y los rostros. Y si se les antoja, váyanse a recorrer estas memorias, sientan que están ahí, a nuestro lado, viviéndolo también. Y cuando terminen, acompáñennos en una pequeña plegaria sencilla, pero con mucho sentido: que sin importar el lugar, esto no vuelva a pasar. Sigán, pues.



An illustration in a sketchy, expressive style. A man with a mustache and short hair is shown in profile, looking towards the left. He is wearing a light-colored tank top and has a cigarette in his right hand. To his left, a woman is partially visible, wearing a hat and a light-colored top. The background is a simple, light blue wash. The overall mood is contemplative and narrative.

# Un viaje por Arboleda

Un viernes en la tarde, en uno de los billares del parque de Arboleda, se encuentran dos amigos de antaño, Fabio y Ramón, a recordar en medio de guaros y música lo que han vivido y lo que sueñan para este corregimiento que ha sido siempre su casa y la de sus ancestros. Ellos siempre comparten anécdotas sobre su pasado no solo con la intención de rememorarlo, sino también para que lo conozcan las personas que están a su lado y los escuchan con atención...

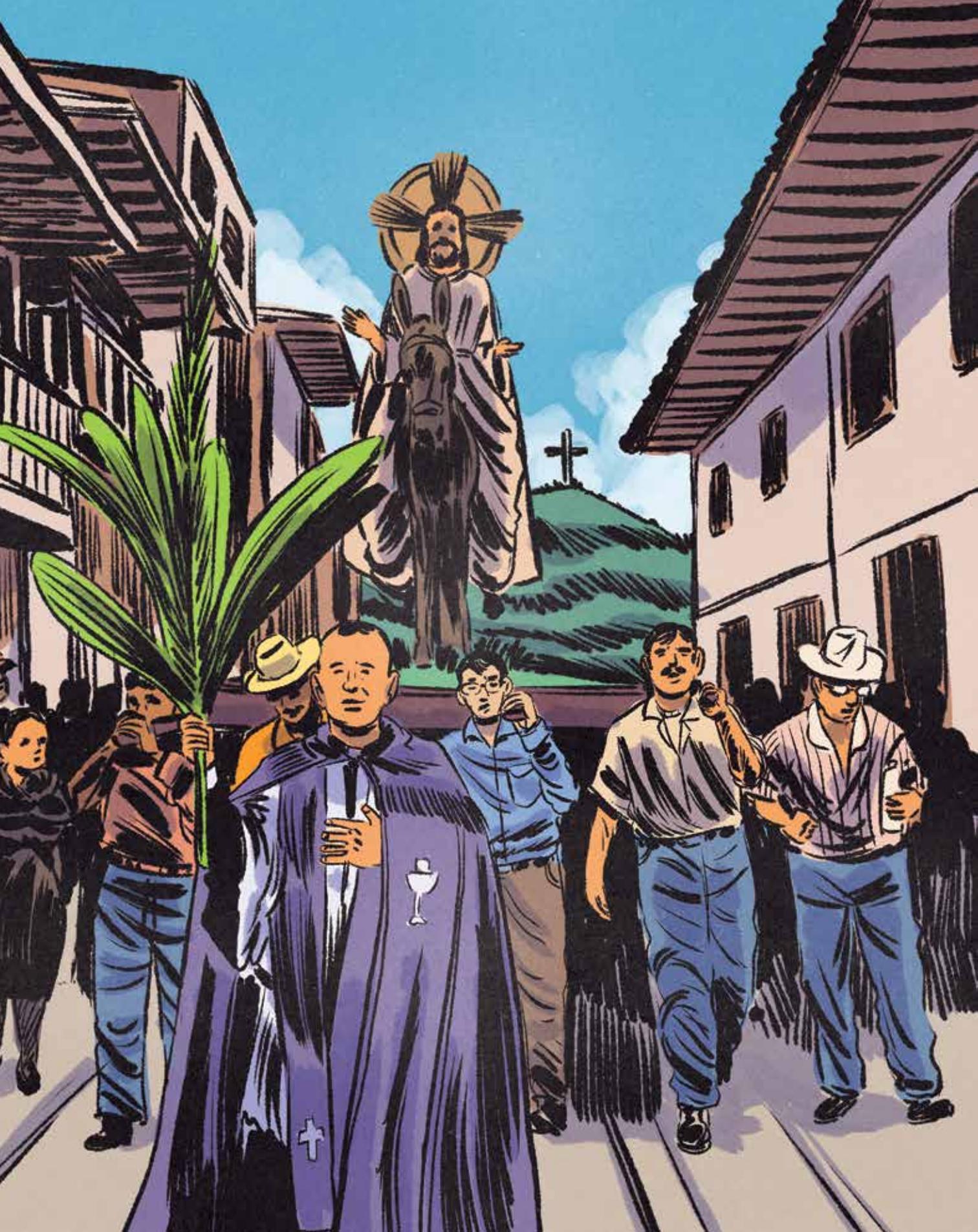
*Fabio:* Eso fue más o menos a finales de los años setenta, ¿cierto, Ramón? Para esa época yo tenía unos diecinueve años y fue por esas mismas fechas que nos conocimos. Ahora tengo sesenta y siete. Fue en el billar de Gabriel, y a pesar de que éramos vecinos, porque los dos siempre hemos vivido aquí en el pueblo, no nos hablábamos mucho, hasta una vez que coincidimos, y entre guaro y musiquita nos hicimos amigos hasta el son de hoy.

*Ramón:* Sí, así fue. Yo por esas fechas, si mal no recuerdo, tenía por ahí unos veintitrés, haga cuentas. Y tal cual, en el billar escuchábamos tangos, carrilera, guasca; tomábamos aguardiente y conversábamos hasta que Gabriel cerraba. De ahí nos íbamos varios para el parque, todavía con el sonsonetico de la música en la cabeza, a seguir hablando y bebiendo. Hasta que nos cogía el sueño y cada uno desfilaba para su casa.

*Fabio:* Ah, esas eran otras épocas, desde ese entonces esto ha cambiado mucho. ¿Vos te acordás, Ramón? Este parque era más tierrita que otra cosa, con pinos alrededor y casas de madera. Es que prácticamente esto no era sino madera. En la cabecera estaba la iglesia que había antes. Una belleza. La construyeron con muchas de las manos de la gente de acá. Y en el centro del parque, un Simón Bolívar. Es que en estos pueblos nunca falta la estatua de Simón.

*Ramón:* Claro, claro. Y es que el pueblo no solo ha cambiado en eso, sino también en las celebraciones. La elegancia de fiestas que se hacían acá, ni comparación a lo que ahora son. Aunque, pa' qué, están mejorando. De a poquito salimos de ese atolladero. Por ejemplo, a mí me gustaban mucho las del 8 de diciembre, las de la Inmaculada Concepción. Venía gente de todas las veredas al pueblo, se hacía la Novena a la Virgen y se le daba una ofrenda a la iglesia, que era un dinero que reuníamos entre





todos. El parque, vea hombre, llenaban eso de culebras, pura pólvora que ponían a estallar, y eso sonaba tan duro que daba miedo. Y la música no podía faltar. Por esas fechas era que acá llegaba un grupo de música religiosa, unos señores ya entrados en años, muy buenos pa' tocar.

*Fabio:* Lo que pasa es que en Arboleda hasta rezar se convertía en una fiesta, ¿o no, Ramón? Y no porque todo sea parranda, sino porque siempre hacemos de cualquier motivo una excusa para juntarnos. Si no me cree, vea la Semana Santa. Salía todo el pueblo a encontrarse en la oración y a hacer las procesiones desde el domingo de ramos hasta el domingo de resurrección. Tocaba encomendarse, porque si así nos fue con el rezo en la boca, póngale cómo hubiera sido si no. Dábamos la vuelta por todo esto rezando. Y el fin de semana, lo que era el sábado y domingo santo, bajaban los de las veredas, y ahí sí éramos todos orando.

*Ramón:* Ahora Fabio, recuerde lo que era la ropa de ese tiempo. ¡Ay, hombre! La gente se ponía sus mejores galas. Los hombres con sus pantalones y sus sombreros de pluma, y las mujeres con sus vestidos y hasta algunas con velo. Lo duro es que a vos y a mí más de una vez nos tocó cargar santos. Eso era muchas veces caminando bajo un sol picante y otras veces bajo la lluvia. ¡Qué cansancio más berraco!

*Fabio:* Uy, sí, quedábamos con esas camisas escurriendo sudor. Eso que las procesiones no eran solo en Semana Santa, sino también el día de los mil jesuses. Ese día Ramón y yo nos íbamos caminando desde acá hasta ese pico donde ahora se ve el comando. Aunque esa vez lo que nos salvaba era que no nos tocaba cargar santo, porque ahí sí le digo que no hay quien le dé aguante.

*Ramón:* Mire, allá donde ahora está el comando de policía, en esa montaña. Antes había una cruz que construyó un profesor de Arboleda, don Aquileo. Él ya murió. Muy rezadero. No faltaba a la misa. ¿Vos te acordás, Fabio? Era tan enamorado de la cruz que en ese pico la construyó y además la llenó de bombillos. Esa cruz en las noches se veía iluminada, brillaba en esa altura. Y pues, todos los tres de mayo nos íbamos desde acá rezando los mil jesuses y cuando llegábamos, el cura celebraba la misa.

*Fabio:* Yo a esa cruz sí que la quería. Al final se cayó, porque con la construcción del comando no dejaban subir, dizque por temas de seguridad. Entonces ¿quién le iba a poner la mano? Nadie, no se podía. Así se fue perdiendo, deteriorando. Qué pesar, de verdad, porque yo pensaba en las noches que desde acá del parque uno se quedaba mirándola, como ensoñado.

*Ramón:* Me acuerdo de eso y me da hasta risa porque no solo don Aquileo vivía enamorado de la cruz, sino vos también, Fabio. Tanto, que recuerdo que cuando nos sentábamos en el parque después de salir del billar, vos te quedabas mirándola y cantabas esa canción de Los Pamperos que dice: “Se fue lo que más quería / Todo mi amor se me fue / Solo me hace compañía / El Cristo de la pared”. Y nosotros te decíamos, “¿cuál pared, Fabio?”.

*Fabio:* Bueno, era el Cristo de la montaña, pero lo importante era el sentimiento. El caso es que, años después, el cura de acá decidió construir otra. Allá sí se puede subir y también se celebra la misa cuando la gente va. Aunque hasta ahora ninguno de los dos hemos ido. Por mi parte quién sabe si lo haga, ya estoy viejo.

26

*Ramón:* Ya se va a poner nostálgico. Mejor acuérdesse de las Fiestas del Arriero, cómo pasábamos de bueno. Esas sí son fiestas, fiestas, y se hacen normalmente todos los noviembrés.

*Fabio:* Oiga, sí, yo sí que gozaba esas fiestas. Es que yo siempre he sido de ambiente, de disfrazarme. Con los amigos nos tomábamos los aguardientes y bailábamos, parrandeábamos. Me acuerdo que traían hasta unos músicos de Sonsón. Ahí era que yo aprovechaba para festejar y vivir la fiesta. Vea, este parque era llenito de caballos, no había dónde amarrar uno más. Y la gente de las veredas amanecía bien enfiestada, y si lo que querían era dormir tampoco tenían de qué preocuparse porque aquí cualquiera les daba posada.

*Ramón:* Nada de preocupación. Y si por cosas de la vida no encontraban, pues también estaba mi cama para descansar. Porque, eso sí, no hubo fiesta que no nos quedáramos amaneciendo en el parque.



*Fabio:* Ah, eso sí, Ramón. Eso sí que es bueno recordar, lo bueno que pasábamos y lo mucho que se añora. Ponían casetas por toda parte y había una muy grande, como una ramada. Teníamos hasta reinas y ganaba la que más recogiera plata. Después ese dinero era para beneficio del pueblito. Entonces la cosa era así: se elegía una junta y los que la integraban eran los que administraban esa plata, ¿sí? Ah, que había tal cosa mala y se necesitaba arreglar, pues con esa plata se hacía eso.

*Ramón:* ¿Sabe qué, Fabio? Me hizo acordar de la vez que se mandó a arreglar la corregiduría con la plata de las fiestas del Arriero. Estaba a punto de caerse. Entonces se volvió a parar y se dejó habitable. Pero para nada, porque en la toma de la guerrilla de las FARC, el 29 de julio de 2000, la volvieron escombros. Ahí nos quedó la plata del reinado. Nosotros dijimos, “a eso no le volvemos a meter ni un peso”. Como en esa época la guerrilla y la policía se mantenían tirándose unos a otros, más nos demorábamos en pararla que ella en caerse. Ya con los años fue que el gobierno la volvió a construir.

28

*Fabio:* Claro, ese fatídico día no se olvida. Menos mal eso cambió para bien, al menos por un tiempo. Es decir, cuando la retoma, el Ejército sacó corriendo a la guerrilla, y ese mismo día tumbaron los pasacalles que decían que esto era de las FARC. ¿Sí se acuerda de los pasacalles que iban pegados de un lado al otro? Pues bueno, ese día todo pal’ piso y esos manes salieron de acá pa’ no volver. Pues del pueblo, porque en las veredas era otro cuento, allá aguantaron más tiempo.

*Ramón:* Me acuerdo como si fuera ayer. Eso fue como un fresquito. Es más, yo empecé a apurar a Gabriel pa’ que abriera el negocio más rato porque ya no estaba ese toque de queda hasta las diez de la noche impuesto por los guerrillos. También le decía que esto ya era otro cuento, que ahora sí como éramos antes... Y pues, eso no es tan cierto, porque uno nunca es el mismo, y tampoco la gente, ni el pueblo, todo cambia. Lamentablemente, en este caso, todo cambió a la fuerza.

*Fabio:* Y uno no solo lo dice porque todo cambia por el paso del tiempo, es ley de vida. Sino también porque después de la retoma, cuando sentíamos que nada malo pasaría, sucedió algo que era inimaginable.

*Ramón:* ¿Qué?, ¿lo del 17 de febrero?

*Fabio:* Eso, lo de ese viernes... ¿eso en qué año fue? ¿2006?

*Ramón:* Sí, Fabio, en el 2006. Vea, como si estuviera pasando en este momento, lo recuerdo completo. Ese día yo me levanté como a las siete de la mañana, desayuné, me bañé y me arreglé para irme para el trabajo, que queda aquí mismo en el pueblo. Yo trabajaba en el almacén de insumos del Comité de Cafeteros. Allá estuve como hasta las dos, y preciso ese día me había cogido la tarde para ir a almorzar, entonces arranqué y cuando estaba pasando por el pueblo en dirección a mi casa me encontré con Jairo Humberto. Me contó que estaba con el cura haciendo un trabajito en el cementerio. Los saludé y me seguí pa' la casa, estaba pasado de hambre. Almorcé, me tomé mi tintico para la digestión y salí otra vez para el trabajo. Cuando estaba pasando por el pueblo, ese revuelo tan impresionante, todo el mundo alborotado. No entendía nada. Cuando en una de esas me ataja doña Teresa, una vecina, que me dijo:

Ramón, ¿usted sí supo?

—¿Saber qué? No, nada doña Teresa. Yo apenas vengo de mi casa, estaba almorzando.

—Ay, si viera, mataron a Jairo Humberto, el pelado que le ayuda al padre.

—¿Cómo así? No, doña Teresa, yo preciso lo saludé ahorita que iba para la casa. ¿Cómo que lo mataron?

—Imagínese. Yo acabo de venir de donde lo dejaron.

—Pero ¿qué le pasó?, ¿él no estaba pues con el cura?

—Pues, Ramón, la gente aquí cuenta que él se quedó esperando al padre en la cafetería de la esquina, tintiando. Cuando, casi a las tres de la tarde, pasa dizque una camioneta verde azulada con cinco hombres vestidos como usted, nada de uniformes, y a insistirle que se subiera. Díganle y díganle hasta que no se sabe por qué, ni cómo, lo convencieron y siempre se montó. ¿Él qué se iba a imaginar? Cuando ya iban de aquí pa' más adelante, como por el cementerio, dicen que se

tiró del carro, pero que igual lo alcanzaron y al frente de una casa de allá de la Estrella lo mataron.

—No, doña Teresa, no le puedo creer, ¿cómo va a hacer eso? No, pues que esto estaba sano por acá —le dije

—Ay, Ramón, por Dios, mijo, esto todavía está duro. Mire cómo están esas veredas, eso no es sino bala.

—Pero ¿qué han dicho?, ¿quién lo mató? —le pregunté.

—No, pues lo que dicen es que uno de esos hombres era un conocido de acá, y que eran los paramilitares.

—Ay, no me agüe la fiesta así. ¿Ahora esos? Lo que nos faltaba.

—Pues eso dicen mijo, yo no sé. Ahora a acompañar a la familia del muchacho y mañana temprano pa' misa. No queda más que rezarle a Dios por su alma, y a rogarle a que no se tire esa gente para acá, porque le digo pues que yo no aguanto un muerto más.

—Ahí sí me dejó sin palabras.

—Sí, Ramón. Yo por ahora me voy a resguardar, no vaya a ser que los vea por ahí ... Usted haga lo mismo.

Ahí mismo me fui rápido pa'l trabajo, no fuera que se devolvieran y les diera por matar más gente. Me acuerdo que ese día iba a hacer dizque el inventario del almacén, pero no hice nada. Además, que cualquiera que entraba era para hablar de lo que había pasado, sobre qué íbamos a hacer y pensando que nos iba a tocar desplazarnos.

*Fabio:* Claro. Es que eso no nos cabía en la cabeza, no era posible que la opción fuera seguir con la misma violencia, pero hecha por otros. Eso se sentía como saliendo unos y entrando los otros, y a bala, porque eso sí, eso es matando y maltratando a la gente. Qué susto más berraco el que sentíamos.





*Ramón:* Oiga, pero con susto y todo, desde por la tarde me dije: “Ramón, esto no se baja sino con unos aguardienticos y con música”, y me planillé para ir donde Gabriel en la noche y convidarlo, Fabio. Y así fue. Cerré y me tiré a la casa a comer, me cambié y de ahí pa’l billar. No sin antes pasar por su casa, que ahí mismo se animó.

*Fabio:* Vea, es que yo estaba en las mismas... Cuando llegué a la casa, como a las cinco de la tarde, mamá me contó todo, estaba muy nerviosa. Yo sí no le decía nada para no reforzarle ese miedo, pero hombre, yo estaba asustado, cómo no. Por eso, cuando vos pasaste a convidarme, yo no dudé. También sentía que tenía que desestresarme. Y así fue. Yo que llego al billar y eso era otro ambiente. La gente estaba cantando, tomando, unos jugando billar y otros jugando cartas. Claro, igual no faltó el diálogo sobre lo que pasó en la tarde. Muy triste, sobre todo porque en ese momento al muchacho lo estaban velando en una casa a la entrada del pueblo.

*Ramón:* Es que no había forma de evadirse de la realidad. Preciso ahí, conversando, fue que contaron que él estaba desyerbando el cementerio con el cura, y que en una de esas le dijo: “padre, el día que yo me muera, me entierran acá, donde estoy desyerbando”. Increíble eso, ¿no? Pues, ahí mismo fue que lo enterraron. Le cumplieron su último deseo. Él como que presentía la muerte.

*Fabio:* Es que eso dicen, que uno siente cuando se va a morir, como que algo le avisa. Yo prefiero que la parca no me diga nada, que se quede calladita, ¿pa’ qué?, como si se pudiera hacer algo. Nada, solo pa’ asustar.

*Ramón:* Este Fabio sí es nervioso. Al final a todos nos va a pasar. Aunque, claro, nadie quiere morir así.

*Fabio:* No, no diga eso Ramón, que el palo no está pa’ cucharas... El caso fue que mientras estábamos en la barra conversando con Gabriel, contando lo de la tarde y escuchando música, al lado estaban unos manes tomándose medicita de guaro. Yo la verdad no recuerdo haberlos visto por acá, pero uno cree que vienen de paso o que van para alguna vereda a trabajar. El punto es que no les paramos muchas bolas. Ramón, ¿qué horas serían, se acuerda?, ¿por ahí las nueve de la noche?

*Ramón:* Sí, más o menos esa hora, si no eran las nueve, iban siendo...

*Fabio:* Entonces imagínese, de un momento a otro esos manes se paran, y al siguiente parpadeo estaban encendiendo esto a bala. ¡Ay, Dios mío!, vea, es que uno no sabía ni qué hacer. Los dos nos tiramos pa'l piso. Gabriel hizo lo mismo, al otro lado del mostrador. Bien agachados y pálidos. Ahí nos fuimos arrastrando hasta que nos arrinconamos al lado de la rockola. Eso no sonaba sino ¡ta!, ¡ta!, ¡ta!, pura bala, gritos, cosas cayéndose, vasos rotos. Una cosa impresionante. Y yo bien acurrucado con la cabeza entre las piernas. Cuando, de un momento a otro, el silencio más absoluto. Esperé y esperé. Al ratico, una gente empezó a hablar y otra a gritar. Ahí fue que me atreví a medio alzar la cabeza y cuando miré al lado, no había nadie, vos no estabas por ahí. Comencé dizque a buscarte y, bien chismoso, vos ya estabas parado al lado de una de las mesas.

*Ramón:* Es que pa' miedoso, vos, Fabio, ¡Ave María!, si hacía rato que esa gente se había ido, pero como vos no alzabas la cabeza para nada, no se había dado cuenta. Es que yo los vi cuando se fueron, porque, aunque agachado, seguía mirando. Vos sí estabas quieto, parecías un bulto de papas arrumado. No se te distinguía nada de lo envuelto que estabas.

*Fabio:* Pues Ramón, me prefiero mil veces miedoso, que quién sabe cómo. Es que hay que cuidarse, ni riesgos, si se devolvían ¿qué?, y uno ahí echando ojo. No. Ni por el carajo... Recuerdo entonces que me levanté, me acerqué, y cuando miré con más cuidado, vi que Melina estaba muerta sobre la mesa y varias personas heridas en el piso. Eran como cinco. Esa muchacha no respiraba, ni tenía pulso, los demás se quejaban. A Melina yo la conocía desde antes. Ella trabajaba como enfermera en la vereda Samaria y luego la trasladaron a La Torre, pero vivía acá en el pueblo con su hijito de ocho años y su esposo.

*Ramón:* ¿Sabe qué, Fabio? Me parece estar viéndola. Ese día cuando entré, la saludé. Yo siempre la veía los viernes o los sábados. Le gustaba mucho jugar cartas.

*Fabio:* Sí, también recuerdo que la vi cuando entré, hasta me acuerdo donde estaba sentada. Es que esos hombres estaban en el mostrador y Melina les daba la espalda.





Según dicen los que estaban con ella, no alcanzó ni a verlos y mucho menos a mentarles la madre. De una le dispararon...

*Ramón:* Fue una escena bien difícil. A los heridos los alzamos como pudimos y los llevamos al centro de salud, a ver qué se podía hacer. Yo me quedé afuerita y ni me había dado cuenta de que tenía la camisa y las manos llenas de sangre. Es más, fue tanto el susto, que para ese momento tenía de los años que no fumaba, pero de la impresión le pedí a un pelao que me regalara uno.

*Fabio:* Ay, Ramón, a mí hasta se me bajó la prenda. Me quedé también un rato por si necesitaban algo, hasta que dijeron que se los debían llevar para el hospital y mandaron a llamar al conductor y al ayudante de la escalera para que los bajaran. Ellos son los que siempre se quedaban amaneciendo acá para arrancar al otro día bien temprano para Pensilvania, y pues preciso en esa situación eran los únicos que nos podían ayudar.

*Ramón:* Oiga, Fabio, pero al menos no se demoraron mucho. Al ratico llegaron, todavía con cara de sueño. Montamos los heridos y después de eso fue que ambos decidimos irnos pa' la casa. Ya no había nada que pudiéramos hacer.

*Fabio:* Venga, pero vea el caso que me pasó, porque no acabaron los sustos del día. Arrancamos cada uno para su casa y, cuando llegué y abrí la puerta, mamá se puso a gritar. Tenía la cara desencajada y el rosario en la mano. Yo solo atiné a decirle “mamá, yo estoy bien, tranquila”, mientras ella no dejaba de ponerse las manos en la cara. Cuando salió del espanto, se me acercó y ni me dejó hablar, solo preguntaba:

—¿Qué es eso mijo? ¿qué pasó?, ¿usted por qué viene así? Ay, no. Estoy acá con el rezo en la boca, míreme la tembladera. Usted no sabe cómo me puse cuando escuché esa balacera. Después pasaron diciendo que fue en ese billar en el que usted se mantiene. Ay, bendito, Fabio, casi me muero, por Dios. Es que usted es muy llevado de su parecer, no escucha ni consejos. Le dije una y otra vez que no saliera, que no se fuera pa' allá después de lo que pasó en la tarde... y vea, es que no escucha.

Yo no le respondí nada, todavía tenía la cabeza en el billar. Caminé para la pieza y ella detrás. Como que el susto la puso así. Tanto, que me tocó sacarla de la pieza para cambiarme. Cuando me miré, claro, yo veía a los demás ensangrentados, pero no me había visto a mí. Tenía la camisa, parte del pantalón y las manos llenitas de sangre. Me limpié como pude pero luego me cambié. Cuando salí, ya estaba más tranquila. Creo que fue porque me vio sin sangre. Le dije que tomáramos aromática, y con el pocillo caliente entre las manos nos sentamos en la sala bien calladitos. Ya ella no quería ni preguntar. Esa noche no pegué un ojo, pensando en lo que se nos venía. Todo lo que imaginábamos era horrible.

*Ramón:* Menos mal yo vivo solo, porque estaba igualito. Llegué, me cambié y, eso sí, a dormir. No quería pensar en nada, y lo que me salvó es que estaba cansado. Eso hizo que no le diera mucha vuelta a la cosa. Es que yo he sido de la política de que lo que ha de pasar, pasa, y pues si no depende de uno, mejor no preocuparse.

*Fabio:* Eso decís ahora, pero lo que estabas era pálido y tembloroso ese día. Este cree que uno no se da cuenta de las cosas. Los días siguientes no quería ni salir de la casa, aunque, bueno, yo menos. Por esas fechas nos tocaba escuchar musiquita y tomar los debidos guarilaques en su casa o en la mía, porque Gabriel no abría.

*Ramón:* Más en la suya, Fabio, porque su mamá no descansaba sabiendo que estaba por fuera. Y pues así Gabriel hubiera abierto daba miedo, porque no se sabía qué iba a pasar. También muy duro todo tan reciente como para estar de una allá.

*Fabio:* Sí, es que mamá es muy nerviosa, y esa situación también fue de mucho pánico. Muchas personas de acá del pueblo se fueron yendo granaditos durante los días y meses después de esa matazón. Si ya de por sí esto estaba solo, eso nos terminó de ajustar. Es que imagínense, este pueblo estaba desolado.

*Ramón:* Claro Fabio, es que nosotros ya habíamos vivido cosas terribles con la guerrilla, pero esto fue la gota que derramó el vaso. La sensación en ese momento era que todo se podía poner peor. Eso era lo que daba miedo y hacía inaguantable seguir. Es más, me acuerdo de que ese fin de semana no salí. Solo hasta el lunes me atreví y eso porque tenía que trabajar. Allá me contaron más de lo que había pasado.

Al parecer el man que mató a Jairo Humberto era un conocido de acá, y esa misma noche se pasó por el velorio a burlarse. Al verlo, todos corrieron a esconderse y él seguía riéndose desde la puerta.

*Fabio:* ¿Y sabe qué es lo peor?, dijeron que a él lo había cogido la policía después de que mató a Jairo Humberto, pero por cosas que uno todavía no se explica lo soltaron y ahí fue que pasó lo del velorio y lo de la enfermera. Es que no se entiende, de verdad.

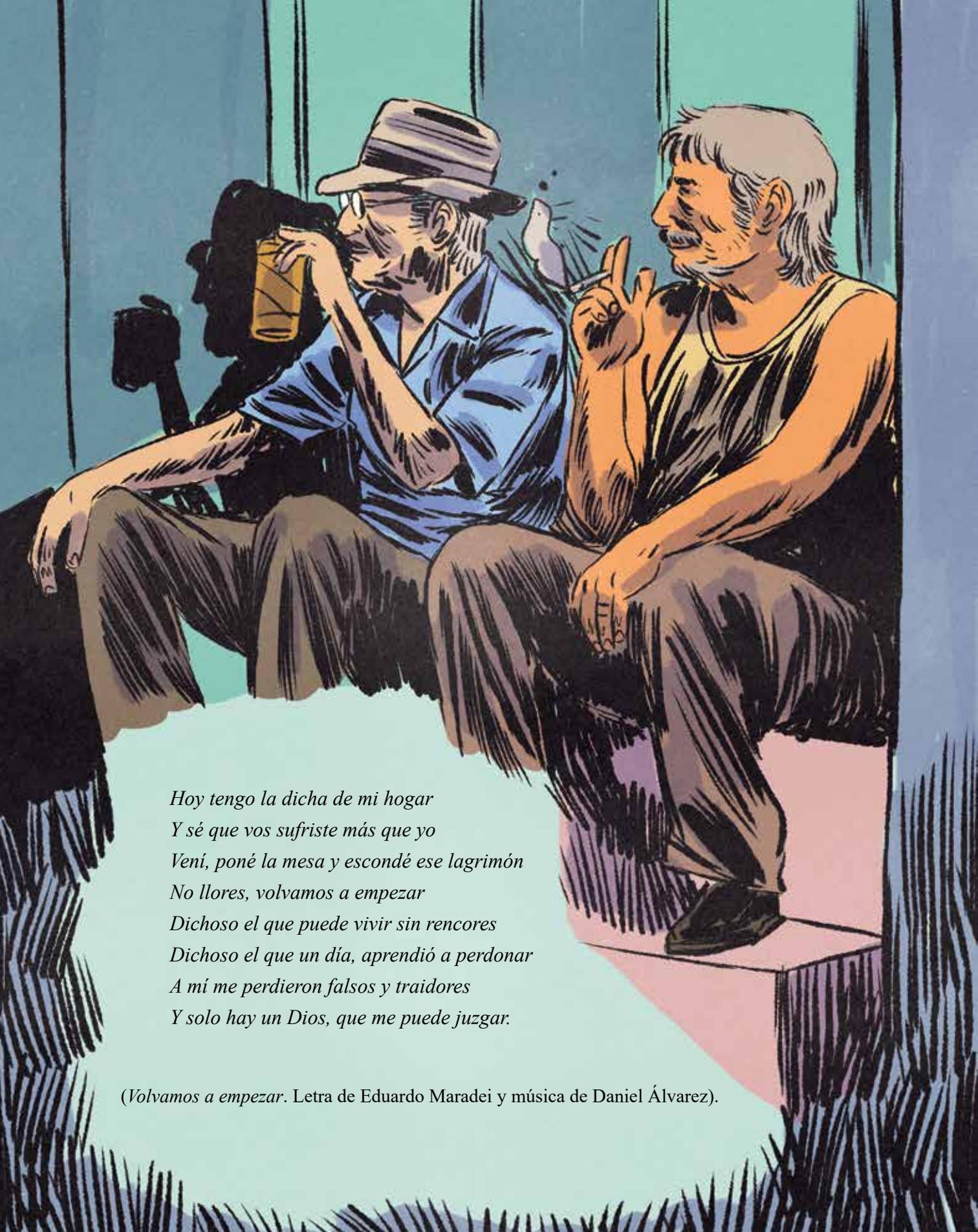
*Ramón:* ¿Qué sentido va a tener eso, Fabio?, ni buscádoselo. Es un descarado.

*Fabio:* Ahora, ¿qué pasó después? Menos mal nada grave. Eso sí, mucho desplazamiento, soledad y personas enfermas, yo digo que por el mismo pánico. Con el tiempo, y viendo que la cosa se estaba como calmando, pudimos volver a donde Gabriel y a las fiestas. Aunque ahora por la pandemia no se han podido hacer.

*Ramón:* Y puedo decir que, aunque no son como las que uno recuerda, lo bueno es que vienen personas que antes vivían acá, y eso sí me alegra mucho. Al final eso es lo que más se extraña, los amigos, los vecinos, la familia. Eso es lo que uno quiere, que regrese mucha gente al pueblo, y por ahí derecho que haya empleo. Así los amarramos para que no se vuelvan a ir, ¿cierto?

*Fabio:* Claro, Ramón. Sabe qué, yo lo resumo así, yo quiero volver a empezar a vivir, nacer otra vez. Si en lo material todo cambió, que en lo humano nos repitamos así sea un poquito y podamos volver a estar todos juntos.

*Ramón:* Eso, ¡nacer dos veces!... Mientras tanto seguiremos aquí en el billar, tomando los guaros, escuchando tangos en la voz de Óscar Larroca, recordando esos tiempos y celebrando la amistad', ¿o no Fabio?



*Hoy tengo la dicha de mi hogar  
Y sé que vos sufriste más que yo  
Vení, poné la mesa y escondé ese lagrimón  
No llores, volvamos a empezar  
Dichoso el que puede vivir sin rencores  
Dichoso el que un día, aprendió a perdonar  
A mí me perdieron falsos y traidores  
Y solo hay un Dios, que me puede juzgar.*

*(Volvamos a empezar. Letra de Eduardo Maradei y música de Daniel Álvarez).*





An illustration of a man with dark hair, wearing a white and purple striped t-shirt, sitting at a table. He is looking down at a plate of food. On the table, there is a blue mug with white foam on top, a plate with a round brown object (possibly a bun or bread), and another blue mug. The background is a simple, stylized landscape with a blue sky and some green foliage.

# Comenzó una noche

**V**e, ¿qué horas serían? Creo que eran por ahí las seis y piquito o siete de la noche. Prácticamente ya había acabado los oficios y me iba a encerrar, cuando los vi pasar por el portón. Ese susto tan berraco me enfrió todo. Pero en mi casa estoy y no va a ser la primera, ni la última, que me toque frentiar. Ahí me quedé plantada pensando en todo lo malo y esperando a que terminaran de llegar. Cuando ya estaban casi al frente mío, llega uno de ellos y me dice:

—Buenas tardes doña, ¿cómo le va?

—Serán buenas noches. ¿Qué se les ofrece? —le contesté— porque eso sí, desarmada de manos, pero no de boca.

No sabían ni qué decirme, se miraban entre ellos, mientras yo trataba de detallármelos, pero era poco lo que distinguía. Por las voces, la altura y lo que medio logré ver con esa luz, ya anochecida, es que eran unos pelaitos, no les puse más de dieciséis años. Pero me dije, para el mal no existe edad. Entonces les volví a preguntar ¿que qué se les ofrece? Ahí fue cuando uno de ellos se aventuró, el que estaba más atrás, y me respondió:

44

—Sí, mi señora, qué pena llegar a esta hora a su casa, pero es que venimos caminando de muy lejos y como podrá ver ya está oscureciendo y no contamos con una linterna ni nada, y aún nos falta camino. Entonces queríamos saber si usted nos podría dejar amanecer aquí, puede ser ahí en el corredor. Nosotros no molestamos.

Me les quedé mirando en silencio, cada vez la oscuridad impedía verlos mejor. Y pues yo sí le digo una cosa, yo confío mucho en mi intuición, yo analizo a la gente y más o menos sé quiénes son, o al menos las intenciones, ¿sí me entiende?, pero pues con esa luz muy poquito era lo que me podía enterar. Seguí mirándolos y lo que sí veía era que se movían mucho, estaban como nerviosos, inquietos, pero calladitos. Yo ni sabía qué hacer, y esa incomodidad porque yo no definía, pero ahh, me dije, me voy a arriesgar, es solo una noche. Ahora cuño bien esa puerta y duermo con la escopeta cerquita. Entonces les respondí:

—Pues en el corredor preferiría que no, echen para el patio de atrás si quieren, allá hay harto espacio ¿Me imagino que trajeron en qué acostarse?



—No mi señora, me responde el que estaba diagonal a mí, nosotros no pensamos que nos iba a coger la noche por estos lados y que si íbamos a alcanzar a llegar.

—Entonces espérenme ahí un momentico —les dije.

Y entré a buscar unas colchonetas de unos trabajadores, pero antes cerré bien la puerta, no vaya a ser... Salí con dos colchonetas y eso que ellos eran tres, no había más. Ya ellos mirarán cómo se las sortean, pensé.

—Vengan, acompañenme para que se acomoden atrás, debajo de un tejado. La noche está más bien fría y de pronto les llueve.

Y empezamos, qué cacharro, después de usted, no, después de ustedes. Hasta que me puse seria y les dije:

—Ustedes adelante, yo les voy indicando, es allí a la vuelta nada más.

No fuera a hacer que me cogieran de espaldas y me hicieran algo. Los acomodé, pero oiga, ahí menos que los estaba viendo. Entonces les dije:

—Uy no, esto está muy oscuro, esperen tantito saco la extensión y prendo el foco.

Y así fue, volví con la extensión para conectar un bombillo que tengo en una rama de un árbol detrás de la casa, que es el que usaba cuando nos quedábamos amaneciendo, bailando, tomando, haciendo los sancochos, usted ya sabe, disfrutando. Y le dije a uno de ellos:

—Venga, usted que es como el más altico, colabórame ahí y prenda esa luz.

Jmmm y ese que prende la luz y prácticamente me tocó taparme la boca para no gritar de espanto. Virgen Santa, se me personificó un fantasma, esos no eran humanos, pensé. Eran sino un barrial que los coronaba de la cabeza a los pies. Yo solo atiné a decirles, como para disimular la impresión,

—¿A ustedes qué les pasó?, ¿por qué están así? Que yo sepa por acá no ha llovido.

Y uno de ellos empezó con esa gagueadera.

—No, nada mi doña, es que eso fue precisamente lo que nos demoró, nos pusimos a joder, a jugar en el camino, y había uno de esos charcos crecidos de agua vieja a pie de carretera y con el pie nos tirábamos hasta que nos fuimos de manos y terminamos prácticamente nadando todos ahí.

Mientras me decía eso, los otros dos me miraban como esperando a ver qué, si les iba tocar irse por donde vinieron. Lo charro es que lo único que pensé es que así de mugrosos menos que les iba a ver la intención. Entonces les dije,

—Vean, yo allá tengo un agua recogida, ¿por qué no se lavan al menos la cara y las manos?

—Uy sí mi señora, qué detalle —habló el único que aún no le había escuchado la voz.

Los llevé a un extremo del patio y les señalé:

—Esa es la caneca, tírense agua de ahí... no hay mucha, pero creo que les alcanza para lavarse, ¿trajeron ropa o tampoco?

—No mi señora, nada.

Ahí vi que uno de ellos tenía una maleta pequeña terciada al hombro, y cuando vio que lo miré, me dijo:

—Y pues acá solo trajimos agua y unas papitas, esas de paquete, pero nada más.

—Bueno, esperen a ver qué consigo.

Me entré y todavía no se me salía ese susto, aunque ya no estaba en el alma sino en la cabeza. Por ahí busqué unas camisetas y unas pantalonetas de los hijos, no había mucho más. En ese momento pensé, ¿qué dirían los hijos si se dieran cuenta que les ando regalando los harapos?, y me reí sola. Cuando salí al patio se estaban secando con una camiseta, creo que era la que traía uno de ellos. Y les dije en medio de risas como para romper el hielo, o el miedo, mejor,

—Rico van a quedar oliendo.

Los dejé solos y me entré. Ya tenían ropa limpia y sus colchonetas. Que se las arreglen. Ahí fue que me puse a atenderme a mí. Me hice un chocolate bien cargado para que me calentara el corazón, con arepa y queso. Yo por lo general no soy de comer mucho. Es que venga le digo, yo no como, yo me alimento, no soy de engullirme, y mire, a pesar de eso cómo estoy de gorda. En fin, como le venía diciendo, iba dizque a disponerme a comer para ver la novela, cuando me entró ese sirirí en la cabeza, puro vicio de camandulera, uno como que anda de la mano con la culpa o yo no sé... Entonces salí.

—Oigan, ¿quieren comer?

Los tres se levantaron de tajo y me respondieron al mismo tiempo: sí señora. Mi Dios le pague. Si no es problema, gracias. Me entré y saqué pan, queso y chocolate. Tocó repartirlo. Pero bueno, mejor, de pronto si pensaban hacer algo malo con eso se desmotivan.

—Cuando terminen me esquinean los pocillos ahí al ladito, si me hacen el favor.

—Sí señora —me responde uno.

—Doña, venga, qué pena le pregunto, ¿usted está sola? —me dijo el que estaba sentado en medio de los otros dos.

¿Sabe qué? A mí en ese momento me entró otra vez el frío, y pensaba, bendito, ¿para qué preguntan eso?, cómo íbamos de bien.

—¡Qué voy a estar acá sola! Allá dentro tengo una muchacha que me acompaña y el marido, que una vez que entra no vuelve a salir —le respondí.

—Ah bueno —solo eso me dijo.

Ahí sí aceleré el paso, cerré la puerta y con lo que tuviera a la mano la cuñé. No faltó sino acostarme al pie para hacer peso. Cuando prendí el televisor fue que caí en cuenta que con ese silencio que había en esta finca qué iban a creer que el marido estaba acá. Mucho lo lela. Ahí mismo cogí para la pieza del checherío y saqué la





escopeta, la miré y solo pensé, ay, berraca, ojalá todavía funciones. Porque eso sí, esa me ha salvado de unas...

Terminé de comer y vi la novela, y otra más, y cuando estaban siendo más o menos las nueve y media de la noche me cogió ese sueño tan horrible, y eso que aguanté porque para la cama soy más bien madrugadora. Y yo que me acuesto y el sueño que me abandona. Prácticamente me acosté a contar las horas, las diez, las once, la medianoche, la una, la dos, la tres de la madrugada... No alcancé a contar las cuatro porque me dormí. A las seis y media de la mañana, como todos los días, me sonó la alarma en una panelita de celular que tengo. Oiga, y ese sueño, y yo pensando ¿será que me quedo otro ratico?, cuando me acuerdo de lo que tenía atrás, y pues nada, a levantarme, a ver qué, si me habían robado las gallinas o me habían hecho alguna cosa. Me puse la ropa que siempre dejo colgadita detrás de la puerta, las botas, y me fui a mirar.

Vea, yo salgo, y miré pa' allá, miré pa' más allá y caminé, yo creo que hasta alcancé a ir a ver a las gallinas. Las colchonetas estaban paradas contra una de las paredes de la finca, pero de ellos nada. Yo no sabía ni qué pensar, hasta que dije, pues bueno, a lo mejor ya se fueron, vaya a saber de dónde venían y pa' donde iban. Me entré dizque a hacerme los tragos para empezar con las labores, y en una de esas que miro hacia la puerta los veo a los tres bien parados como almas benditas y con unas cosas en las manos. Me les acerqué:

—Yo pensé que ya se habían ido —dije.

—No mi señora, no nos queríamos ir sin despedirnos. Dimos una vuelta y nos encontramos estas frutas...

—¿Nos encontramos? Ajá... Oigan, monté una aguapanela. Esperen que hierva pa' que tomen. No se vayan a ir sin comer nada, porque me imagino que aún les falta camino —les dije.

¿Sabe qué? Una es que es hasta mala. Yo pensé, ahora es que estos verraquitos me van a hacer parar la escoba detrás de la puerta.

—Muchas gracias, doña —me respondieron cuando les entregué sus buenas tazas de aguapanela bien caliente y les puse esos tacos de galletas para que compartieran ahí en el corredor. Ellos contra la pared y yo sentada de frente a ellos.

—¿Y usted no come, mi doña?

—No, yo ya comí.

¡Mentiras! Quería sentarme a detallarlos a ver qué me dictaba la intuición, yo insistía, pero nada. Y lo mismo, seguía con miedo, pero ya no era como miedo a ellos, sino como a otra cosa ¿sí me entiende? Cuando acabaron, levanté las tazas y al darles la espalda les dije que no se preocuparan, que sabiendo cómo tenían la ropa, se podían llevar esa que tenían puesta. Ni falta que les haría a los dueños. Y me entré. Cuando volví a salir aún seguían los tres parados en el corredor, como con ganas de decirme algo. Solo uno atinó a hablarme,

—Doña, ¿estos cafetales son suyos o son tierra arrendada?

52

—No, pelaos, esos son míos, de aquí de mi casa.

—¿Y tiene quién se los trabaje?

Y yo toda ilusa le fui respondiendo,

—Pues a veces, como está la cosa, los poquitos trabajadores que hay acá en El Billar se distribuyen por todas estas fincas, y pues con miedo a que se me dañe la cosecha, pero bueno, ahí me las arreglo... pues yo y el marido.

Les decía así para que vieran que no estaba sola.

—Ve, sí doña, ¿y su marido? No lo hemos visto.

—Ah, ese se madrugó desde temprano, no lo debieron sentir, es que él trabaja acá pero también tiene sus contratos por fuera.

Y ahí se larga a hablar el más conversador,

—Señora, es que nosotros queríamos pedirle algo, o más bien proponerle. Lo que pasa es que... Vea, nosotros vamos para la vereda Samaria a trabajar, pero no estamos muy seguros, porque lo que nos dijeron es que por allá está peligroso y nos da miedo. Es a trabajar así, en un cafetal. Y nosotros vemos que de pronto usted está necesitando gente aquí. Sería poquito tiempo mientras resolvemos. Y pues si quiere el pago puede ser techo y comida, o bueno, patio, colchonetas y comida. Nosotros somos tranquilos y muy trabajadores...

Ahí lo interrumpí,

—Vea, les digo una cosa, a mí no me gusta que me anden con mentiras, ¿ustedes quiénes son y qué quieren? Sabiendo cómo está la cosa creen que pueden venir a una casa de noche y abusar de la amabilidad de la gente. Ahora resulta que se quieren quedar. No señores, ni riesgos, el compromiso era otro.

Cuando les dije eso, esos pelaos no respondieron nada, se quedaron callados, mirándome. Y yo sería, tampoco les quitaba la mirada. Al momentico desfilaron uno detrás del otro para atrás de la casa y de allá regresaron calzados. Les di una bolsa donde empacaron la ropa sucia, se despidieron y salieron.

53

En el momento que yo vi al último de ellos cerrando el portón, vea, yo no sé a mí qué me dio, ni qué pensé, solo que algo se me movió por dentro y atiné a gritar: ¡oigan, pelaos! Y se voltearon a mirarme. ¡Vengan! Se regresaron despacio y sin muchas esperanzas porque bien abierto me dejaron el portón. Cuando llegaron a donde mí, uno de ellos me dijo: sí, señora...

—Vean, yo no soy una desalmada, y lo único que sé es que soy madre y si mis hijos hubieran pasado por lo mismo que ustedes, pues me hubiera gustado que alguien les hubiera ayudado... Así que háganme el favor, me cierran el portillo y vienen a ver cómo organizamos.

El más altico salió a cerrarlo y volvió corriendo. Ninguno modulaba palabra, y los tres frente a mí esperando a ver qué les decía. Yo para mis adentros solo rezaba, Dios mío que no me esté equivocando, y con el rezo en la mente les dije:



—Bueno, la cosa es así, ustedes necesitan techo y comida por trabajo, aquí lo van a tener. Pagarles no puedo porque ustedes deben saber cómo están las cosas. Ahora, perdonen que les diga, pero tampoco se me pueden meter a la casa, yo sigo sin saber ustedes quiénes son. Lo único que les ofrezco es este corredor por cama... Y ojo, no por mucho tiempo, esto es temporal. Aquí no se pueden quedar viviendo.

Mientras hablaba, los tres asentían. Al terminar, el más conversador me dijo que bueno y se me presentó y presentó a los amigos. Él se llamaba Luis, el altico Enrique y el otro Camilo. Y pues ya entrados en gastos, les dije mi nombre: Rubiela, pero díganme: Ruby.

—Mucho gusto —respondieron los tres al mismo tiempo.

—Ahora sí a lo que se quedaron. Primero vayan y laven esa ropa sucia a la cañada, que como va la cosa no van a tener que ponerse. Y después a desmalezar esas matas —les señalé—. Ah bueno, y nada de preguntas indiscretas, ustedes a trabajar y yo también, nada más.

Porque eso sí, no me iba a exponer a que me preguntaran cosas que después iban a ponerme nerviosa, ya suficiente con dejarlos quedar. Y vea, así se fue yendo la cosa. Ellos no preguntaban y yo me empecé a sentir cómoda con su compañía. Me levantaba bien a las seis y media de la mañana como siempre, montaba la aguapanela y hacía arepas. Mientras eso, iba y los miraba y casi siempre ya los tres estaban bien parados haciendo las labores. Desayunábamos y ahí medio conversábamos, ellos se echaban chistes de muchachas, se jonjoleaban, mientras yo me los detallaba. Ya sin miedo de ellos, pero sí a otras cosas. Después de eso retomábamos. Ese tiempo sí que descansé, se me mermó mucho el trabajo y esos cafetales sentían la mano, ¿sí me entiende?, se me pusieron bien bonitos. Porque pa' qué, que pelaos tan juiciosos, se veía que se dedicaban era a esto, a la tierrita.

Eso sí, cada uno con sus ritmos y con sus cosas. Vea, por ejemplo, Luis no me podía ver por fuera de la casa, o lavando ropa en la cañada porque ahí mismo se me arrimaba a conversar y a echar chiste. El otro, Camilo, era un poquito más serio, pero de vez en cuando charlaba y cuando me veía cargando algo pesado o medio

encartada ahí mismo venía a colaborar, lo más de querido. Y Enrique, yo a él, qué pecao, era al que más molestaba, como era el más altico, le decía: venga y me colabora acá, venga y me hace esto, aquello, y así. Pero él sí era más bien callado. Aunque bien puestecito, nada feo.

La vida se nos fue yendo así, como en una rutina. En la noche, con la puerta bien cuñada, y mientras veía la novela, los escuchaba hablar y reírse en el corredor. Ya mejor acomodados eso sí, entre Enrique y yo habíamos sacado uno de los colchones que yo sabía que nadie iba a reclamar y con unas sábanas viejas y cobijas ahí se acostaban. Lo que sí, es que almohadas nunca les di, y yo para no sentirme mal todavía me digo que fue por falta de tiempo.

Todo iba así, tranquilo, hasta que un día... Yo qué le digo, habrá pasado qué, ¿un mes o menos desde que llegaron? yo creo que pasó un mes. Pues imagínese que ellos estaban a un lado de la finca abriendo unas zanjas a punta de pico y pala y yo les estaba mostrando hasta dónde tenían que llegar. Dándoles las instrucciones. Cuando siento un ruido. Volteo y me quedo mirando, y los vi, eran como ocho hombres de camuflado con rifle terciado, y desde el portón me gritaron,

—Permiso doña, vamos a entrar.

Yo no les respondí, y como siempre he hecho los esperé al pie del corredor, pero antes volteé a mirar a los muchachos. Oiga, y ni la sombra, solo dejaron esa herramienta ahí tirada y de ellos nada.

Pues bueno, llegaron esos hombres. Yo miraba si tenían alguna insignia, cualquier cosa, pero no les veía nada. Además, uno de ellos estaba bien barbado. Yo sí me dije, jmm, esto no es ejército, esto es guerrilla. Seguí callada, que hablaran ellos que fueron los que llegaron.

—Buenos días, doña, ¿cómo está? —decían mientras yo miraba de un lado pa'l' otro—. Tiene bien bonito los cafetales. ¿Trabajo propio? —me dijo.

—Sí, y de mis trabajadores —respondí—. ¿Por qué?





—No, por nada en especial. Solo queríamos admirar las plantas y conocer el vecindario— todos se rieron, menos yo.

—¿Y los dueños de la herramienta? —preguntó el más barbado, mirando fijamente.

—Los mandé a traer unas bestias.

—Ah, muy bien. Bueno, mi señora, nosotros somos del Frente 47 de las FARC. Igual no hay apuro en presentarnos, lo que va a haber es tiempo para conocernos.

—Cuando quieran...

Mientras yo hablaba con ellos, los otros cinco se fueron esparciendo, caminando y mirando. Al rato, el primero que me habló los llamó para irse, pero antes me dijo:

—Por acá vamos a estar, doña, así que cualquier cosa que se le ofrezca, estamos a la orden, por lo demás estaremos viniendo.

Yo ni me inmuté. Claro, por fuera, por dentro tenía los nervios destrozados. ¿Otra vez esta gente?, pensaba. Veía, llevaban tanto tiempo sin venir que me alcancé a ilusionar en que no los iba a volver a ver. ¿Pero sabe qué? No sabía qué me tenía más preocupada, si esa situación o esos muchachos que no aparecían. No entendía nada. Yo no los llamaba, porque los otros no estarían muy lejos y de pronto me escuchaban, pero sí caminé un ratito por la finca. Y nada. Ni huellas de ellos. No aparecían. Hice el almuerzo para los cuatro y nadie llegó. Me empezó esa opresión en el pecho, la angustia como le digo, cada vez más preocupada. Cuento las horas y mire para todo lado, pero nadie aparecía. ¿Para dónde se habrán ido, Dios mío?, me preguntaba.

Cuando iban a hacer las siete de la noche, más o menos, empecé a hacerme la comida, y aún con miedo dejé la puerta abierta por si llegaban, una nunca sabe. Salía, entraba, volvía y salía, y nada. Oiga, y lo que nunca hago, menos sola, quedarme con la puerta abierta mientras comía y veía la novela. Yo soy de las que me encierro rápido, pero insistía en que ¿quién sabe?, de pronto aparecían. Cuando en un momento, en mitad de la novela, volteo la cara hacia la puerta y ¡zuas!, se me cayó la taza con

el chocolate casi entero. Pegué un grito. Había un hombre bien parado en la puerta. ¡Virgen Santa, casi me estallo! Cuando ahí mismo se acercó más hacia el marco y era Enrique haciéndome un gesto para que no gritara. Me paré, fui hacia donde él y le cogí la mano, mientras miraba pa' todo lado a ver dónde estaban los otros dos. Y sí, estaban sentados contra la pared del corredor, como achantados. Ahí mismo les dije,

—Qué bonita la hora de llegar, oiga. Echen mejor para adentro que hoy la cosa está como peligrosa.

Los mandé por el colchón, las colchonetas y las cobijas, y como si estuviéramos en una procesión fuimos entrando uno a uno a la casa, pa' después cuñar bien la puerta. Con la diferencia que esta vez todos estábamos adentro y con miedo. Recogieron el desorden del chocolate, terminé de hacerles la comida y nos sentamos los cuatro en silencio a ver televisión. Cuando pensé, no, las guamas, yo con esta no me quedo. Y ellos que acaban de comer y yo que los cojo a quemarropa...

60 —Vean, yo me imagino que ustedes se han dado cuenta que yo boba no soy y, por lo mismo, no van a creer que me va a parecer muy normal que hayan salido despavoridos cuando esos guerrilleros llegaron. Sumándole a que estuvieron todo el día por fuera quién sabe en dónde. Y yo acá preocupada y esperándolos. Me hacen el favor son sinceros y me dicen ¿qué pasa?

Se miraban entre ellos, pero ninguno quería hablar. Luis solo hacía no con la cabeza, pero ni una palabra. Hasta que habló el que menos pensé, Enrique,

—No doña Ruby, nada, no se preocupe, nosotros nos vamos a más tardar mañana. No queremos que esté mal, ni mucho menos ponerla en riesgo.

—A ver Enrique, eso no es lo que estoy preguntando. Al final yo veré cómo me pongo, eso no depende de usted, ni de nadie. Así que no asuma un papel de papá protector, que acá la que puede ser su mamá soy yo. Les repito, ¿qué pasa?

—No, nada, nada — insistía Luis.

Ese silencio. Yo pensaba, no me paro hasta que me cuenten. Y pues sí, nadie quería ceder. Yo en silencio y ellos también. Cuando pensé que definitivamente esto no iba para ninguna parte, Camilo empezó a hablar.

—Doña Ruby, ¿se acuerda ese día que llegamos acá todos empantanados? — asentí con la cabeza— pues nosotros no estábamos jugando, estábamos escapando. A nosotros nos seguía la guerrilla.

En ese momento paró, respiró y se quedó en silencio. No me miraba, yo a él sí. Como si así pudiera encontrar las palabras que él no era capaz de pronunciar.

—Esta historia es medio larga doña Ruby, no sé...

—Tranquilo mijo que yo lo que tengo es tiempo para escuchar. — Entonces continuó—

—Doña Ruby, vea, yo me conocí con Luis cuando estábamos muy pequeños, yo estudiaba en esa época en la escuela de Arboleda, ahí en el pueblo. Luis vivía allá con sus papás, y desde esa época nos hicimos amigos. Cuando tenía como trece años mi mamá decidió que mejor nos fuéramos para la vereda El Recreo, yo creo que por miedo a lo que pasó en la toma guerrillera. En esa vereda al principio nos iba bien, pero con el tiempo la gente empezó a irse por la violencia, por eso los cultivos y la comida escaseaban y tampoco teníamos a quien trabajarle. En mi caso, por ejemplo, mi mamá tiene otros seis hijos, yo soy el mayor, y allá no dan abasto. A ella hasta le toca machacar caña para darle aguapanela a mis hermanos. Entonces imagínese. Así estábamos hasta que un día un vecino me dijo que en la vereda Samaria había muy buen trabajo y que él estaba pensando mejor irse pa' allá. Me dejó pensativo. Échele y échele cabeza, cuando un día bajé al parque, me encontré con Luis y le conté. Y como este se antoja de todo pues me animó y decidimos irnos. Eso póngale doña Ruby que fue hace más o menos dos años, dos años y medio. Y pues sí, al final era verdad lo que escuchábamos, que había buen trabajo y pues eso era lo que necesitábamos, pero también había mucha guerrilla... El caso es que jornaleábamos aquí y allá, mejor dicho, donde nos saliera, y si había que cultivar café, cultivábamos café, y si había que cultivar coca, cultivábamos coca. A donde nos llamaran ahí



estábamos. Para nosotros lo importante era trabajar. Eso sí, con esa gente bien lejos y evitando, bueno, yo.... Luis no sé...

—¿Qué vas a hablar? yo también... Al menos al principio —le respondió Luis.

—Bueno —siguió contando Camilo— el caso es que una vez nos salió a los dos un buen trabajo y por un buen tiempo donde una señora. Pero preciso, un día que estábamos allá llegó la guerrilla, al parecer estaban obligando a la señora a que les diera comida, ya no recuerdo bien. En ese instante se nos arrimaron tres guerrilleros, entre ellos Enrique...

Sabe qué, yo volteé a mirar a Enrique y ese muchacho no sabía a dónde meterse. Entonces entendí que él cuando esquivaba la mirada era porque estaba bravo, algo le parecía injusto o por vergüenza.

—Y ahí, entre charla y charla —continuó Camilo— uno de ellos nos empezó a decir que por qué no nos animábamos y probábamos a ver qué tal nos iba en la guerrilla. Que eso era comida asegurada, daban buenas armas y ayudaban a la familia de uno. Es más, ese día me acuerdo que uno de ellos quería que le cargara el rifle para que viera cómo me veía y cómo me sentía. Yo no quise. Al rato se fueron. Pero no fue la última vez. Cada vez que nos encontrábamos con ellos nos llamaban y la misma cantaleta... Que vea, que nosotros servíamos, que nos metiéramos, que no teníamos nada que perder. Hasta una vez, me acuerdo, que ahí en la vereda hicieron una fiesta y estaba todo el mundo. Y ese era el problema, porque cuando hacían parranda también caía la guerrilla y sin invitación. Entonces nos pusimos a bailar, a tomar pola, estábamos relajados, cada uno en su grupito. Hasta que una muchacha me sacó a bailar...

—Ah no, pero si va a contar cuento todo completo —decía Luis.

—¿Cómo así que completo? fue eso —le reviraba Camilo.

—Mentiras doña Ruby, este hacía rato le había puesto los ojos a esa muchacha... Se ponía así, todo contentico y le brillaban esos ojitos. Cuando le hablaba no sabía ni qué responderle. Un sinvergüenza donde usted lo ve — y se echó a reír

—Ah, qué mentira...

—Mejor yo sigo —dijo Luis—. Ve a, doña Ruby, a él lo sacó esa muchacha y la felicidad, eso baile pa' aquí, baile pa' allá. Hasta que Enrique, que también estaba en el bailoteo, se le acercó a Camilo y le dijo que a él lo iban a conquistar de cualquier manera porque esa nena era reclutadora de la guerrilla. Y por un oído le entró y por el otro le salió. Él estaba en su fiesta y siguió con su bailadera y su abrazadera, que no sé qué...

Ve a, a ese punto, Luis ya tenía a Camilo todo ofuscado.

—Usted si es chismoso Luis... tampoco. A ver, ella sí me dijo que nos metiéramos, que las condiciones económicas eran muy difíciles, y que el campo no iba para ninguna parte, que mirara lo del café, que ninguna ganancia iban a traer los cultivos con esas vías tan malas y que eso duplicaba el costo de todo... Y pues sí, me prometió que allá íbamos a estar juntos.

—Estuvo fue a nada de irse doña Ruby y por amor, que no es cualquier cosa —decía Luis.

—Pues el caso es que no me fui, a diferencia de otros...

Hasta ahí le llegó la broma a Luis, se quedó medio serio, que era raro, mirando para el piso, pero no con vergüenza, sino más bien recordando. Me quedé esperando a ver si se animaba a contar, a ese punto sentí que ya había escuchado lo suficiente...

—Es que, a ver, como dice Camilo, yo sí me animé, pues bacano. Es que yo siempre he sido muy aventado, impulsivo, y todo es experiencia ¿cierto?, aunque esta sí que me ha dejado un mal sabor. Ese día que esos guerrilleros fueron a decirnos que nos metiéramos a mí no me sonó. Pero como dice Camilo, cada vez que nos los encontramos era a caramelizarnos. Que allá nos iba mejor, que nos pagaban, que podíamos tener lo que quisiéramos, que a la familia la iban a cuidar y a mandar plata, que ahí sí a uno lo respetan y no sé qué. Es que venga, a uno en un principio no lo obligan, ni nada de eso. A uno lo van conquistando y endulzando el oído. Y eso era que, si uno pasaba por donde ellos estaban, decían: Luis, ¿una gaseosita o qué?, ¿quiere polita?, hágale





hermano que lo invitamos. Mejor dicho, enamorándolo a uno. Hasta que eso me fue tramando, y más porque veía esa gente con sus armas, con su plata, en sus camionetas, en sus fiestas y pues las muchachas también muy lindas... y yo en cambio me veía con estas manos llenas de callos y esos bolsillos vacíos. Entonces yo sí dije, probemos. Allá me les presenté, ya qué. Aunque la verdad yo no avancé tanto, es decir, yo estaba como en entrenamiento, que venga y haga esto, aquello, que dispare a tal punto a ver qué tal la puntería, que mire... Así, pero en combate, combate, no, no alcancé. Lo que sí es que a los poquitos días empezaron a decirme que, “untado el dedo, untada la mano”, que ni se me ocurriera salirme, que acá el que entra es para quedarse y quien sale es pa’ la tumba. Cuando me dijeron eso empecé a arrepentirme...

—Pero Luis, venga, ¿cómo así que no alcanzó?, ¿por qué? —le pregunté.

Y llega y me dice:

—Pues, me paso lo que a todos, bueno, no sé si a Enrique, pero a Camilo, sí. De mi parte yo ya venía dudando y también me sentía engañado. ¿Cuál buena vida? pues será para los mandos altos porque a uno le tocaba muy duro. Eso era todo el día entrene y entrene. Primero, madrugue bastante a los cursos sobre política, que es como el adoctrinamiento, y después lo militar. Ay, eso sí que es duro, sabe qué le dicen a uno, “el entrenamiento tiene que ser tan duro, que el combate se sienta como un juego”. Entonces imagínese cómo era. Eso lo ponían a uno a correr bastante y después a saltar, a saltar muchísimo, y después arrastrarse bien abajito en un barradal debajo de unos alambres de púas, y de ahí a volver a correr. La gente salía aporreada, vomitando, y algunos hasta llorando. Y vaya que uno le cayera mal a un comandante, a sufrir porque querían verlo a uno era mal, herido. Cosa pa’ difícil. Yo la verdad estaba muy cansado. Pero la gota que rebasó el vaso, pa’ mí y creo que también pa’ Camilo, fue la masacre que las FARC hicieron en Samaria. Uy no, yo sí dije, esto no es lo mío. La guerrilla mató a nueve personas, muchos conocidos, compañeros con los que uno trabajaba, así, sin explicación, sin nada. La salvajada. Sabe qué doña Ruby, a mí me entró fue miedo. Yo pensé, ni por el carajo me quedo, quién me asegura que mañana yo no sea el muerto... las pelotas. Y pues conté con la suerte que a Camilo también se le encalabró... usted me entiende.

—Pero pues, no fue solo la masacre —le respondió Camilo— es que a mí... Claro, a mí me dio mucho susto esa masacre, y sobre todo por lo que dice Luis, era gente cercana y algunos amigos. Pero a mí también me amenazó *Rojas*<sup>2</sup>. Se cansó de decirme que me metiera y un día que iba a jornalear me atajó a mitad de camino y me dijo que, o me iba con ellos o me mataban, que ellos no estaban para estar detrás de nadie. A mí eso menos me gustó, esa masacre, y que después me dijeran eso, no, ni riesgos. Fue tanto así que por esos días fui a visitar a mi mamá a la vereda donde ella vivía, allá en El Recreo, y yo normalmente cuando iba, amanecía de viernes a domingo. Pues imagínese que el sábado después de medio día van llegando unos guerrillos a preguntar por mí, y mi mamá toda inocente me llama. Cuando salgo se me acercan y me dicen que si es que estaba muy aburridito en Samaria y pensaba quedarme ahí, que no había más tiempo y que ya no era una invitación sino una amenaza, tenía que entrar a la guerrilla o no volvía a ver a mi mamá. Quedé frío. Ahí mismo que entré mi mamá me preguntó, y pues nada, me tocó contarle y se puso a llorar. Verla así, no juemadre, ahí fue cuando decidí que no me iba a quedar en esa vereda, yo obligado a nada y menos para hacerla sufrir. Ya después Luis y yo lo hablamos y coincidimos en que nos teníamos que volar porque esa gente no me iba a dejar en paz y a él no lo iban a dejar salirse. A Enrique si no sé qué lo motivó, él fue el que nos ayudó.

68

Miré a Enrique, quería saber si iba a hablar, pero no parecía. Nos quedamos callados. Yo realmente no esperaba nada, y ya tenía el corazón arrugado y pues para arrugarlo más que bobada... Pero imagínese cómo habrá sido ese momento que ese muchacho, con lo callado que era, le pudo lo que estábamos conversando, se abrió un poquito y contó:

—A mí me motivó el cansancio. Esa vida es dura, es mucho sacrificio y yo llevaba mucho tiempo sin ver a mi familia. Ya no me veía ahí. Entendí que la vida militar no era lo mío e igual entré muy jovencito, y pues en este momento soy casi otra persona. Y bueno, preciso cuando estaba pensando eso, fue que ellos me confiaron que se querían ir de Samaria y que me iban a extrañar. Creo que me lo contaron por la amistad. Ahí me animé y supe que esa era mi única salida. Además, yo podía ayudarlos porque

---

2 Pedro Pablo Montoya Cortés, alias Rojas, fue un integrante del Frente 47 de las FARC-EP.

conocía los caminos, sabía por dónde nos podíamos ir y cómo salir. Al final, entre todos decidimos parar aquí en El Billar porque les conté que la guerrilla no estaba asentada, solo pasaban. Al menos mientras mirábamos cómo salir del todo de esta zona.

Vea, a ese muchacho se le sentía una tristeza en esa voz. Tanta juventud y tanto peso, parecía un anciano. Fue la única vez que lo escuché hablar tanto.

—Pues eso pensamos hasta hoy que vimos a esos guerrillos —siguió Luis—. Tanto corre, corre, para nada.

—Esos están por todas partes, ¿qué esperabas? —le contestó Camilo—, sino que nos amañamos acá y nos confiamos. De por sí el día que nos escapamos estaban empecinados en cogernos. Vea doña Ruby, nosotros empezamos a salir de la vereda, y ellos normalmente se reparten en varias partes, pero nosotros íbamos como si nada, como si fuéramos a tomar gaseosa o cualquier cosa, lo único raro era que Enrique iba con nosotros... En el último tramo yo siento que nos vieron nerviosos, no sé, porque un grupo de guerrilleros nos empezaron a gritar cosas y nosotros aceleramos el paso, y pues claro, fue más sospechoso. Se vinieron detrás. Menos mal Enrique conoce bastante la zona, y nos metimos por una trocha. Ahí fue que estos dos se quitaron los pantalones de camuflados y los guardamos en esa maletica que traíamos. El caso es que seguimos caminando por ahí y cuando ya íbamos a salir al camino principal nos pasaron casi al lado y por eso nos tiramos al suelo para que no nos vieran. Lo que no nos habíamos fijado es que eso era un pantanero, por eso llegamos como llegamos. Al final, nos quedamos allá hasta que vimos que no pasaba nadie. Luego, caminamos y caminamos hasta llegar a su casa. El resto de la historia ya la conoce.

Sabe qué, después de esa historia esta casa era solo silencio. Ninguno se atrevía a levantarse y eso que estaba tarde. La historia nos dejó pegados de la silla y pensando. Hasta que me animé a pararme y antes de despedirme Luis no se aguantó y me preguntó:

—Doña Ruby, ¿y su marido?, ¿por qué nunca lo hemos visto?

—¡Ay, Luis! Eso no lo sé ni yo. Él se fue a trabajar a una vereda hace unos años con uno de mis hijos, y de allá lo sacaron a punta de extorsiones. Como se dice, lo

desplazaron. Lo último que supe es que se fue a otra ciudad y allá no solo encontró sobrevivir, sino que al parecer encontró a otra.

—Doña Ruby, qué pena, lo siento.

—No, no lo sienta Luis, que lo único que me daba ese hombre era mala vida. Como dicen por ahí «los caminos de Dios son inescrutables»—. Se rieron todos por primera vez en la noche. Antes de irme les dije que apagaran todo antes de acostarse.

No dormí nada y sabía que para lo que sentía no había escopeta que sirviera, que además a ese punto ni sabía dónde estaba. Al otro día, me levanté trasnochada, pero decidida. Había que resolver. Cuando salí de la pieza todos estaban sentados y callados. Monté el desayuno como de costumbre, mientras ellos me ayudaron con algunos quehaceres dentro de la casa. Decidimos que no iban a salir hasta que yo no lo hiciera. Mientras desayunábamos, conversamos sobre qué íbamos a hacer. Esa gente estaba muy cerquita y prometieron volver, entonces nos daríamos unos días más y mientras tanto pensaríamos cómo debían salir.

70

Pero sabe qué, no hubo días de más, nada. Me acuerdo que al otro día, un miércoles si no estoy mal, yo estaba detrás de la finca llenando el balde con agua recogida de lluvia cuando los vi pasar. Reconocí ahí mismo al barbado y cuando me vio alzó la mano. Yo disimulé como pude los nervios y le alcé la cabeza, esperé a que terminarían de pasar, bueno, al menos él, porque eran bastantes hombres, y me fui para la casa. Cuando entré los tres estaban entretenidos arreglando la pieza del reblujo y les dije:

—Hoy ustedes no pueden ni por asomo sacar esas cabezas de esta casa, esos hombres están por la parte de atrás y quien sabe para dónde van. Se quedan quietecitos. Yo por mi parte voy a ir donde la vecina a ver si tiene bestias para prestarme y a mi regreso miramos cómo van a salir... porque cuando menos piensen esos guerrilleros se van a entrar pa' acá.

Ninguno me respondió, Luis y Camilo estaban sentados y Enrique sí se quedó parado mientras me escuchaba. Recuerdo la palidez que todos tenían, qué pecao. Igual, tampoco es que les hubiera dado mucho tiempo para desahogarse porque ahí mismo





me puse las botas y salí para donde mi vecina. Al llegar le pedí las bestias que tuviera y a uno de sus trabajadores. No entendía nada, y como ya había visto a los muchachos en mi casa, decidí mejor contarle. Y lo que es la solidaridad, ¿no? No se negó, por el contrario, que en lo que pudiera ayudar ella y su marido estaban más que dispuestos. Me dijeron que lo mejor era salir lo más pronto posible. Si en la noche no estaban por ahí cerca, había que sacarlos en la madrugada. Que cargaban las bestias, les prestaban ropa y así hacían como si estuvieran transportando café.

Tal cual pasó. Uno de los trabajadores estuvo caminando la zona y nos avisó que no se veía a nadie por ahí, que quién sabe si habían cogido monte pa' arriba. Entonces aprovechamos. Por ahí a las dos de la mañana se empezaron a vestir, trajeron las mulas cargadas y cada uno se montó. Los acompañó el trabajador de mis vecinos porque ya dejándolos en un punto a salvo, él se devolvía con las bestias. Y sí, esa fue la última vez que los vi. Sin despedidas tristes, ni nada, lo que había era apuro. Como llegaron, se fueron. A oscuras, sin yo saber cómo estaban y sin poder leer en sus ojos lo que sentían. Me dieron la espalda y a lomo de mula los vi pasar uno por uno por el portón.

Al otro día el trabajador me dijo que todo había salido bien. Que esperaba que estuvieran a salvo. Imposible que no, pensé, con esta encomendadera de sus vidas a Dios, a los ángeles y a cuanto santo conozco. Después de eso, los días volvieron a su rutina anterior de conocerlos, a un silencio que me recordaba la soledad que desde hacía unos años me había impuesto, y que solo era interrumpido cuando venían esos hombres a pedir comida, a comprar por cualquier peso alguna gallina, o a sus conversaciones por teléfono a medianoche en el barranco arriba de mi casa solo para que yo los escuchara. Y yo desvelada y casi que obligada a oírlos. Harta estaba, tanto así que una noche, sin escopeta en mano, salí al patio, es que yo no me les escondía, y les dije: oigan, ¿por qué no se entran para escucharlos mejor?, así les decía, ¿por qué no se entran? Solo les veía los cigarrillos prendidos. Pero sabe qué, sirvió la salida, porque no los volví a escuchar, al menos no por la noche. De resto venir sí, cuando les daba la gana acá se entraban.

Así estaba la vida, hasta que un día en la tarde apareció una señora en el portón de la finca con un costal en la mano, llamándome por mi nombre. La invité a entrar. Desde

que se presentó el corazón me brincó de alegría, una alegría que para el momento ya se me hacía desconocida. Era la mamá de Camilo. Me contó que logró sacarlo de Caldas y que ahora estaba con sus tíos en el Cauca, trabajando la tierra. Y que Luis andaba en Medellín. También me dijo que antes de ellos irse le habían hecho prometer que vendría a visitarme para darme las gracias.

Ahí me abrió el costal, traía frutas y verduras... Yo la abracé, sentí que el alma se me terminaba de ajustar en el cuerpo. Era feliz de saberlos vivos. Me contó cada detalle de la escapada sentadas en el corredor y mirando hacia el mismo portón por el que un día ellos pasaron. Cuando me acordé, ah, ese no se me olvida, mi muchacho callado. Y le pregunté por Enrique, que había pasado. Me miró con una infinita tristeza.

—Ah, ¿el muchacho bonito y alto que andaba con ellos, más bien callado? Es que no recuerdo el nombre, me imagino que es él.

Con esa descripción era imposible que no lo fuera.

—Sí, él, ¿para dónde se fue? —pregunté

—No mi señora, él no alcanzó, a él lo mataron. Muy terco. Quería ir a saludar a sus papás que vivían en una vereda en Puerto Venus, si mal no entendí él muchacho era de allá. Mucho le advertimos que no lo hiciera, que eso allá era un solo tendido de guerrilla, pero él insistía que no era capaz de irse sin ver a su familia y decirles que estaba bien. Y pues en esas estaba cuando unos guerrilleros lo vieron pasar... por lo que cuentan, esos mismos le avisaron a un grupito que estaba más abajo, allá lo atajaron y le dispararon. Ahí cayó muerto.

No todo podía ser alegría. Lo sabía. Oiga, que arrugada más brava de corazón. Este corazón se me puso casi tan triste como cuando mataron a mi hijo. Y entendí, ahí fue que entendí, que a lo que le tenía miedo no era a ellos, sino que muy adentro sabía que con ellos volvería a recordar este dolor que tanto me ha envejecido.





An illustration of a group of elderly people, including men and women, with somber and distressed expressions. The background is a light blue with a fine dot pattern. The text 'El niño no llora' is overlaid in the center in a large, bold, red font.

# El niño no llora

78

Cuando pienso en esas cosas, a mi estómago le pasa algo. ¿A ustedes no? Es un sustico raro, diferente, que se va moviendo para todo lado. A veces pienso que se siente más ahí porque está cerca al corazón, pero no sé. Pero ustedes no quieren saber eso. Es que yo soy muy desvirolada, siempre me pasa. Una cosa me lleva a otra, y ahí es que me pierdo, ¿sí ven? No sé qué me sucede. O sí lo sé. Se me vienen encima los recuerdos y como que se quieren salir. Imagínense lo que es eso: está una tan acosada por lo que se supone es muy grave, muy complicado, se me olvida y me pongo a detallar otros asuntos, pero yo les digo que también son dificultosos. Qué le voy a hacer, me disculparán. Es que acabo de recordar un hecho curioso. ¿Que qué tiene de curioso? Pues les digo que un niño de brazos que no llora con el frío ni con el ruido es muy curioso. ¿Cómo es posible que tanto barullo no despierte a un niño? Me acuerdo: sus ojitos estaban cerrados y su cara tenía una sonrisa. Yo lo veía con esa triste lucecita que nos iluminaba, y, créanme, eso me daba seguridad, cuando afuera todo estaba espantoso. Los ruidos se nos acercaban y escuchábamos los tejares que se caían. Pero no, la criaturita seguía calmada, y ahora que lo pienso quizás eso era lo que importaba, ¿cierto? La mamá lo tomaba de la mano y lo aferraba a su pecho, lo mecía hacia adelante y hacia atrás, no mucho, lo suficiente, lo que bien podía hacer con esa pared que se nos había venido encima, Dios bendito, que nos había obligado a arrinconarnos y a esperar a que alguien se apiadara de nosotros.

Yo no les quitaba la mirada. Por momentos me olvidaba de los totazos y apenas pensaba en tener esa tranquilidad. O la paciencia de la mamá, que no dejaba de abrazarlo. Los miré hasta que alguien dijo que era mejor apagar la vela, porque quién sabe lo que iba a durar ese martirio. Soplaron, y se nos vino encima esa oscuridad. Ahí sí puse cuidado a los traqueteos de las balas que iban y venían, tan callados que estábamos, acurrucados, y comencé a preguntarme sobre qué sería de mi Orlando.

Cuando pienso en Orlando es que me da la sensación que les digo. Estaba bien agazapada esa noche pensando en él, y les cuento que, no sé cómo, pero se metió una lucecita no sé de dónde, y vi que el niño había abierto los ojos. ¡Válgame Dios! Esforcé la mirada y le puse atención a la mamá, que le decía que no llorara. «¡Dale de comer, Virgen Santa!», pensaba yo, «los niños despiertan con hambre, y el hambre da



80 ganas de llorar». ¿Quién ahí quería ver lagrimear a esa criatura? Yo no quería. Y lo que era peor, ¿quién quería que se escucharan sus berridos? Qué desespero, les digo. Cuando me entra la angustia, me pongo a pensar en mi Orlando. Esa noche quería que estuviera conmigo. Es que él era el único que me consolaba. Cuando Orlando volvía del trabajo, sin importar el cansancio, nos veíamos a escondidas detrás de mi casa. Me salía a escondidas de mi papá y mi mamá se hacía la loca, como que la cosa no era con ella. Ella me veía hacerme una trenza que me llegaba a la cintura. Se asomaba y ponía una cara seria. «Vea pues, niña, que no se le note la felicidad, porque su papá no es ningún tonto», me decía mi santa madre. ¡Ah, pero yo no podía hacer otra cara! Cuando nos veíamos, Orlando me daba un beso y un regalito. Así comenzamos a querernos. Pero mi Orlando no estaba esa noche ahí, éramos como veinte metidos en un cuarto con las paredes a un tris de caerse y aplastarnos. Esa mañana, cuando comenzaron a sonar los primeros disparos, me metí debajo de la cama, mientras rezaba para que no pasara algo malo. A duras penas escuchaba los gritos de mi mamá llamándome, y yo asomaba la cabeza para responderle que estaba bien, pero qué va, estaba muy azarada. Veía cómo las balas entraban por los tablones de la casa, abrían un hueco como del tamaño de un dedo, y me imaginaba uno de esos agujeros en mí. O en mi mamá. O en Orlando. Lo que es el horror, les digo. Me arrastré hasta el palomar, pensando que me sentiría más segura. A mi mamá un vecino se la llevó a la fuerza y la sacó. Yo me quedé sola, mirando a ver qué hacía. ¡Ay, y mi Orlando! Hacía un ratito nada más que había estado contigo. Había aprovechado que mi papá salió temprano a la finca, y se ofreció a conseguir la leche para mí. Mi mamá hizo mala cara y me dijo que yo era una perezosa, pero esas son cosas que se hacen cuando uno está enamorado, ¿o no? Le dije a Orlando que lo esperaría en la ventana; lo vi caminar hacia la esquina y recuerdo su cara algo seria. Ahora mismo es que me acuerdo de lo que dijo antes de hacerme el favor:

—Acá están pasando cosas raras.

Pero otra vez me volví a despistar. Si les estoy aburriendo me dicen. A mi la cabeza me comienza a dar vueltas y vueltas. Pero no es que yo sea la loca del pueblo. No. Es que como que todo va acompañado, la sensación en el vientre y las locuras

de mi cabeza. Yo les cuento que esa noche las explosiones mandaron al piso los tejados de las casas vecinas; el muro de mi casa se recostaba cada vez más, pero nada que se caía. En eso Diosito se apiadó de nosotros, porque a mi casa se metieron los vecinos a guardarse. Sus ranchos se les vinieron abajo y se arrastraron hasta donde estábamos, acomodándose como podían. Nos amontonábamos, nos hacíamos más chiquitos, y entre todos llorábamos. Cuando comenzaron a llegar, me fijé en una pareja que quería hacerse en la parte más arrinconada, pero ya no había cómo, entonces se sentaron a mi lado. Se agazaparon, se tomaron de la mano y ella comenzó a rezar. No entendía bien la oración, pero pensé que debía hacer lo mismo, echarme la bendición y pedirle a Dios por mí, por todos, por mi Orlando y por aquella mamá con su hijito de brazos que buscaban también un lugar. Intenté rezar, pero se me olvidaron las oraciones; volví la cara para intentar ver algo, pero no pude, eran puras tinieblas y el polvo que se metía en los ojos, les aseguro. Pero sí sentí el afán de la mamá que zarandeaba de aquí a allá al pobrecito. Al final, con la voz bien bajita, dijo como si le diera vergüenza que necesita un pañal.

Yo no soy mamá, pero sí se me hizo que debía hacer algo. No supe qué, porque cómo una deja de ser inútil en una situación de esas. Pensé en esperar un momento en que dejaran de disparar, tirarme al piso y moverme despacio para llegar al segundo piso. Tomaría las cobijas, las almohadas, hasta las toallas, lo que fuera para tapar ese frío y estar más cómodos; y buscaría algo de comer, seguro. Quería que eso fuera cierto, pero no eran más que los despistes de mi cabeza. Nunca me habría atrevido a salir, y menos cuando se escuchaban más los disparos, con esas explosiones más fuertes que movían el piso, Dios mío, y sin saber en qué momento se nos venía abajo el muro y el techo, ¡toda la casa!, con nosotros ahí encerrados.

Fue la señora, la rezandera, la que sí hizo algo. Ahora recuerdo quién era: la señora Josefa. Acompañaba a mi mamá a la iglesia y juntas se arrodillaban y rezaban el rosario. Se quitó el chal que la cubría.

—También debe tener frío —dijo.



Luego seguiría con sus oraciones. Escuché con atención los golpes de las pequeñas esferas de madera del rosario que iban pasando una a una por sus dedos; cuchicheaba y creí entenderle que le pedía a la Virgen por su esposo, quien siempre estuvo callado y con la cabeza agachada.

Los tiros a veces paraban. Pensábamos que era el final, pero volvían a iniciar. De pronto, comenzó a caer una llovizna. Si hay algo que me gusta mucho de mí, es mi cabello. Mi mamá lo peinaba desde pequeña y me enseñó a hacerme una trenza para que no se me enredara. Hice lo mismo en ese momento; lo tomé e hice un gran nudo, lo acomodé hacia un lado para cubrirlo entre mis brazos. Ahí me encogí y rogué para que todo se calmara. Quería estar como el niño, que alguien me abrazara, necesitaba olvidar, necesitaba escaparme, como aquella vez cuando fui a verme con mi Orlando, a escondidas, lejos de los chismosos del pueblo. Estaba ofendida con mi papá porque me había gritado. Pero no solo por eso. Me dolió cuando me dijo que yo no podía estar saliendo con un patiarrastrado. No supe cómo le llegó el chisme. Mi mamá se hizo la sorprendida para no meterse en líos y me dejó lidiando con el problema. Me castigaron, pero no me importó. Esperé a que mi papá fuera al comité de cafeteros y me encontré con Orlando. Solo teníamos una hora. Me escuchó. Nos agarramos de las manos y se las sentí arrugadas y callosas.

—Casémonos —me dijo.

—¿Usted por qué me dice eso? ¿No se está burleteando de mí? —le respondí con cara seria.

—No, para nada.

Mi corazón estaba saltando. ¿Recuerdan lo de la sensación en el estómago? Ahí la tenía.

—¿Y mi papá? —pregunté.

—No le decimos todavía.

—¿A nadie?

—A su mamá. Ella nos ayuda.

—Sí, puede ser. Ella lo quiere.

Imagínense, yo ya tenía en la cabeza que me iba a casar. El plan que teníamos parecía tan fácil: hablar con el cura, organizar la boda, contarle a la mamá y, por último, convencer a mi papá. Tan sencillo que lo veíamos. Y si no, escaparnos y querernos. Mi mamá siempre me dijo que si conseguía un hombre, tenía que ser buen trabajador y juicioso. Eso de vivir solo de amor, nada, ¿para qué decirse mentiras? Si en la vida el amor se acompaña de trabajo, las cosas funcionan.

—Pero yo no lo voy a mantener —le advertí. Él se quedó mirándome, como si lo hubiera regañado.

—Usted sabe que por usted hago lo que sea.

84 A la semana siguiente, mi Orlando comenzó a jornalear en unos pastizales, por los lados de los Animes. Estaba más lejitos y no nos veíamos mucho, pero la paga era mayor y ahorra un poco más. Porque eso sí, le dije que guardara lo que más pudiera, porque yo quería casarme y tener una casa pronto. Pero mi Orlando no estaba ahí en esa noche para seguir hablando de lo que queríamos y lo que no. Me preguntaba en dónde lo habrá agarrado ese tiroteo tan bravo. Agarré fuerte mi trenza y la escondí en mi pecho, me agaché más y comencé a sentir las gotas que resbalaban por mis brazos.

Recuerdo que alguien preguntó la hora. Me puse a pensar de qué nos serviría saberla, como si estuviera escrito en algún lado que todo se iba a acabar e íbamos a salir, como si afuera a toda esa violencia le entrara la fatiga y dijera que se va a descansar. Pero esas eran cosas que se venían a mi cabeza, porque alguien pidió la hora y eso es lo que importa, y después entendí que quieren saber cuánto faltaba para aclarar. Alguien respondió. Y sí, faltaba mucho. Fue ahí, justamente ahí que todos callamos. El rosario ya no se oía, los cuchicheos se habían detenido, yo no sentía a nadie respirar. Escuchaba las balas y también la lluvia que golpeaba las tejas metálicas. ¿Y el niño? La mamá le susurraba una canción.

Me perdonarán la distracción. A veces uno siente que todo lo de uno es importante decirlo. Serán las ganas de ser escuchados, pero no sé, y de que alguien diga que sí, que así fue, y podamos conversar de esas cosas. A mí me gusta que me escuchen. No me movía de mi lugar y el agua no me incomodaba. Lo que sí me descompuso fue el sonido de unos pasos, como del animal que anda despacio para que no lo atrapen. Los sentí cuando creí que un vidrio se había quebrado, y fui poniéndoles cuidado. Les fui sintiendo el ritmo y supe de dónde venían: estaban en la cocina. Alcé mi cabeza y la giré para ver si escuchaba mejor. Imaginé a un hombre flaco, vestido con camuflado, buscando comida y algo de café. Las pisadas continuaron y las sentí en cada parte de la casa, subieron al segundo piso, entraron en cada pieza, volvieron a bajar, fueron a la parte de atrás. Giré para poder distinguir si alguien más estaba escuchando, pero era difícil saberlo. Esperé a ver si sentía algo más, el oído atento, mirada bloqueada, y a mi lado una mamá que mecía a su niño, tan cuidadosa de no incomodarlo. Me quedé así no sé cuánto tiempo, hasta que el cielo dejó de estar tan oscuro y la lluvia amainó. Sacudí un poco mi pelo, quité los rastros de agua de mis brazos, y reparé en que mis pies estaban no fríos. No: estaban congelados. ¿Se puede caminar así?, me pregunté, ¿o será que no era frío sino el puro miedo? Yo ahora digo que era miedo, como aquel día en que fuimos con Orlado a los charcos. Mi mamá me dio permiso, pero me dejó bien claro que tenía que llegar antes de las cuatro y media de la tarde, porque mi papá llegaría media hora después, y que si no cumplía, que no volviera a contar con ella. Me arreglé el cabello y me puso un vestido viejo para no llamar la atención.

—Váyase en el caballo —dijo mi mamá—. Su papá no se lo llevó.

Cuando estuve lista, monté y agarré hacia La Torre. En el camino me crucé con las mulas cargadas de café y las pilas de pasto recién segado. Agachaba la cabeza, por si acaso era un conocido de mi papá, pero en últimas no me importaba. Cuando nos vimos, nos sentamos a hablar de todo lo que hablan los que están enamorados, y solo metimos los pies en el agua. No eran aún las tres de la tarde, cuando sentimos los truenos.

—Volvamos —dije—. Va a llover.

Aunque no queríamos, sabíamos que era lo mejor. Las nubes estaban oscuras y se amontonaban rápidamente. Para pasar más tiempo juntos, me pidió que agarráramos el camino más largo, a lo que dije que sí. ¿Y qué les digo? Ojalá hubiera hecho caso a un pálpito que tuve cuando bajaba a La Torre. Antes de llegar a ver a Orlando, distinguí a cuatro hombres vestidos igual que caminaban por una trocha. Me pregunté el porqué no iban por el camino. Yo no les quería dar la mirada, pero ellos se pararon para mirarme. Al final, de reojo los miré para saber si había algún conocido, pero seguí sin reconocerlos. Cuando nos devolvíamos con Orlando, de repente me volvió a dar esa sensación extraña que les digo que me da. Señalé algo que se movía a lo lejos.

—¿Sí ve? Los vi cuando bajaba —dije, pero Orlando se quedó mirando, pasmado, y su cara se fue poniendo pálida—. No sabía que había militares por acá.

—No. No lo son —respondió.

Se fueron acercando a nosotros y Orlando se puso frente a la situación, a sabiendas de que no era mucho lo que había que hacer.

86

—¡Ojo ahí! —dijo uno de ellos, y se echó a reír—. Digan allá en Arboleda que nos lo vamos a tomar.

—¡Agárrense! Va a ser dentro de poco —agregó otro.

Seguimos el camino sin decirnos una palabra. Orlando volteaba la cabeza de vez en cuando, mientras que yo solo quería llegar a encerrarme y que mi papá no se enterara. Al final regresé a tiempo, con mis pies helados, como si no quisieran dar un paso más. No recuerdo en qué momento comenzó el aguacero de ese día, ni lo que pasó después, pero sí el dolor de mis pies. Escuché la voz de mi papá cuando llegó y me hice la dormida, intentando comprender la advertencia de los hombres y la mirada angustiada de Orlando, quien solo decía que no iba a pasar nada, que confiara en él.

Poco a poco se despejaba el cielo. Pensé que había llegado la calma, pero me sobresalté cuando un ruido atronador comenzó a escucharse y, al rato, la poca luz que estaba entrando se bloqueó por un instante por el paso de algo inmenso en el cielo. «Un helicóptero», dijo una voz de hombre, «son aviones», respondió otro con voz





alta. Tan despistada estaba que no había escuchado el ruido que hacía ese aparato. Alrededor todos se paralizaron, porque el sonido era muy salvaje. «Está dando vueltas y vueltas», y los gritos no se hicieron esperar cuando desde esa máquina comenzaron a disparar. ¡Dios mío bendito! El ruido que hacen esos disparos nos asustó más. Eso era el puro pánico. No sé cómo describirlos, pero eran como zumbidos. Al rato se escucharon más detonaciones, y con ellas el ruido de los techos a nuestro lado cayendo. Y, de repente, las nubes volvieron y fue todo oscuro de nuevo. El sonido que yo asociaba con las aspas del helicóptero fue cada vez menor, hasta que dejamos de escucharlo. Yo me tranquilicé, pero la calma duró poco, porque al rato volvieron los pasos por la casa, esta vez sin tener cuidado.

Lo que había sido calma en el niño, dejó de serlo. Alguien desesperado pensó que el llanto de un menor traería ayuda o piedad de quienes estuvieran afuera, y nos dejarían salir. Sentí un brazo que me obligó hacerme a un lado, se estiró hacia la mamá y fue a dar contra el brazo del niño. Apenas sentí que ya no estaba encima de mí, los gemidos del niño fueron primero y después los berridos se hicieron fuertes. Habrase visto, un pellizco al bebecito, que tan bien se había portado. Pero ya el daño estaba hecho. En seguida noté claramente la descarga de la cisterna del baño y sin darme tiempo para pensar, incliné mi cabeza y paré orejas: era la voz de dos hombres que se abrían camino hacia nuestro escondite. Mi Orlando, pensaba, mi Orlando viene por mí. ¿Estará asustado? Pobrecito, tan espantado que debe estar, como la vez que me incumplió una promesa. Estábamos detrás de la iglesia.

—Quiero que me regale algo —le dije.

—¿Qué quiere?

—Cualquier detallito. Pero lo escoge usted —le advertí.

Orlando sacó de sus ahorros. Preguntó en las tiendas de Arboleda y no vio nada que le gustara. Las muchachas del colegio le dijeron que en Puerto Venus se conseguían más cosas, no ahí en el pueblo. O que lo encargara, si es que no podía ir. Lo mejor fue ir a buscarlo. Al día siguiente, trabajó hasta el mediodía y pidió permiso en la tarde. Bajó en la *escalera*. La gente que recogía subía con volantes que informaban

acerca de una reunión obligatoria en una vereda. Al entrar a Puerto Venus, Orlando vio a varios hombres uniformados que recorrían las calles, algunos con los fusiles terciados, otros desarmados, pero no hizo caso y siguió a la papelería, en donde vendían los regalos. Estaba feliz. La encargada le mostró varios muñecos de peluche, pero no le parecieron. Miró también otros detallitos, pero nada que le gustara, ni una tarjeta romántica, ni un llavero en forma de corazón, ni una caja de chocolates. En esas estaba, cuando una mano tocó su hombro. Al voltear, frente a él estaba un hombre maduro, vestido de camuflado, a quien nunca había visto.

—Usted es un sapo —le dijo el desconocido.

Orlando se paralizó.

—Usted está acá para informarle al Ejército. A eso es a lo que viene.

Nada respondía Orlando.

—A usted lo conocemos. Viene a saber cómo nos movemos, cuántos somos, aprenderse las caras, a señalarnos.

90

Orlando sintió la orina que bajaba por el pantalón.

—Venga.

Las piernas de Orlando se enterraron, no respondían. Miró a la encargada como pidiendo ayuda, a lo que la mujer solo le lanzó una mirada de pena. ¿Qué más podía? Otros dos de camuflado se acercaron, lo sacaron a empujones. Cómo estaría mi Orlando, que no hacía mal a nadie; solo fue a comprar un regalo para mí, y nada más, pero no, lo jalaban de la camisa, lo pasearon por el parque de Puerto Venus, a la vista de un grupo de muchachos con uniforme de colegio que miraban la humillación. Lo sentaron en el parque, que no se moviera, y así pasaron un par de horas, hasta que uno de ellos lo reconoció. Y cómo son las cosas, mi Orlando también a él.

—Este no es de esos —dijo el que distinguía.

—¿Cómo que no es de esos?





—¡No, güevón, la cagó!

Todos se miraron.

—¡Arrégleme ese lío, pendejo! Y que no le pase nada.

Ni hubo necesidad de decirle a mi Orlando que se largara. Enfrente tenía la montaña. Allá, en la cima, se estaban encendiendo las luces de Arboleda. Se dio cuenta de que ya era muy tarde para que una *escalera* lo regresara, pero a qué se quedaba, entonces decidió caminar en ese momento. Volteó la mirada al parque y encontró que los negocios ya habían recibido la orden de cerrar. En las calles permanecían unos cuantos hombres con fusiles en las esquinas. Cuando comenzó a subir, alguien gritó,

—¡Eh, mijo!

Orlando giró. Dos hombres armados se reían.

—Allá arriba nos veremos. Dentro de poquito...

No había nada que calmara al pobre niño. Los pasos se acercaban ya sin cuidado y en ese momento comencé a tener más claridad: la voz de dos hombres que daban golpes para abrirse camino. Sentí escalofríos y más cuando escuché los lamentos de la señora Josefa, quien me apretaba muy duro la mano. No sé en qué momento también se me salieron las lágrimas y fui consciente de que estaba orando con los demás. Le pedía a Dios que nos protegiera y nos ayudara, y que estuviera bien mi Orlando. También le rogaba porque saliera el sol y que no se fuera a caer el muro. Los golpes se hicieron ya más cerca y las dos voces. Los martillazos estaban cerca de mí, los sentía en mi espalda. De pronto, uno de los tablones que estaba a mi lado cedió y, de manera inesperada, una luz entró con fuerza y se paseó de forma lenta por todo el lugar.

—Levanten la cara —dijo una voz gruesa.

La luz de la linterna se detuvo en cada uno de nuestros rostros. Las lágrimas se nos escurrían y los labios nos temblaban. Algunos bajaban la mirada.

—¡LEVANTEN LA CABEZA!

Como estaba al lado de ellos, me pusieron la linterna en la cara. Me costó un poco ver que nos apuntaban con los fusiles.

—¿Cuántos son? —preguntó la misma voz extraña.

—Veinte.

—¿Veinte?

—Podemos ser más.

Los hombres se retiraron para conversar. Josefa empezó a llorar más desconsolada. Y qué mal de mí, que hasta ese instante entendí las plegarias profundas de Josefa, y sentí de nuevo esa sensación en el estómago, esta vez era de culpa. Sí, culpa, porque el hombre que estaba a su lado, su esposo, quien no quería levantar la mirada, había sido policía. A ellos los buscarían primero. Unos minutos después volvieron los de las armas. La madre acomodaba al niño, lo cubría más con el chal. La luz se detuvo en ellos.

—Mi bebé —dijo la mamá, mientras acariciaba al niño—. Necesita un pañal.

Los hombres permanecieron quietos.

—¿En dónde están? —responde uno.

—No sé, no recuerdo. Estábamos en la casa... cerca de la esquina.

—¿Cuál esquina?

La madre saca la mano y señala en cualquier dirección.

—Las casas alrededor ya no existen —responden.

Todo me dio vueltas. «Las casas alrededor ya no existen». ¿Cómo era eso posible? Me tomé la cabeza, la apreté. No, no podía ser, me decía, si en esa misma esquina me paraba en las tardes a esperar a mi Orlando. Él tomaba una calle y yo la otra,

rodeábamos la iglesia y nos veíamos en la parte trasera, solo un momento, un saludo y no más. Y en esa misma esquina se paraban las mujeres envidiosas, listas a no perder detalles, para luego salir a contarle a mi papá, quien regresaba en la noche hecho un diablo. Que qué eran esos cuentos que escuchaba, gritaba, y mi mamá y yo lo negábamos. En una de esas esquinas que dijeron que ya no existían, también me había disgustado con mi Orlando el día anterior. ¿La razón? No llegó a tiempo. Cuando apareció, lo recibí con mal querer.

—Usted no me ha dado mi regalo —le dije.

—Lo sé. Se lo mandé traer de Pensilvania.

—¿Y es que acá no encontró?

Mi Orlando negó con la cabeza.

—¿Y por qué tan lejos lo mandó traer? —le reproché—. ¿Por qué no fue a Puerto Venus?

—Allá no hay nada bonito.

Yo seguí con mis ganas de molestarlo. Y la verdad, mi interés no estaba en el regalo.

—¿Y usted por qué se demoró tanto? —pregunté.

Él miraba el piso, como con preocupaciones. A mí me entró un afán.

—¿No está contento conmigo?

Seguía quieto.

—¿No me quiere hablar? Dígame algo.

—No es eso. Usted sabe que la quiero mucho.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que le pasa?

—Es que vi algo raro.



Unas horas antes, Orlando venía en su caballo por el camino que viene de Pensilvania. Lo arrinconó al desfiladero una volqueta cargada de puros armatostes metálicos. Orlando les cantó la tabla, les dijo hasta de lo que se iban a morir, porque cómo era posible que no tuvieran cuidado. Habría podido caerse; si no es porque la bestia se quedó quieta, la historia sería otra. Orlando siguió su camino. Al tomar una curva, se encontró con un campero detenido, al parecer con un problema mecánico. Pasó despacio. Quiso ayudar, saludó, pero los hombres no le mostraron voluntad, apenas le indicaron que siguiera. Y así fue. Cuando llegó a Arboleda, hizo lo de siempre, dejó amarrado el caballo en la esquina de la plaza y pasó a comprarme una bobada. En ese instante, le entró la angustia y no supo qué hacer. Dudó en si lo mejor era dar la vuelta, tomar el caballo y perderse, o hacer como si no hubiera visto nada; como si el sujeto que lo reconoció días antes en Puerto Venus no estuviera allí, junto con los malencarados del carro atascado, ese mismo que había visto en varias oportunidades invitando a la gente de las veredas a reuniones. Mi Orlando solo quería olvidarse de todo. El campero varado y el camión que casi lo manda al fondo del barranco estaban estacionados en la esquina de la iglesia. Orlando dio la vuelta y caminó para calmarse.

97

La luz de la linterna se apagó y los dos hombres se largaron. Aprovechamos para cambiar de lugar y estirar las piernas. Yo tomé mi trenza y la volví a hacer. Alguien pidió encender la vela y discutieron si era necesario, o si es mejor guardarla para una urgencia, porque no se sabía cuándo saldríamos. A mí no me interesaba pelear por esos asuntos. Yo tenía interés en el agujero recién abierto, y pensaba si podía atravesarlo. ¿Qué me detenía? Ya no escuchábamos disparos ni pasos. Lo pensé, pero dejé la idea atrás cuando me dio miedo encontrar eso que «ya no existe». Cómo estará mi Orlando, pensaba mientras jugaba con mi pelo, quien esa misma mañana fue a comprar la leche por mí. Lo vi caminando despacio. A mí me preguntan estas cosas y el dolor en el estómago se hace más fuerte. Yo digo a veces también que es un vacío, y creo que sí lo es, porque es como que le hace falta a uno algo, ¿no? Vi a Orlando alejarse, se perdió entre la gente de la plaza, y a medida que les cuento, recuerdo con más claridad: es el segundo piso, estoy en la ventana y allá al fondo está Arboleda. Viene Orlando. Él no me ve. Veo al amor de mi vida, su cuerpo se levanta,

va y hacia atrás con gran velocidad. Al tiempo, se siente un calor impresionante, se siente un estallido. Me obligo a meterme a la casa. Todo ese día es algo único y diferente. Yo reacciono. Orlando, no sé. Debajo de mi cama, escucho los gritos de la gente en la calle. Las casas crujen, como si hablaran, y se van cayendo. Escucho la gente detrás de mi casa pedir ayuda, que los dejen meter. Como puedo, bajo y me acomodo en la parte de atrás de la casa. De ahí para abajo es solo la ladera de la montaña. Se van metiendo los vecinos, y así, de a poco, se llena el lugar.

98

Salió el sol. Seguimos escondidos y no nos atrevemos a salir. Fue una voz la que vino a motivarnos para que lo hiciéramos. Era el párroco, quien estaba lanzando gritos. Dijo que no había problema, que le habían dado permiso para sacarnos. Pude ver que el hueco en la pared sí era lo suficientemente grande para salir. Comienzo a meterme, mientras todos gritan que necesitábamos ayuda, que hay un niño, que por favor nos den agua. Desde afuera fueron quitando todos los escombros. «Todo va a estar bien», escucho decir, pero no lo será, porque están buscando a los policías y los están asesinando. Apenas salimos, pasamos por una requisa de varios hombres armados. Detrás de mí salió la mamá y el niño. El cura se le acercó y le entregó algo. Era un pañal. Ayudé a varios a salir, y no supe cómo decirle a la señora Josefa que no, que su marido se quedara escondido, pero en el fondo ellos lo sabían. Me alejé de ahí, y pude ver que era cierto. ¿Qué es lo que vieron mis ojos? Me cubrí la cara y entendí. «No existe». Nos dijeron que buscáramos un lugar más seguro, porque la pesadilla no había acabado. ¿Y mi Orlando? ¿Alguien sabía de él? Me dijeron que a los heridos los estaban ayudando. ¿En dónde? Que no me preocupara, que saliera rápido. ¿Y mi mamá? Que siguiera, que ella estaba bien. Caminaba entre bloques de ladrillos caídos y puertas molidas. Muchas casas no tenían las paredes del frente y los tejados estaban colgando. La iglesia estaba a medias, como si estuviera arrodillada. Vi una volqueta, como la que me contó mi Orlando que había visto, la que estuvo a punto de mandarlo al barranco. Estaba solo el esqueleto de metal. Alguien me tomó la mano. No sabía quién era.

—Hágale, hija —me dijo—. No se vaya a soltar de mí.



Mientras atravesábamos el pueblo, veía a la gente salir. Algunos se ayudaban con los caballos para cargar bolsas y llevaban hasta colchones, quién lo hubiera dicho. Éramos una larga fila de gente que iba a buscar algo seguro en Pensilvania. Le solté la mano a mi acompañante y me agaché para ver qué era lo que no me dejaba caminar.

—Déjese ayudar, niña. Vea que usted está malita —me dijo. Su cara estaba sucia y sus ojos no se despegaban de mi pierna. Sus brazos cargaban una especie de bulto—. Eso te duele mucho, ¿cierto?

Tenía roja la pierna, me ardía, sentía una quemazón, y ni me acuerdo por qué. Yo y mi mala memoria, ¿no les digo? No solo porque no sé qué me había pasado, sino porque tampoco había reconocido a la mamá con el hijo que estuvieron conmigo. Cuando fui tomando conciencia, esa mujer era mi vecina, la conocía de vista, pero no sé, para mí ese día se me desordenó.

—Agárrese de mi hombro, si quiere —me dijo.

Le sonreí. Le puse la mano en su hombro y comenzamos a caminar.

100

—Eso, hágale que usted es una berraca. Y no me vaya a mirar pa' atrás, ¿oyó? —me advirtió—. Sobre todo eso.

Recuerdo que me habló de otras cosas, como para distraerme de lo que veía. Y le hice caso, no miré atrás, ni cuando sonó un disparo y escuchamos que la gente gritaba y se lamentaba. La que más lloraba era la señora Josefa.

Nos fuimos juntas un buen rato. Ella dijo que se iba a Pensilvania y yo le dije que iba a buscar a mi papá. Cuando nos despedimos, el niño movió los brazos regordetes, como si aleteara. Lo destapó y tenía los ojos abiertos. Yo es que me acuerdo de muchas cosas cuando me preguntan, pero otras se me olvidan.

—Son café. Creí que eran negros —dije.

—Ah, no. Son como los del papá.

A mí me pareció que todo esto de recordar es algo curioso. Si le preguntan a Orlando, él les dirá otras cosas. Eso sí no lo sé.







**Entre dos  
paredes**

Cuando recuerdo lo que vivimos, no dejo de pensar en mi familia. Déjenme decirles algo de ellos. Mi mamá, Susanita, para los que no sepan de ella, era una mujer muy amable. Eso sí, poco hablaba y las expresiones de su cara respondían a lo que se le preguntaba.

—Deje de hacer muecas, Susana—, le decía mi papá pa' molestarla, y ella torcía la boca o sacaba la lengua.

Todos por acá somos gente sencilla, y ella quizás más. Pero tenía sus gustos demasiado raros. Recuerdo que no podía comerse un plato de arroz calentado, pero sí unos frijoles; y ni miraba los huevos, o un pedazo de carne, pescado o pollo.

—Me dan ganas de vomitar —decía con cierta pena.

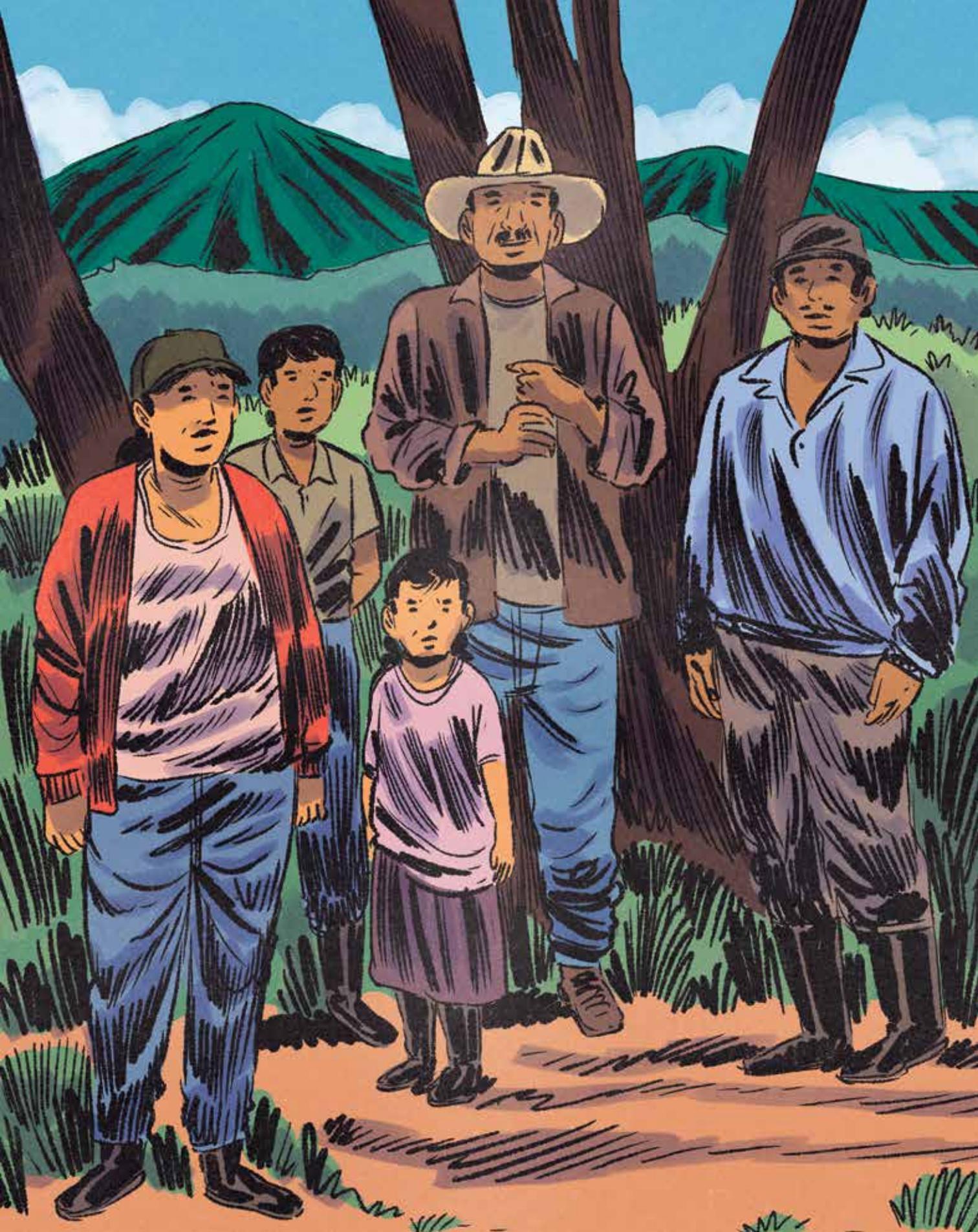
104 Mi papá era de cuidado. Algunos en la vereda le decían Cucho, porque se veía viejo. A mí no me parecía. Se llamaba Manuel y ese señor sí que era bravo. Se alborotaba cuando le llevaban la contraria, y no fueron pocas las veces que los tragos lo llevaron a sacar la peinilla y sacarle chispas. Varias veces la policía lo sacó de la casa para llevarlo al calabozo, para que agarrara escarmiento. Ni así se compuso. Dejó de hacerlo, pero no porque quisiera. Se le fueron pasando las rabias y las envalentonadas por una infección, una herida mal curada en el estómago. No le prestó mucha atención y con el tiempo se quejaba a escondidas.

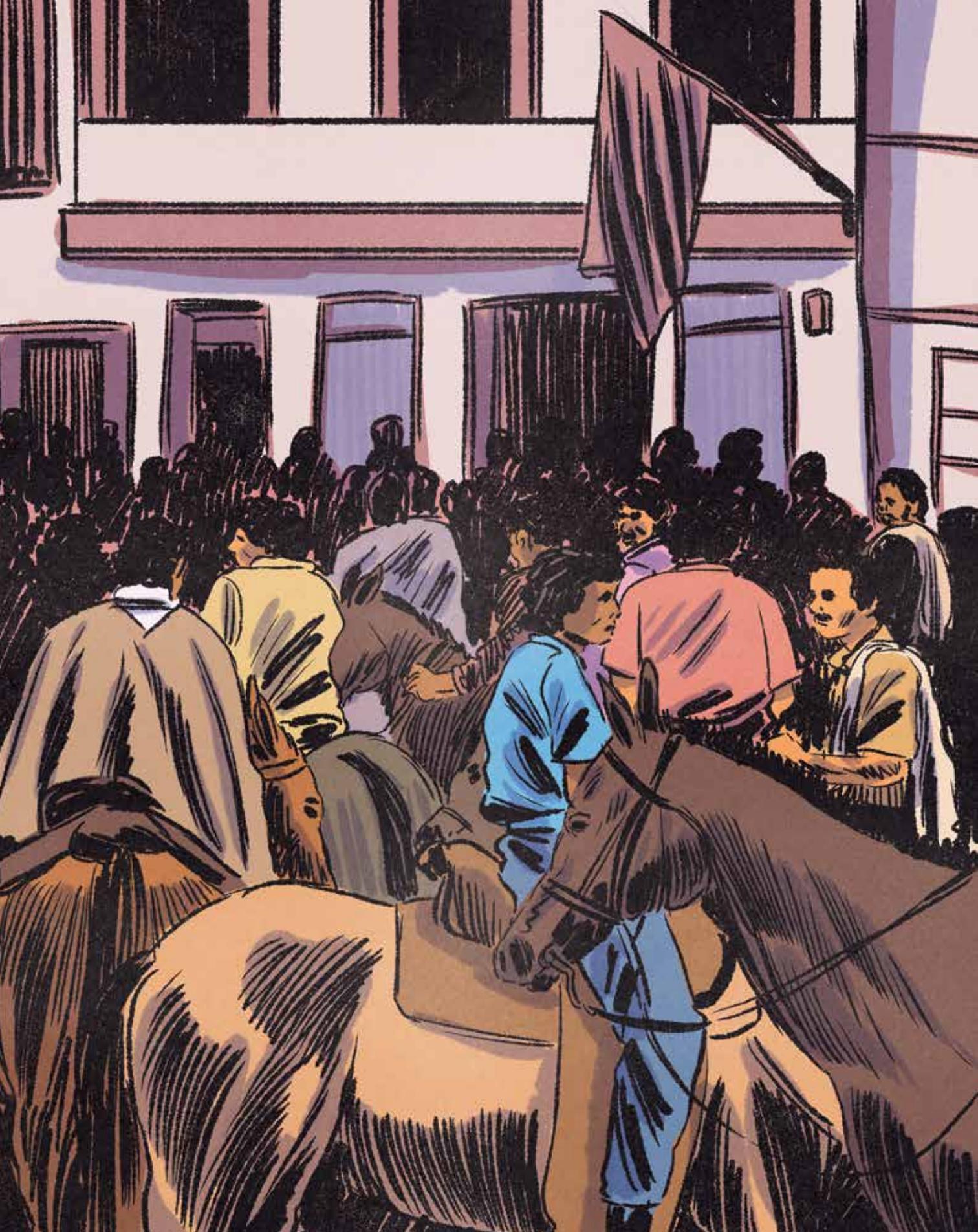
—Vamos pa' Manizales, ¿sí? —le insistía mi mamá, cuando lo encontraba tirado en el piso—, miré que usted está maluquiado.

—Eso se me pasa al rato —respondía, apretando los ojos, como si eso espantara el dolor.

Nunca nos dijeron cómo lo encontraron muerto. Mi mamá decía que de nada valía saberlo, que él ya se había ido p'al cielo. En seguida se agarró la cabeza con las manos y comenzó a llorar.

—Bueno. Ya está. Ahora yo voy a frentiar en esta casa.





Eso lo dijo Pacho, mi hermano mayor. Él era muy listo. Pensaba rápido y las decisiones las tomaba al momento. Igual que mi papá. Para él no había problemas difíciles y a todo le buscaba solución. Con la ausencia de mi papá se encargó de negociar lo que cosechábamos de café y el frijol; sabía calcular mejor que yo las puchas, los almudes, las cuartillas.

Laurita es la menor de la casa y la consentida. Y la única que le gustó ir a la escuela. Y yo, Martín, pero no hace falta que les diga mucho de mí. Yo vine a hablarles de otra cosa. Vine a hablarles del miedo. De nuestro miedo, que no es el de todos.

Fue después de la muerte de mi papá. Decían que «esa gente» pronto llegaría. Lo escuchaba en la vereda y también en Arboleda, cuando salíamos de misa y pasábamos a merchar. En la plaza, la gente que venía desde los Animes, de Quebradanegra, de La Torre, de Guacas, de todas las veredas, dejaban los caballos y las mulas amarradas, o para que les limpiaran los cascos y les cambiaran las herraduras. Frente a la tienda del señor Salazar se amontonaba la gente; se hablaba de los convites, de las fiestas, a la espera de que les llegara el turno para negociar las cosechas. Yo los escuchaba hablar de lo mal que se estaba pagando el café, de que se necesitaban buenas carreteras y, sobre todo, de que los habían visto.

—¿Cómo eran? —preguntaba alguien.

—Así mismo como el Ejército —respondían.

—¿Y qué es lo que hacen? —insistían otros.

—Están haciendo reuniones —contestaban.

La gente cuchicheaba, decía esto y lo otro, se encomendaba a Nuestro Señor.

—Y también que se van a meter —agregaba alguien.

Para mí eran cuentos viejos. Mi papá también había repetido alguna vez las mismas historias con los vecinos. Mi mamá, cuando le preguntaba si era verdad, encogía los hombros sin decir ni mu.

Supe que era cierto una tarde, cerca de la noche. Diría que pasaban las seis. Mi mamá prendía la estufa para preparar la comida. Los perros estaban amodorrados a sus pies, a la espera de que les lanzaran un pedazo de pan o huesos. Con Pacho habíamos cerrado el corral de las gallinas y guardado la mula y los demás animales, pensando en que no se nos hubiera olvidado nada. Laurita dormía. Tenía sueño de piedra. Primero fueron los perros que comenzaron a ladrar; se levantaron del piso y corrieron hacia los cafetales. Pacho y yo no hicimos caso, pensando que sería un animal perdido de algún vecino u otros perros que se metían a buscar comida. Solo cuando de la cocina vino el grito de mamá entramos a ver qué era lo que pasaba. Mi mamá estaba pálida.

—¿Qué fue, mamá? —pregunté.

Estaba agachada. Se levantó y miró a través de la puerta que de la cocina daba afuera, al cafetal. Movía la cabeza, como buscando algo entre los matorrales. No decía nada.

108

—¿Qué es lo que hay? —dijo mi hermano, al tiempo que se asomaba. Abría los ojos, intentando encontrar el motivo del alarido de mamá—. Yo no veo nada.

Salimos los tres a mirar más de cerca. Los perros ladraban más fuerte, más rápido. Se acercaban a las matas de café y al momento se regresaban. Escuchaba la respiración de mamá; intenté tomarla de la mano, pero ella se soltaba y seguía revisando. Se quedó quieta por unos segundos, levantó su mano y señaló la enramada. Y entonces los vi. Pensé que cuando eso sucediera, me pondría nervioso. Pero no fue así. Los miré fijamente para poder conocerlos y saber quiénes eran. «Eso van a llegar y nos van a matar uno a uno», recuerdo que decía don Salomón. Mi hermano aún se movía para todos lados; se acercaba a los perros y los mandaba a callar, que se entraran, que ya se estaba haciendo noche.

—Acá no hay nada, mamá —reclamó mi hermano—. ¡Qué susto me pegó!

Giró para mirarnos y no sé qué vería en nuestras caras. Mi mamá, agazapada, seguía señalando y siguiendo con la mirada. Pacho agarró la vara con la que arriábamos

las bestias y golpeó a uno de los perros. No fue necesario que lo detuviéramos. El chasquido de las hojas secas y ramas en el suelo que se quebraban con las pisadas lo hizo reaccionar. Los perros se lanzaron hacia las botas de los hombres que se iban asomando; mostraban los dientes y retrocedían de inmediato.

—¿Es el Ejército? —pregunté ingenuamente.

—¡Cállese, bobo! —respondió mi hermano—. Eso es pura guerrilla.

Mi mamá soltó la lengua y dijo que nos metiéramos. Cerramos las puertas y no comimos esa noche. Gracias al alma bendita de mi papá que nos protegió ese día.

En la vereda comenzamos a verlos más seguido. Aparecían al final de la tarde, hacían sus rondas y se perdían. Con el tiempo salían en el día, paraban en la tienda a tomar cerveza o a comer cualquier cosa. Y así, poco a poco, se nos metieron.

—¿No les da miedo?

La pregunta me la hizo Octavio, un amigo. Con él trabajábamos en la finca cafetera del señor Salomón. Éramos cinco los dedicados a recoger café en las mañanas; por las tardes aparecía el señor Salomón a revisar. Se acercaba con cara seria, saludaba, metía las manos en las canastas, sacaba los granos, los olía, se iba.

—¿Miedo de qué? ¿De ellos? —respondí.

—Ajá —decía Octavio.

Yo no sabía qué decirle. Al lado de la casa había una trocha que llevaba a la punta de la montaña, y de ahí pa' lante había caminos pa' donde se quisiera. Los veía seguido por mi casa.

—No, no me da miedo —dije con seguridad—. No se meten con nosotros.

Así fue pasando, y la gente hable que hable. Yo no opinaba, porque yo no veía aún nada de raro en la vereda. Eso pensaba, hasta que las cosas comenzaron a ser diferentes. Un día aparecieron en la mañana. Mi mamá bregaba en el cafetal, mirando

las hojas para que no tuvieran gotera y no fuera que se nos dañara el cultivo. Pobrecita, no le dieron tiempo de encerrarse en la casa, ni de avisar a algún vecino.

Le preguntaron por el patrón de la casa.

—No. Yo soy la dueña de esta casa —respondió muy bien plantada—. Acá no hay ningún patrón. La patrona soy yo.

Se quedaron callados al comienzo, pero luego se sonreían. Querían burlarse.

—Queríamos saber si el patrón se portaba bien con los trabajadores de acá.

—Yo me portó muy bien con todos —contestó. Ya su voz era más dura, más respondona—. Yo acá solo tengo a Nuestro Señor, y es el que me ayuda con la finca y con mis hijos. Pero ustedes ya saben eso, se la pasan por acá.

Uno de ellos, el que los mandaba, cambió de tono.

—Señora, nosotros estamos en la parte de arriba. Si usted...

110

—Sí, señor, yo lo sé —le interrumpió—. Ustedes están en mi finca unos días y otros días en otras. Pero bien pueda, háganle que no tenemos problemas. Nosotros no le hacemos mal a nadie.

—Bien pueda siga, señora. Cualquier cosita, acá estamos pa' ayudarle —respondió uno, el que más se burlaba.

Mamá agarró pa' la casa. Buscó su mecedora, se sentó, y vio cómo le temblaban las piernas. Estiró la mano y acercó la foto de mi papá que estaba sobre el mueble. Le dio un beso y se puso a llorar.

Desde ahí, las rondas las hacían casi siempre por la casa. Si no era mi mamá, éramos Pacho o yo los que dábamos la aguapanela. Jamás dejábamos a Laurita con esos tratos. Ya yo tenía la sospecha de que se podía poner peor la situación. No estaba equivocado.

Laurita esperaba en la mesa. Yo debía llevarla al colegio y pasar luego a la finca del señor Salomón. Pacho estaba afuera con los perros, recogiendo los huevos. De pronto, vi su cara roja, lanzaba groserías.

—Nos robaron.

—¿Cómo así? —dijo mamá confundida.

—Se llevaron la mula.

—¿No se escapó? ¿La cerca estaba bien?

—¡Mamá, esos hijueputas nos robaron la mula!

Yo quise ver la cerca para comprobar. No le hice caso a la llovizna; me puse la ruana y caminé hasta la empalizada para ver su estado. La rodeé para mirar cómo se habría podido volar. Mamá y Laurita esperaban mi revisión. Volví con la cabeza agachada, quitándome las gotas de la cara. Al frente de ellas, levanté la cabeza.

—Nada —dije.

Adentro, mi mamá sirvió aguapanela y un pedazo de queso.

—Cómanse eso mientras tanto —dijo—. Agarren pan de la bolsa.

Yo había visto a mi mamá pocas veces brava, pero sabía cómo era. No sabía qué le pasaba por la cabeza, ni qué era lo que iba a hacer. Salió de su pieza con su ruana y sus botas.

—Vea, Pacho —dijo—, acabe de comer y llame a don Jorge. Que nos preste la mula, si es necesario yo le pago el día. Si él puede, lléveme a la niña al colegio.

Mi hermano se fue al rato. Yo estaba listo para irme al trabajo.

—No, mijo. Acompáñeme. Yo sé que usted no les tiene miedo y Pacho es muy arrebatado. Acompáñeme y no deje que me dé miedo a mí.

Entendí a mi mamá. Agarramos la trocha hacia arriba. La lluvia era más fuerte y el barro no dejaba que camináramos más rápido. Llevábamos media hora de camino, cuando encontramos algo extraño. Era un rebaño de ganado que bajaba. No exagero, podrían ser cien o ciento veinte reses. A los lados venían los guerrilleros a lomo de bestia arreando.

Yo sabía de quién eran las reses. Eran del señor Jacobo, que vivía por el páramo. Nos hicimos a un lado para dejarlos pasar. En el momento en que pasaban por nuestro lado, mi mamá señaló. La rabia de mi mamá apareció.

—¡Oigan! ¡Esa es mi mula!

Yo miraba a mi mamá.

—¡ESA ES MI MULA! ¡SE ROBARON MI MULA!

—¡LADRONES! ¡SON UNOS LADRONES! —gritaba yo, uniéndome al grito de mamá.

112

No respondieron. Agarraron las armas y las mostraban; nos miraban como si fuéramos poca cosa. Sus caras, sí, eran como cualquiera de nosotros. Nos callamos. Entendimos que de nada servía. En la casa le dije a mi mamá:

—Ma, voy a pedirle a don Salomón que me dé más trabajo. Necesitamos otro animal.

Mi mamá me sonrió. Ese día trabajé hasta tarde. Habría podido seguir, pero don Salomón me dijo que lo mejor era que no me arriesgara; que si necesitaba trabajo, él me daba todo el que quisiera, pero que no me olvidara de cuidar a mi mamá y a mi hermana. Volví a la casa. Los perros se lanzaron sobre mí cuando me vieron, saltaban a mi lado. Al entrar, mi mamá estaba en la vieja mecedora. Se movía despacio, miraba su telenovela.

—No me llegue tan tarde, Martín —dijo.

—Don Salomón me dio más para hacer —le respondí—. Necesitamos...



Me interrumpió. Su cara no se despegaba del televisor.

—No, no me gusta que ande por ahí solo. Y ya no hace falta.

—¿Cómo que no hace falta? —respondí, buscando una silla para sentarme también a ver la televisión. Su cara estaba roja. Le pasaba cuando lloraba mucho.

—Devolvieron la mula.

No quiso decir más. Después me enteraría de que había hablado con el jefe de los guerrilleros. Marchó sola, agarrando fuerzas de donde más pudo, y lo encaró. Yo no sé si eso fue un buen negocio, pero mi mamá lo resolvió así: la mula era nuestra, pero ellos podían llevársela cuando la necesitaran, pero debían devolverla muy temprano (Laurita debía ir a la escuela).

114 Quién iba a creerlo, pero la vida se nos fue complicando más cuando comenzó a verse más Ejército. Los soldados aparecían en las mañanas para hacer sus rondas; revisaban y, antes de caer la tarde, regresaban al batallón. En la vereda se veía más gente extraña y entendimos que eran milicianos. Llegaban a pedir trabajo y se quedaban en las fincas a dormir. Apenas veían llegar el camión del Ejército o veían un retén, se perdían a avisar. Y la guerrilla se metía en el monte, conocían bien las trochas. Se escondían entre los cafetales y duraban agazapados por horas. Cuando alguien cruzaba, ¡zas!, le saltaban.

—¿Vio Ejército por ahí?

—No, no he visto nada —respondía uno muy asustado.

—¿Con que no vio? —preguntaban, rodeándonos y con fusiles listos—. ¡No nos crea tan güevones!

—Yo no... no vi nada.

—Se vendió... se vendió este hijueputa.

—...

—Vamos a darle bala. ¡Se va a morir! ¡Se va a morir acá!

—...

—¡Usted es un informante, ¿no?!

Nos convertimos en sospechosos, de ser informantes del Ejército. Ninguna respuesta los convencía. Aquello no era buena vida. Veíamos familias esperando la *escalera* para salir o caminando al lado de las mulas cargadas, dirigiéndose quién sabe para dónde. Se despedían y prometían volver cuando pasara todo. Se iban porque estaban amenazados por quién sabe qué, porque les habían matado a un pariente o por el puro miedo.

La partida que más me dolió fue la del señor Salomón. Apareció en la casa en la mañana de un sábado preguntando por mi mamá. Se sirvieron un café, hablaron tranquilamente y salieron a caminar por el cafetal. Regresaron casi dos horas después. Vi a don Salomón salir afanado. Montó el caballo y miró a todos los lados antes de arrancar. Nada me pareció extraño hasta que mi madre entró a la pieza y se recostó. Supe que había pasado algo.

—¿Le ayudo con algo? —pregunté, mientras entraba a su pieza.

—Ahora no —respondió—, me duele un poco la cabeza, pero ya me va a pasar.

Al otro día, yendo a la misa en Arboleda, Pacho me habló.

—Nos vamos desde mañana a cuidar la finca de don Salomón.

—¿La finca? —pregunté con asombro—, ¿la finca completa?

—Ponga cuidado. Usted se va con los pastos y yo me encargo de lo demás, ¿oyó?

—¿Y eso qué pasó? —pregunté.

—Y si le preguntan, nosotros no sabemos nada más.

Pacho giró para ver en dónde estaba mi mamá. No quería que ella se enterara de la charla.



—Le pidieron veinte millones a don Salomón —dijo Pacho en voz baja—. Le estaban sacando plata desde hace rato.

No supe qué decir. Un par de noches antes, lo habían sacado a punta de pistola y se lo habían llevado. Le hicieron preguntas que dejan a cualquiera aterrado: ¿cierto que usted tiene dos hijos? ¿cierto que usted tiene una señora muy juiciosa? ¿cierto que usted no quiere morirse? Fue a la policía a ver qué se podía hacer, pero hasta ellos le recomendaron que se fuera y no pagara. Nadie en la vereda se enteró cómo salieron y en los días siguientes la guerrilla preguntó si sabíamos algo. Nadie dijo nada. Hubiera querido despedirme del señor Salomón, aunque me bastaba con saber que se les había escapado. Mi mejor agradecimiento debía ser cuidar de su casa.

Tres veces a la semana pasaba mi mamá a la casa finca de don Salomón para echarle un ojo a los animales. Llevaba aguapanela y arepa para mí y otros jornaleros. No sé qué me pasó, pero comenzaron a darme ganas de preguntarle por qué no nos largábamos también, porque tarde o temprano, pensaba, nos iba a tocar algo malo. Le di vueltas al asunto hasta que un día me atreví.

Fue en la casa. Mi mamá volvía con los granos de café, despacio, cuidando de que no se le cayeran. Esperé a que entrara, se quitara el sombrero y se limpiara. Me fijé en su rostro, en cómo se pasaba las manos con agua para limpiarse y en la forma en que se miraba en el espejo. Sentí que mi mamá merecía una mejor vida y que nunca, ni cuando estaba papá, le había escuchado una queja o un sufrimiento.

—Mamá, ¿usted no ha pensado en irnos?

Se sentó en la mecedora. Los perros fatigados se acostaron a su lado, con las lenguas por fuera y jadeando.

—¿A dónde, mijo? —respondió con una sonrisa.

Era cierto. «A dónde». Se impulsó un poco con los pies y sus manos tomaron el cabello para recogerlo.

—A mí nunca me gustó el estudio —dijo—. Sus abuelos me obligaron a ir a la escuela. Por ellos terminé el bachillerato, pero yo quería estar en el campo, sembrar, estar metida a toda hora en medio del café. Aprovechaba cualquier oportunidad; le llevaba el almuerzo a su abuelo y me quedaba con él. No me daba pereza. «Las manos, hija», decía mi papá, «cuídese las manitas», y yo no le hacía caso. ¿Sabe qué hacía en las noches? Cuando mi papá ordenaba que se apagaran las luces, yo abría la ventana para escuchar los grillos. Me quedaba escuchándolos hasta que me dormía.

Se acomodó en la silla, subiendo sus pies, recogiendo. La vi cómoda.

—A mí nadie me convence de irme —agregó—. A mí todavía no me han asustado como para que me vaya. Les falta mucho si creen que me van a echar de mi casa.

Con el tiempo, vi que sus palabras no eran mentiras. Los guerrilleros aparecían seguido por la casa, camino a la montaña; a veces llegaban regalando carne de las reses que sacrificaban cada tanto y repartían entre la gente de la vereda. Mi mamá les decía que no, que no la queríamos.

118

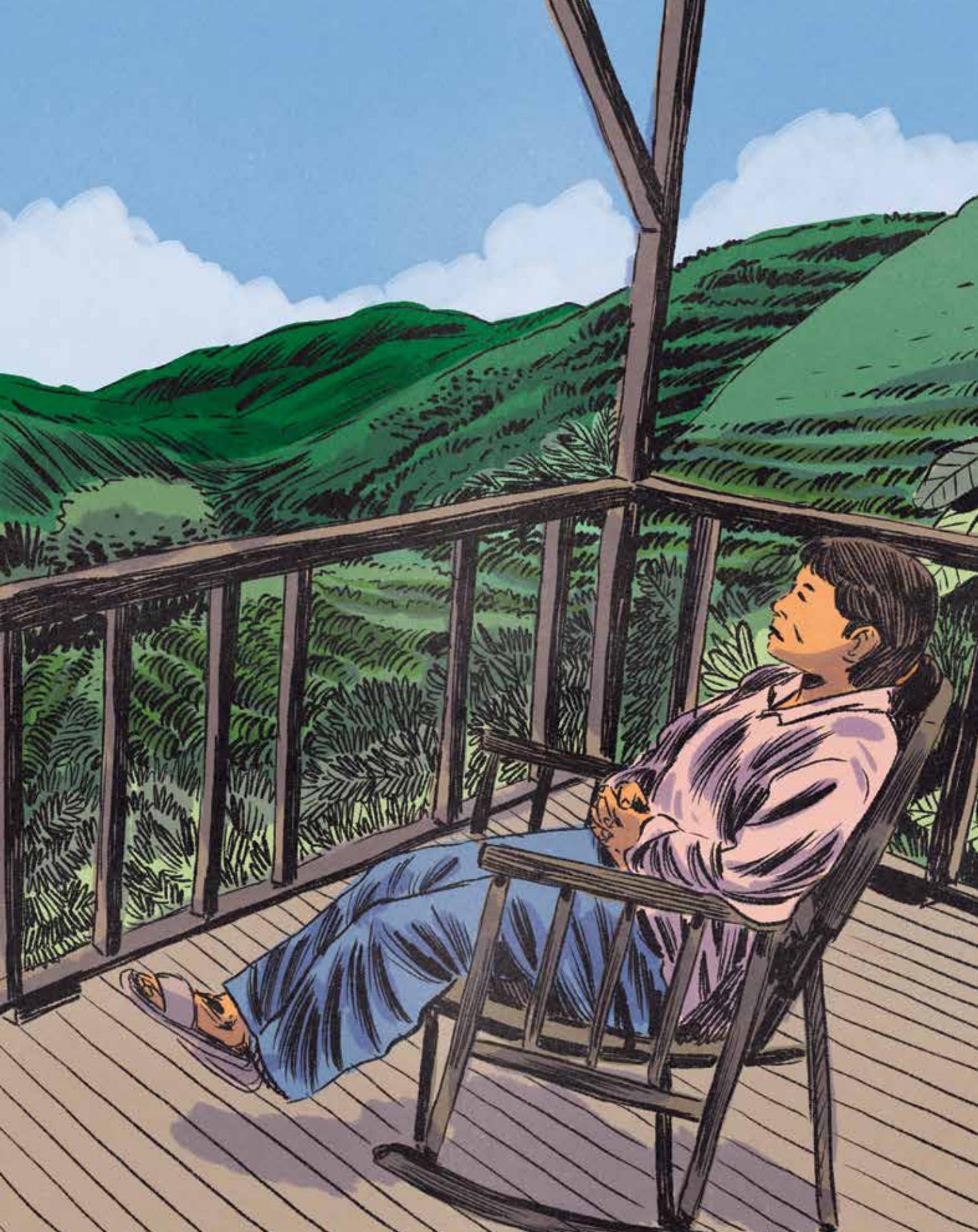
—Eso es robado —les decía.

La miraban como si estuviera loca, se burlaban. Mi hermano y yo agarrábamos a Laurita para que no viera lo que estaba pasando. Mi mamá se daba cuenta.

—No —decía mamá—. Que vea. Ella tiene que aprender a ser una verraca.

Cuando se iban, mi mamá cambiaba de nuevo: los temblores de las manos, el sudor, el color pálido de su cara. Entendí que nos estaba enseñando que no debíamos dejarnos pisotear; que si ellos tenían los fusiles, nosotros teníamos otra cosa más fuerte. Así lo vimos todos, hasta que llegó el día en que nos tocó probar de qué estábamos hechos.

Era de noche y llovía. Mamá volvía de una reunión en la vereda; llegó a la casa empapada y se notaba que algo la tenía mal. Se cambió de ropa y pidió urgente que le pasáramos el teléfono celular. Supimos que era algo grave, porque solo se usaba para llamadas necesarias. Se metió en la cocina. Hablaba unos minutos, colgaba y



volvía a marcar otro número. Cuando terminó, dejó el aparato a un lado y caminó de lado a lado, apretando sus manos contra la cara. Se agachaba, como si algo le doliera. Laurita comenzó a llorar.

—Váyanse a la cama —dijo.

Hicimos caso. La lluvia y el viento golpeaban las tejas de zinc de la entrada, y aunque estábamos acostumbrados a ese ruido, esa noche no conseguía dormir. Pacho tampoco.

—Sí sabe qué pasa, ¿no? —me dijo.

—Diga, ¿qué es lo que sabe? —lo reté.

—Que están reclutando mucho joven. Se van a las fincas y a las escuelas para cargárselos.

En realidad, sí sabía algo. En los pastizales de don Salomón, varios jornaleros no habían regresado por miedo. No le mencionamos nada de la conversa a mamá. A la mañana siguiente, nos reunió temprano. No dejó ir a Laurita al colegio y la mandé a darle de comer a las gallinas. Quedamos solos con ella.

—Hágame un favor, Pacho —dijo. Lo tomó de las manos y le pasaba la mano por el cabello—. Usted se va a quedar a cargo, mientras yo voy pa' Manizales unos díitas.

Se enderezó y nos habló ahora a los dos.

—Mañana me van a llevar a Laurita los dos. Se me van armados, agarren los machetes y no se van a dejar tocar de nadie, ¿oyeron? Se devuelven juiciosos. En la tarde vuelven y me recogen la niña. No me la desamparen. Usted encierra el ternero, usted ordeña la vaca y los dos hacen comida.

Se despidió de los tres y se fue.

En la mañana no sucedió nada diferente a lo de todos los días. En la escuela estaba una tropa del Ejército debajo de los árboles. Detenían a la gente cuando pasaba y

lo primero que hacían era pedir los documentos. Cuando dejábamos a Laurita, al regresar, se nos acercaban.

—Ustedes... Ustedes son guerrilleros.

—No, señor— respondía mi hermano—. Vivimos arriba, en la vereda...

—No digan mentiras. Ustedes tienen cara de guerrilleros —insistían.

Silbaban para que el resto del grupo se uniera.

—Mi cabo, estos son guerrilleros, pero dicen que no. ¿Qué hacemos con ellos?

Ese día ni se fijaron en los machetes. Sus caras eran oscuras, quemadas por el sol. Como todos los días, los mandaban desde temprano a buscar guerrilleros, pero ya sabían que nosotros no lo éramos. Y también sabían que estaban por la montaña. Como no era la primera vez que nos hacían la encerrona, ya sabíamos que no iba a demorar para dejarnos volver. A veces, alguno tomaba el fusil y apuntaba; se mantenía firme hasta que dejaba de parecerle chistoso. Al final, nos hacían las mismas preguntas.

—¿Han visto guerrilla por allá?

—No, señor.

—Si los ven, díganles que acá los estamos esperando.

Asentíamos y nos íbamos.

En la tarde era diferente. A veces se habían marchado o estaban alistándose para regresar. Sin embargo, cuando regresamos por Laurita, la encontramos llorando junto con otros compañeritos. Los soldados estaban con ellos.

—Van a ver cuando lleguen a las casas —decía uno de los soldados—. La guerrilla se les metió. Ustedes ya no tienen casa.

—A su casa se metieron por el techo —le decía otro a Laurita.



Cuando nos vio, se levantó despacio. Se limpió las lágrimas y caminó como si no hubiera nada a su lado. Me fijé en sus pasos y vi que no había en esa niña temblores en sus piernas; las lagrimotas que le caían por la cara se las limpiaba con las manos y, al treparse a la mula, no le sentí las manos tiritando. Solo suspiraba y se limpiaba aún la cara.

—¡Eh, allá! —vino un grito—. Ustedes, los guerrilleros...

Laurita jaló la rienda, hizo que la mula diera media vuelta y comenzamos juntos a andar.

Al volver, calentamos la comida y prendimos el televisor. Eran poco más de las siete de la noche. La mula ya estaba amarrada, las gallinas guardadas, la vaca y el ternero encerrados; la casa estaba limpia y Laurita tenía todo listo para el día siguiente. Queríamos que mi mamá nos viera, que se sintiera orgullosa. De pronto, los perros dejaron los platos de comida y despegaron hacia los cafetales. Pacho me miró asustado y en seguida mandamos a Laurita a encerrarse. Tomamos los machetes y salimos con la linterna. En ese momento olvidé que tenía catorce años, que yo era un hombre y que debía hacer lo que fuera. Eso habría querido mamá y papá.

123

La luz de la lámpara la dirigió a la enramada. Se metía entre las hojas, buscando algo, y sí, algo se movía. Entonces aparecieron. Cuatro hombres armados avanzaron hacia nosotros; hablaban entre ellos, al parecer sin tener cuidado del ruido que hacían. Las luces de sus linternas, más potentes, nos apuntaron a la cara.

—Necesitamos a la señora Susana.

—Está muy ocupada —dijo Pacho.

—Dígale que venga.

—Ya le dijimos. Está ocupada.

Hablaron entre ellos un rato. Bajaron las linternas y nosotros también.

—No queremos tener problemas —dijo uno de ellos—. Solo venimos por la mula.

Pudimos respirar más tranquilos. Si querían la mula, que se la llevaran. Caminamos en busca del animal, ellos al lado de nosotros. Nadie hablaba. Pacho fue a soltarla y regresó rápido.

—La necesitamos mañana —dijo Pacho—, mi hermana debe ir a la escuela.

—Vea, hágame un favor —respondió uno de ellos— llámeme mejor a su mamá.

—No puede —dije, adelantándome a Pacho—. Está muy ocupada.

—Necesitamos que nos preste a un trabajador para llevar unas cosas. Es por Quebradanegra. No se demora.

—Mi mamá no tiene trabajadores —dijo Pacho.

—Pues entonces le va tocar a uno de ustedes.

Era la primera vez que sentía el temblor de las piernas. ¿Ese era el miedo que sentía mamá cuando se descontrolaba luego de enfrentarlos? No sabía qué hacer. Quería sacar el machete, pero no sé para qué me podía servir. Mi linterna seguía apuntando al piso; iluminaba las botas de caucho de los guerrilleros.

124

—Yo voy —dijo Pacho, y giró para ver mi cara de espanto—. Vaya y dígame a mamá que ya vengo.

—¿Lleva el machete? —pregunté.

No respondió. Se fueron. Encendieron las linternas y se abrieron camino. Seguí con la vista la que creía era la luz que guiaba a mi hermano. Se fue perdiendo, se hizo más pequeña, hasta que todo quedó a oscuras. Me quedé quieto. Escuchaba los ladridos lejanos de los perros y las ramas que movía el viento, y quise escuchar los grillos que tanto le gustaban a mi mamá. Nada pasó. Al rato, los perros volvieron; se acostaron a mis pies. Yo aún no podía moverme.

Esa noche no pegué el ojo. Preparaba el desayuno de Laurita, y tenía miedo de la pregunta que me haría. «¿Y Pacho?». Y así fue. Cuando despertó, no pude decirle la verdad. «La mula amaneció enferma; la llevó al pueblo». La apuré para que comiera



y salimos más temprano a la escuela. En el camino nos encontramos con otros niños, lo que agradecí porque no tenía ganas de hablar. No la dejé en la puerta, para evitar el jueguito de los soldados. Me despedí de ella unos metros antes de llegar. Al regresar, vi que los perros no estaban en la entrada. Habría jurado por Diosito que había dejado todo trancado, pero luego vi que la puerta estaba abierta y las gallinas estaban por fuera. Mamá regresó, fue lo primero que pensé. Inmediatamente me dolió el pecho. Entré con cuidado y estaba ahí, como si nada. Era Pacho. Estaba sentado en la mecedora de mamá, casi dormido.

—¿Qué le pasó? —lo desperté.

Pegó un saltó del susto.

—No, no vuelvo a hacer eso —dijo.

—¿Y qué era?

—Allá hay una casita, la que era del señor Justo —dijo—, ¿sí se acuerda?

Asentí.

—Fíjese que allá tienen un campamento.

—Ajá.

—Ahí tienen a unos secuestrados.

Me contó que debió llevar comida. En caso de que se apareciera el Ejército, al que agarrarían sería a él. Salió antes de que apareciera el sol y puso a la mula a andar rápido. Cuando bajaba, había visto gente moviéndose entre las matas, pero que no sabía si eran los mismos guerrilleros o si era Ejército. Se encomendó a Dios y no le paró a nadie hasta que llegó a la casa. Terminó de contar y me pidió que lo despertara cuando tocara ir por Laurita.

—Oiga, una cosa más —dijo.

—Diga, pues.

—Que no lo sepa mi mamá.

Al día siguiente ella volvería. No nos contó el motivo del viaje y nosotros no mencionamos lo que nos pasó. Pacho me dijo alguna vez que ella fue a hablar otra vez hasta el campamento para negociar que no se metieran con nosotros. No lo creo, porque no teníamos con qué. A veces pienso que fue a hablar con don Salomón para llevarle las cuentas de la finca, pero no estoy seguro. El caso es que mi mamá volvió y estábamos juntos de nuevo. La vida en la vereda siguió entre los enfrentamientos, con los secuestros y los señalamientos: ustedes son guerrilleros, nos decía el Ejército; ustedes son unos sapos, nos decía la guerrilla. Pero nos resistimos a salir. Como dijo mi mamá: no nos lo dejamos quitar. Seguimos con el amor al café y sacando otras cositas para vivir.





An illustration of several soldiers in a jungle setting. The soldiers are wearing helmets and military uniforms. One soldier in the foreground has "EJERCITO NACIONAL" visible on his uniform. The scene is rendered in a stylized, sketchy manner with a color palette of muted greens, browns, and oranges. The text "Una casa olvidada" is overlaid in the center in a large, bold, red font.

# Una casa olvidada

**L**a casa ya no es la misma. No hay perros que ladren ni el ruido de las aves. El aire cargado de peste es un recuerdo y el agua dañada se ha perdido en otros lados. No encuentro rastros de cafetales y las tierras están secas. ¿Cómo desapareció esta finca? Puedo recordar algo de lo ocurrido. Todo inició por unas condenadas gallinas.

Fue un domingo. Debíamos caminar una hora y media hasta Arboleda, pero ese día fue diferente. Yo era de las que quería llegar a la misa con la ropa limpia, pero la trocha estaba maltratada por los aguaceros y el paso de los caballos y las mulas. Estiraba las piernas con cuidado, evitando hundir las botas hasta el fondo del barro, y que, al sacarlas, me salpicaran la ropa. Fidel, mi esposo, se adelantó con Miguelito, mi hijo, sin importarles demasiado llegar mal presentados.

Yo me iba haciéndole la conversa a los que me encontraba en el camino. Conocía a muchos, los saludaba con buen ánimo, y fue en esas que me topé con Berta, una vecina de la vereda. Nos conocíamos desde pequeñas, fuimos a la escuela juntas, pero cuando cada una encontró marido y se organizó, al final nos alejamos. A Berta tampoco le importaba mucho hundirse en el barro, y su pantalón tenía ya manchas negras. Pero eso no fue lo que más me llamó la atención. Era lo que se movía, dentro de un costal que llevaba en su espalda.

—No me vaya a decir que lleva esas gallinas a misa —dije muy burletera.

—No, ni que estuvieran embrujadas —respondió con una mueca y una sonrisa.

—¿Entonces las está sacando a pasear? —seguí el juego.

—Ya quisieran las condenadas, pero no.

En ese momento bajó la voz, miró con cuidado a los que iban delante de nosotras, como vigilando que no escucharan. No supe a qué se debía el misterio. Me dejé pensando, y yo, como soy bien metida, no me quedé con las ganas.

—¿Y por qué me habla así? —dije también bajito, porque tampoco quería ser imprudente.



Nos estábamos quedando del grupo. Yo seguía saltando con cuidado, esperando la respuesta de Berta, y ella sin decir ni mu.

—¿Se quedó sin lengua o qué?

Volvió a sonreírme.

—Ahorita le cuento —respondió— espere tantico —siguió caminando, se acomodó el costal, y me miró ahora con más seriedad—. Pero no puede decir nada, ¿oyó?

Esperó a que nadie estuviera cerca de nosotras.

—Oiga, Fanny, ¿usted no ha escuchado chismes de nosotros? —me preguntó sin mirarme.

—¿Qué? —ahora la seria era yo— ¿De usted y Roque?

—Y de mi hijo.

—¡No, nada! ¿Por qué?

132

Otra vez se calló. Fue tras de un largo silencio que le insistí, con algo de impaciencia.

—¡Hable, pues, hija, deje tanta cosa!

—Jajaja, ahora se volvió apurada —contestó otra vez alegre—. Voy a venderlas.

—¿Y cuál es el misterio con eso?

Berta silbó y soltó unas frases para que las gallinas se quedaran quietas. Jaló el costal con fuerza y avanzó sin darme la cara, sin responder. Ese silencio hizo que algo en mi pecho me molestara. Comencé a sospechar algo. Al final, me lo dijo:

—Fanny, voy a comprarme unas semillas.

—¿Semillas? —no pude aguantar—. ¡Ay, Dios mío, no me diga que...!

—Oiga, Fanny —me interrumpió—, eso acá todo el mundo lo está haciendo, no se haga la boba.

—¡No, no, hija, nosotros no nos metemos con eso! —y lo dije como si me hubieran hecho lo peor—. No queremos enredos con la guerrilla.

La semilla de coca la vendían los guerrilleros en las veredas. Se aprovechaban de los malos tiempos que pasábamos en las fincas cafeteras. Aparecían en las casas o en las reuniones obligatorias en las veredas, pintándonos el mejor de los negocios. El resto del viaje yo me callé; Berta no paró de hablar, como si necesitara convencerme. Y Dios me perdone, la entendía.

—¿Una qué puede hacer, Fanny? Dígame, hija, ¿a quién le ha ido bien con el graneo del café? ¡Dos años! ¡Ya van a ser dos años que solo tenemos deudas! Si no es que pagan mal la carga, son las plagas que matan los caturros... Dígame, Fanny, si a ustedes no les pasa lo mismo, dígame si le estoy diciendo mentiras.

No quise responder. En el fondo sabía que todo era cierto.

—Pero, Fanny, no confunda el hambre con las ganas de comer —continuó—, no somos guerrilleros. Estamos es angustiados. Y ni por el chiras vamos a perder la finquita por las deudas. Pregúntese esto, ¿qué es un cafetero como nosotros sin su tierra? ¡Nada, hija, nada! —Su voz se había elevado. Cayó en cuenta que podía llamar la atención de alguien, así que se detuvo, miró hacia atrás y respiró—. Pregúntele a Fidel lo que dicen allá en el comité de cafeteros, pregúntele lo de la crisis esa de los precios. No, no —agregó moviendo la cabeza a los lados— el palo no está pa' cucharas.

Nos acercábamos al pueblo. Veía la gente apurarse para agarrar sitio en el tablado que se levantó al lado de la iglesia para ofrecer la misa. Caminábamos entre las casas que se reconstruían luego de la toma de la guerrilla.

—¿Y no les da miedo? —pregunté.

—La finquita está bien escondida y por allá no se mete el Ejército ni la Policía. Veá, Fanny, escuche esto —dijo acercándose un poco y en voz baja—: solo tres

meses desde que sembramos y ya acabamos de recoger la cosecha. Si de esa hoja que se saca sale buena pasta, la pagan a dos millones.

Al llegar a la plaza Berta se despidió y agarró por otro lado con sus gallinas. Intenté escuchar la misa, pero me quedé con las palabras de Berta en la cabeza. Era cierto lo de las deudas, era cierto el rebusque todos los días, era cierta la roya en los cafetales. Dios Santísimo, y era cierta la cara de Fidel cuando regresaba de las reuniones con el comité de cafeteros, tan pálido, tan callado, sin querer contarme sus angustias que también eran las mías. Seguía de largo a la cama sin probar bocado, y Miguelito y yo lo dejábamos. Para qué molestarlo, si nosotros no teníamos soluciones. Y Dios mío, qué cierto todo lo que pasaba con la guerrilla y con el Ejército, dando vueltas y enfrentándose, y uno tener que salir a esconderse para que no le pasara nada. Era un mundo jodido.

Esa semana no hubo día en que no me machacara la cabeza pensando en meterme a ese negocio. Había dado vueltas por la parte trasera de la finca, como lo hizo Berta, para buscar un lugar. Imaginaba sembrar solo unos dos años, pagar las deudas, ahorrar algo y salirnos del negocio. Sí, era algo soñadora, ingenua y sin falta de malicia, porque a final de cuentas era un negocio de la guerrilla.

134

El siguiente domingo subí a la misa. Pensaba: ¿y por qué nosotros no hacíamos lo mismo sin perder tiempo? Miré a Fidel que se alejaba y ahí tomé la decisión: voy a hablar con él, no sé en qué momento, pero le voy a proponer sembrar coca, solo un pequeño lote, bien atrás, que yo me encargaría de él. Sonaba tan fácil en la cabeza. Al iniciar el regreso, vi a Berta y a Roque atravesando la plaza sin importarles la lluvia que comenzaba a caer. Reían de lo lindo. En una esquina, recostados en la pared para que el agua no los fastidiara, estaban varios soldados. Confieso que esa imagen de tranquilidad me dio envidia. Busqué a Fidel por todo lado hasta que lo vi salir de la tienda del señor Jaramillo, y supe que estaba buscando que le fiaran. Por sus gestos supe que no tenía buenas noticias.

No me importó nada. Iba a hacerlo. Yo también quería vivir sin presiones y sin deudas, que la finca no se perdiera, que mi esposo fuera el de antes. Llegando a mi

casa, vi a Berta delante de nosotros. Berta, debía hablar con ella; al fin y al cabo, era la única que me podría enseñar qué se debía hacer sin que nadie más se enterara. Confiaría en ella. La saludé con la mano y me respondió de la misma forma. Más adelante ya se veía la trocha que iba a nuestra finca, mientras que Berta y Roque debían avanzar cien metros y girar a la izquierda.

—¡Berta! —alcé la voz, intentando parecer despreocupada—, paso entonces en estos días, a ver qué hacemos con esas gallinas, ¿le parece, hija?

Recuerdo la cara de Fidel. Virgen Santa, se fijó en mí como si estuviera loca: «¿de qué gallinas está hablando?», pensaría. La cara de Roque primero fue de sorpresa; abrió los ojos y movió la cabeza buscando a Berta, pero enseguida bajó la mirada y siguió andando.

—¡Pásese el jueves! —contestó Berta de forma natural y sin detenerse—. Antes voy a estar ocupada, ¿oyó?

Jueves. Tenía cuatro días para encontrar la forma de hablar con Fidel. Comencé por convencer a Miguelito, quien no tuvo problema. Escuchó con calma; no mostró sorpresa porque yo, su propia mamá, quería hacer algo que siempre le había dicho que estaba mal, que meterse en asuntos con la guerrilla no traía nada bueno. Cuando acabé, le tocó a él el turno de soñar: que con la primera cosecha iba a ayudar a pagar las deudas del papá y después iba a dedicarse a ahorrar para sus cosas.

—Dos años, nada más —le advertí.

—Ajá, dos años —me respondió.

Llegó el miércoles y no le había dicho nada a Fidel. Era un susto tremendo. Esa noche debía ser, no podía esperar más. Llegó en la tarde. Nada había cambiado en su cara.

—Síntese, mijo —le dije desde la mesa y le ofrecí un tinto.

—¿Y eso qué pasó?



—Escúcheme un rato —tomé aire y lo miré directo a los ojos.

¿Me escuchó? Puede decirse que sí. No lo dejé que me interrumpiera para que no me cortada la envalentonada que tenía. Lo dije todo muy clarito, con la emoción de quien tiene el mejor de los planes, todo tan calculado que no hay lugar para que las cosas salieran mal; con la emoción de quien quiere que la vida vuelva a ser como antes. Pero Jesús bendito, cuando acabé, ese señor tenía la cara de una piedra.

—Pero ¿qué es lo que le está pasando, Fanny? ¡No me vaya a venir con esos negocios! —dijo enojado—. ¿Quiere sembrar coca?, ¿piensa tumbar el lote de atrás? —se agarraba la cabeza, golpeaba la mesa, manoteaba—. ¿A usted se le olvida lo que hice? Yo me les opuse en las reuniones. O ¿quién les dio la cara cuando llegaron acá, armados, con el cuento que ahora usted me sale. «Siembren un pedacito de coca», dijeron, «eso es bueno», y yo dándome la pela para seguir.

Luego se detuvo. Sus gestos cambiaron de repente, como si hubiera reflexionado, como si le hubiera encontrado sentido a lo que le dije.

—¿Sabe qué, Fanny? Hágalo. Hágalo, que yo no vuelvo a meterle una mano a los cafetales. La finca es suya, Fanny, era de su papá. Pero óigalo bien: si algo pasa, ¿quién se queda sin la mamá? Se lo adelanto: Miguel. Y si viene la gente de los cultivos ilícitos, ¿a quién se llevan para la cárcel? A mí, no, se lo aseguro. ¿Y la finca? Se la quitan, y no el lote que sembró, no crea. ¡Toda la pierde! Ve a, Fanny, si quiere sembrar otra cosa, cuente conmigo, así nos quedemos sin zapatos y no tengamos nada para comer, pero en lo otro, no.

Fidel se levantó y entró a la pieza a dormir con ese diablo cargado. Lo seguí en silencio. En la cama, mientras me agarraba el sueño, confirmé que sí lo haría. ¿Si me costó tomar la decisión? ¡Claro! Nunca fue fácil. Esa noche se me vinieron encima remordimientos de todo tipo. Sembrar coca era la idea de la guerrilla, y la guerrilla había matado a don Roberto y a don Juan, los de las juntas de acción; y en las veredas se llevaban a los muchachos engañados, pobres, sin que se pudiera hacer algo. ¿Y la que pasó en Arboleda? La iglesia y las casas, todo en la plaza había quedado en el suelo. ¿Y el atentado contra don Mario Jaramillo, en el camino a Pueblo Venus?

Cada que recordaba un hecho, me deban ganas de no seguir. Sin embargo, el peso de la desgracia que cargábamos era mucha y no había señales de que todo se fuera a arreglar. Antes de cerrar los ojos, llegaron a mi cabeza las palabras de Fidel unos días atrás: «en la vereda no se está recogiendo ni cien bultos de café seco». Escuchaba el sueño de Fidel, mis ojos caían, se cerraban. «Cien bultos, ni cien bultos», me decía. Cuatro años atrás, esos cien bultos era lo que recogíamos solo en nuestra finca.

Al otro día Fidel madrugó y no dijo para dónde iba. Me preparé para ir a hablar con Berta, sin mencionarle a Miguel la cita. Era mejor que no se enterara de todo, pensé. Llegué al camino que transitaba todos los domingos, me eché la bendición, mientras los perros corrían y husmeaban a mi lado. Viré en dirección a la casa de Berta y revisé alrededor; giraba la cabeza de vez en cuando para comprobar que sí estaba sola. Iba acercándome al sendero tupido por viejos fresnos, cuando de repente los vi venir. Ya no estaban los perros para alertarme, y no tuve piernas para esconderme, así que me tocó seguir como si nada hubiese ocurrido. Eran muchos, quizás veinte o más, hombres del Ejército y la Policía. No se detuvieron, ni siquiera se fijaron en mí. «Los que erradican», me dije, y seguí sin voltear. Solo hasta que me sentí segura regresé y fui a buscar a Berta.

138

Quería llegar pronto, conocer cómo era el asunto y regresar. La reja de la finca estaba abierta y seguí. Para hacerme sentir, silbé varias veces y solo los perros aparecieron. Avancé hasta la puerta de la casa y volví a llamarla. Nada. Intenté abrir la puerta y estaba cerrada. Sin embargo, algo llamó mi atención: el olor. Había algo en el aire un poco fuerte que no lo había sentido nunca. No era penetrante, aunque sí incomodaba en mi nariz. Seguí y llamé a Berta varias veces. Era raro, pensé, ¿se habría olvidado de mi visita? Di una vuelta por los corrales y no encontré las aves sueltas. Paseé por el resto del lugar y no había ni un alma, ni Roque, que hasta donde recordaba, poco salía de su casa. ¿Los trabajadores? Recuerdo que tenían dos o tres, pero eso era cuando se podía. Recorrí cuanto se me ocurrió, y sí, estaba llegando al mal genio. Además, ese olor cada vez se notaba más, era algo repulsivo. Ya estaba volviendo, cuando recordé: «un pedacito, al fondo de la parcela». Di vuelta y, tomando aire por la boca para evitar el olor, me metí entre el cafetal y los árboles de aguacate





para bajar en busca del río. El sonido de las aguas era cada vez más fuerte. Tendría que descender un par de minutos, cruzarlo y subir de nuevo para llegar al límite de la finca. «Allá debe estar Berta, seguro», me dije, y mientras avanzaba me pregunta cosas: ¿y esa mata de coca tendrá flor?, ¿y eso cómo se limpia?, ¿a eso la caerá la roya como al café? Se me ocurrían muchas preguntas para Berta. Frente al río me arremangué los pantalones y lo crucé dando saltos, comencé a subir y, de repente, escuché sonidos que pensé que eran voces. Me tapé la nariz de lo insoportable que era ya el olor, y revisé si es que por ahí estaba Berta. Miraba a todos lados, y hallé algo diferente a lo esperado. Distinguí una caseta mal acabada, como si se fuera a caer en cualquier momento; dos hombres estaban frente a ella, agachados ambos, esparciendo hojas por la tierra. Me acerqué más y vi que uno de ellos era Darío, el hijo de Berta, quien picaba las hojas, las raspaba. No sabía qué pasaba. El otro hombre le ordenó que fuera por una de las canecas plásticas, que botara el contenido al río y la trajera. «¿Qué era ese olor?», me preguntaba. Darío botó la caneca y la dejó rodar hacia el río, cerca de donde yo estaba; quitó la tapa y supe que de ahí venía ese olor. ¿Cómo él podía soportarlo? Antes de que notara mi presencia, me hice sentir.

—¡Darío! —grité, esperando también a que Berta apareciera.

El susto de los dos fue mayor. El muchacho se acercó rápidamente, mientras el hombre desconocido miraba alrededor, como buscando algo o alguien.

—Darío, ¿usted qué es lo que hace? ¿dónde está su mamá?

—Mi mamá salió —le temblaba la voz.

—Eso lo sé, estuve por toda la casa. Pero qué es lo que hace acá, y ese olor...

No tenía ninguna opción. Debía contestar. Yo había visto la pequeña cabaña, las canecas, los galones, las hojas en el piso.

—QuimiQuiando —respondió.

—¿Eso qué es?

—Haciendo pasta de coca.

—¿Y usted para qué se mete en esto?

No respondió. El hombre seguía de pie, mirándonos.

—Ese no es de por acá. ¿Quién es? —pregunté.

—Me... me está enseñando.

No supe qué decir. En Arboleda decían que había veredas que ya tenían laboratorios. Con Fidel nos dijimos que era puro chisme, pero era pura ignorancia, porque ninguno de los dos conocía uno.

—Hágame un favor. Dígale a su mamá que pase mañana a mi casa. No se le vaya a olvidar.

Darío volvió a hablar con el hombre, quien al parecer lo regañaba. Yo seguí por el río, mirando la mancha grasosa que se posaba encima y avanzaba lentamente, y buscando una trocha vieja que me llevara de nuevo al camino principal. Me tomó mucho tiempo localizarla, pero no quería encontrarme a los militares o a la policía. Berta no iría al día siguiente. Ni al otro. Hasta la siguiente semana aparecería de sorpresa.

142

En la mesa de la cocina la senté. Puse un tinto lleno en la mesa.

—Ahora sí, cuénteme todo —dije.

—¿Y si llega Fidel?

—Usted no se preocupe. Usted vino para negociarme unas gallinas.

—¿Él no sabe que nosotros...?

—Yo no soy boba, hija —la interrumpí. Hable, pues.

Me puso al tanto de todo, de que el cultivo da cuatro cosechas al año, y también que lo que da plata es la pasta, no la hoja, pero con la situación, la hoja deja muy buena platica.

—Yo no quiero llegar hasta allá, me daba miedo.

Se encogió de hombros.

—La hoja también deja buena platica.

Me preguntó en dónde iba a sembrar. Al principio quise mentirle; no quería que nadie se enterara del sitio, pero le conté que en un pedazo detrás del cafetal.

—Camíname me muestra —dijo, mientras se terminó el tinto de un sorbo.

Hacia el sitio, no quise quedarme con una duda que tenía desde que fui a su finca. Mis árboles de café eran bonitos. Los amaba. Pasábamos entre ellos, revisábamos las matas y me dolía ver las manchas amarillas que se esparcían en las hojas.

—Yo tumbé muchas de las mías —dijo Berta con voz de tristeza—. Ya no se podía hacer nada, ni metiéndole todo lo que dijo el técnico del comité. Esa plaga nos jodió a todos.

—Dios mío, yo aún tengo unos palos buenos del otro lado de la casa. Ojalá no les pase nada.

Llegamos a los aguacateros y ahí estaba el lote. Había unos palos de café, no tan dañados, pero era el lugar más escondido y más difícil para llegar. A Berta le gustó el lugar y dijo que me iba a ayudar por unos días. De regreso, sacó una bolsita y la abrió. Metió su mano en ella y sacó una pequeña pepa similar a un frijol. Era una semilla de coca.

—La próxima semana voy a vender la vaca.

—¿Cómo así? —dije sorprendida.

—Voy a comprar más semillas.

—¿Y para qué más?

—Sembrar más.

No supe qué decir. La apuesta de Berta y Roque era muy grande. Una cosa era un pequeño lote, pero otra era meterse de lleno al negocio. No quise preguntarle al



respecto; al fin y al cabo, ellos ya tenían tiempo, al parecer, en esto, y yo solo iba a comenzar. Sí, en algún momento me las vería con la guerrilla, porque ellos me iban a comprar la hoja, pero siempre con la idea en la cabeza de que solo serían dos años, Dios mío, dos años y nada más. Y entre menos me enredara la cabeza con esos líos, mucho mejor para mí. Mientras regresábamos me dio más detalles, yo escuchaba atenta. Fue antes de llegar a la casa que quise preguntarle sobre lo que sucedió el día que fui a buscarla.

—Darío me dijo que está quimiando. Yo no sé qué eran esas cosas que hacía, pero está muy joven para esas vueltas, Berta. No tiene ni siquiera cédula, como Miguel, y eso de estar metido entre esos olores lo va a enfermar.

—Está aprendiendo —respondió con algo de vergüenza. Supe que la había hecho sentir mal—. Toca pagar por ver, por aprender. Cobran cien mil pesos el día...

—No, Berta —la detuve—. Eso se los dejo a ustedes. Ya solo dígame qué debo hacer para arrancar el negocio.

—Ah, bueno —respondió, y se notó en su cara un alivio—. Entonces, si es así, comience a limpiar el lote. Después miramos cómo conseguimos las semillas.

—¿Con unas gallinas? —le dije de manera burlona.

—Ah, pues si quiere. Yo ya le tengo quién se la cambia.

Una semana después, ahí estaba yo, preparándome para irme a limpiar el lotecito para sembrar coca. Fidel me hablaba cada vez más, pero el tema de la coca no se lo tocaba. Miguel seguía trabajando en otras fincas, pero estaba claro que, cuando llegaran las semillas, le iba a dedicar tiempo al asunto. El día anterior había afilado el machete con juicio. Un termo lleno de café cargado me esperaba y unas arepas. Me acomodé el sombrero y me dirigí hacia el lugar, con los perros olfateando a mi lado. Pasaba las manos entre las hojas de mis cafetales, arrancando algunas hoja secas y casi naranjas, como si así les evitara el dolor. Llegué hasta el sitio y me detuve unos minutos. Saqué el machete de la funda, y mandando al olvido mi vida de niña y la vida de mis papás, lancé el primer golpe sobre un cafetal. Lo vi insignificante,

como si ya no importara todo lo que había entregado antes. La hoja afilada entraba fácilmente, doblaba el tallo que poco a poco cayó. Era el primero de cientos que corté en un mes. Si no terminé antes la tarea, fue porque algo difícil de explicar le pasaba a mi cuerpo. Algo que me hacía soltar el machete y sentarme a llorar.

El sol entraba de lleno al lote despejado. Lo visité antes de irme a buscar a Berta, de quien no sabía nada. Me hice a la idea de que el lugar era más bonito así, con la luz presente. Busqué a Miguelito para que fuéramos a casa de Berta y estaba frente a la casa, respirando de manera agitada.

—No podemos. Vamos en la tarde.

—¿Y a usted qué le pasó?

Se giró y señaló hacia la entrada. Me asomé y los vi. Eran de nuevo los de la erradicación. Esta vez sí se acercaron a la casa. Nos saludamos todos.

—Mi señora, queremos hablar con el dueño de la finca para un permiso.

—Yo soy la dueña —contesté algo alborotada.

—Mi señora —dijo el mismo hombre, con una voz algo altanera, algo cordial—, es posible que nos quedemos en su finca para hacer el almuerzo.

Era un manojo de nervios. No por el lote, porque aún no había hecho nada malo, sino porque después la guerrilla me podía señalar de ayudar al Ejército. ¿Que nos tocó? Decir que sí, ¿qué más podíamos hacer? En seguida se metieron, trajeron leña y me pidieron prestadas ollas y otras cositas. Contaron que estaban ahí para cuidar a los que erradicaban, por lo que entendí que la visita a la casa de Berta era mejor dejarla para otro día. Se complicó todo cuando regresaron en los días siguientes para lo mismo, y en una ocasión hasta pidieron pasar la noche. Un día, cuando los vi llegar, sí tocó decirles que no más, que nos entendieran, que ellos se iban y nosotros quedábamos con el diablo suelto y emberracado. Gracias a Dios entendieron y se fueron sin poner problema. En esa última visita, como entrados en confianza, es que nos enteramos de por qué tanta visita a la vereda: no habían podido erradicar muchas



fincas porque la guerrilla había puesto minas quiebrapatas alrededor. La noticia fue un campanazo. Fidel me miró como advirtiéndome; sentía que me decía «¿sí ve, sí ve?», y solo me quedaba callar. Miguelito, mi hijo, mi cómplice, tenía los ojos llenos de pánico. Cuando se fueron, me senté con un tinto en la mano. Tenía mucho en qué pensar.

148 Me tomé mis días antes de ir a visitar a Berta para contarle mi decisión. No había sabido de ella ni de Roque, ni siquiera el domingo en la misa los encontré. Por chismes me enteré de que habían vendido la vaca y un caballo, cosa que me asombró. Sería un martes que decidí hablar con Berta. Llegué a su casa y se encontraba todo en silencio. Era como repetir lo mismo de la primera vez. La llamé, le grité, la busqué en los alrededores. Me senté a esperar a que llegara alguno de ellos, porque lejos de mí estaba volver a aquel laboratorio, a sentir ese olor asqueroso, y sobre todo era por el miedo a que hubiera una mina. Di vueltas para no aburrirme; caminé por lo que antes fueron los cafetales y vi solo rastrojos. ¿Si había olor? En ese momento no estaba tan segura; podría jurar que sí, pero a ratos no lo percibía. Una hora, nada. Dos horas, nada. Decidí entonces bajar solo hasta el río y buscar. «Nada más», me decía, «hasta el río, llamarlos, nada más». Avancé muy despacio, pensaba que todo el camino eran minas, y el olor fue apareciendo con menos intensidad que la anterior vez. Miraba para todos lados y comencé a llamar: «¡Berta, Berta!». Sin respuesta. Bajé un poco más rápido hasta encontrar el río. El agua estaba más oscura, más dañada. No sé qué me pasó; me había jurado no subir, llegar hasta ahí, pero salté por las piedras más grandes y comencé a subir hacia el laboratorio, con la mano cubriendo mi nariz y mi boca. Grité de nuevo. Nada. Me fui acercando y entonces ahí lo vi. Estaba acostado entre las hojas de coca.

—¡Darío! Estoy buscando a su mamá.

No se movió. Mis primeros pasos después fueron temblorosos antes de caer de rodillas cerca al cuerpo de Darío. La violencia me había obligado a ver muertos y el de Darío no era el primero, pero era un niño, dieciséis años si acaso, el hijo de mi vecina. Dieciséis años, Dios mío. Bajé como pude, asustada, temerosa de que estuvieran cerca los responsables y me vieran. Tomé el camino viejo, me sentía



confiada si me quedaba en él, y a mitad del trayecto me senté a descansar. No sé cuánto tiempo pasó, a veces pienso que solo fueron minutos, otras veces aseguro que fueron horas, pero lloré hasta que me quedé sin nada adentro. Y cuando ya me sentí vacía, me levanté y volví a la casa.

Tenía un tinto en la mano, sentada en la entrada de mi casa. Pensaba que Fidel llegaría a eso de las cinco de la tarde. No fue así. Llegó mucho más temprano con cara seria, como siempre.

—Venga le cuento algo —dijo.

—...

—¿Sí sabe qué pasó?

—...

—Agarraron al hijo de Berta.

150

—¿Cómo así que agarraron?

—Allá por la casa de ella está lleno de Ejército.

—¿Agarraron a Darío?

—Era guerrillero.

—¿Qué? No, él no era...

—Ahí mismito lo estaban bajando, con el camuflado.

—¿Usted lo vio?

—Lo vi y me vine para acá. Esa finca ya la van a embargar.

Él lo vio, yo también lo vi. Solo que yo lo vi diferente a todos los que lo vieron bajar con camuflado. Horas antes, arrodillada frente a él, a unos diez metros, lo vi con una camiseta de un equipo de fútbol y un pantalón de sudadera gris, sucio. Era un niño. Yo lo vi, yo sí lo vi, ustedes no. Eso que llevaban era una mentira de niño.

—Le disparó al Ejército y ahí fue que lo agarraron.

—¿Sabe qué? No me diga más —le dije a Fidel.

—¿Pero sí ve? Para que piense las cosas mejor —me reprochó.

Me levanté y entré al cuarto. Pensé que no tenía más lágrimas, pero fíjense que el cuerpo a uno lo sorprende. Nada podía hacer; solo callar. Si decía lo que había visto, lo más posible es que me metiera en problemas. De Berta y Roque no se supo más. Dormir fue algo que no logré por varias semanas. Las imágenes del campo que talé y que con esfuerzo mi papá había levantado, y de aquel niño jugando a ser adulto y disfrazado de guerrillero, se quedaron en mi cabeza por mucho tiempo. Es verdad, hoy hay de nuevo café en el lugar que quise llenar de coca, pero la casa, esta casa que tengo enfrente, aún me recuerda la barbarie que vivimos y que queremos ocultar.



An illustration in a sketchy, textured style showing a group of men in a market or street scene. The central figure is a man with a mustache wearing a wide-brimmed hat and a striped shirt, looking forward. To his left is another man with a mustache in a white shirt. To his right is a man in a striped shirt looking towards him. In the foreground, the back of a man's head wearing a white headscarf is visible. The background shows a market stall with a sign that says 'Fruit' and other figures. The overall color palette is muted, with greens, browns, and greys.

# Historia de una carretera

**H**abrarse visto esta loquera que nos dio. Ustedes se preguntarán a quién en su sano juicio se le ocurre hacer una carretera. Y no cualquiera: una para unir las veredas con Puerto Venus. Y les digo loquera, porque esas cosas son difíciles, pero nada imposibles. Ah, pero recuerden, antes era más difícil.

¿Que cómo le hicimos? Primero les vendimos la idea a todos:

—¡Vamos hacer una carretera!

Nos miraron como bichos raros.

—¿Y eso como para qué? —respondían.

—¿Cómo que para qué? Mi señor, mi señora —les decíamos cargados de razón—, ¿no se acuerdan cómo queda la trocha cuando se vienen los aguaceros? ¡Con una carretera nueva no vamos a quedarnos embotellados!

Nos miraban como si estuviéramos en otro mundo, y nosotros, apenas, les mostrábamos la cara de tener muchas ganas.

154

—¿Y qué hay que hacer? —preguntaba uno que otro.

—¡Ah, eso es facilito! Vamos a aportar platica, lo que se pueda, y bien administrada. Con sus cuentas y todos. Pero eso sí —les advertíamos—, también nos toca trabajar.

Así comenzamos. Yo mismita fui de casa en casa, y la gente a veces me preguntó cómo era que me metía en semejante berenjenal siendo tan joven. Me encogía de hombros y sonreía.

—Mis papás —respondía— échenles la culpa a ellos.

Yo no tenía problemas con nadie, nunca, y Dios quiera que no los tenga, y por eso un domingo marchamos varios a la plaza y convocamos a una reunión. Queríamos convencer a la gente. Ese día los convidamos y les dijimos lo que íbamos a hacer, y, si estaban de acuerdo, necesitábamos plata para arrancar. Y ya ven, nos creyeron. Acá tienen ustedes este pedacito de vía. Son solo cinco kilómetros, pero algo que tenemos seguro es que la vamos a terminar.





Contar la historia completa de este camino no es tan sencillo. Hay tanto que ustedes no saben y que ahora me atrevo a hacerlo, porque no siempre fue así. No, señor. Bien pueda y acomódese. Aquí no venimos a hacerlos bostezar, no faltaba más. Agárrese bien de esa silla o quédese de pie, como esté mejor, y ya le cuento con pelos y señales lo que hay detrás de este pedazo de carretera. Todo inicia con mi familia.

A mis seis años yo era buena pa' ordeñar una vaca y empezaba a volar machete. Mi papá me lo entregaba en una funda de cuero viejo y me advertía:

— Ni se le ocurra ponerse a afilarlo, porque de pronto se corta.

Su voz era fuerte. No le gustaban las malas palabras ni que le desobedeciéramos. Su vida se la entregó a trabajar en el café y a ayudar a la gente. Fue uno de los líderes de mi vereda. A mis dos hermanos y a mí nos llevaba a deshierbar cafetales para que aprendiéramos, pero mi mamá se le atravesaba:

—Esos muchachos también necesitan aprender a sumar y a escribir—decía sentada desde su máquina de coser. Ella se dedicaba a cuidarnos; había tomado varios cursos de modistería y ella misma nos hacía la ropa. Compraba una sola tela y con eso me hacía un vestido y las camisas de mis hermanos.

—Sí, pero también necesitan trabajar—alzaba la voz mi papá—, ¿o de qué van a vivir?

Así terminaba la discutidera.

Al final, ganaron juntos, porque se hicieron las dos cosas. Caminábamos a la escuela sin falta, una hora de ida, otra de regreso. Al volver, mis hermanos ayudaban en los pastizales a mi papá y a sembrar maíz y café. Mi mamá me pedía que le ayudara con la casa y los trabajos de la finca, con el almuerzo y otras cositas para evitar que me quedara sin nada que hacer. A veces, se tiraba en el suelo del patio conmigo y jugábamos. Buscaba un palo de chirriador con una horqueta. Mi mamá me decía que esas eran las manos y las hojas de la rama el vestido. Buscábamos más hojas y se las poníamos encima, como si fuese una ruana. En las vacaciones, yo acompañaba a mi papá a donde fuera. Recuerdo que madrugábamos a coger café. Yo caminaba detrás

de él, enredándonos entre los cafetales, hasta que él se detenía. Pasaba a acomodar en su vientre la canasta y luego pasaba a revisar si la que yo cargaba estaba bien puesta. Solo así comenzábamos a arrancar los granos. Lo acompañaba solo media jornada, y él se quedaba hasta la tarde. Yo no hablaba mucho, una que otra pregunta hacía, pero nada más. En cambio, él a todo le sacaba charla. Me gustaba oírlo.

—La pasilla, no. Esa no nos sirve acá —me insistía, revisando que no se me hubieran ido granos secos—. Y no le meta mucho grano del verde.

Todo lo que decía lo entendía como si fuera para mi futuro. Y sí que lo fue.

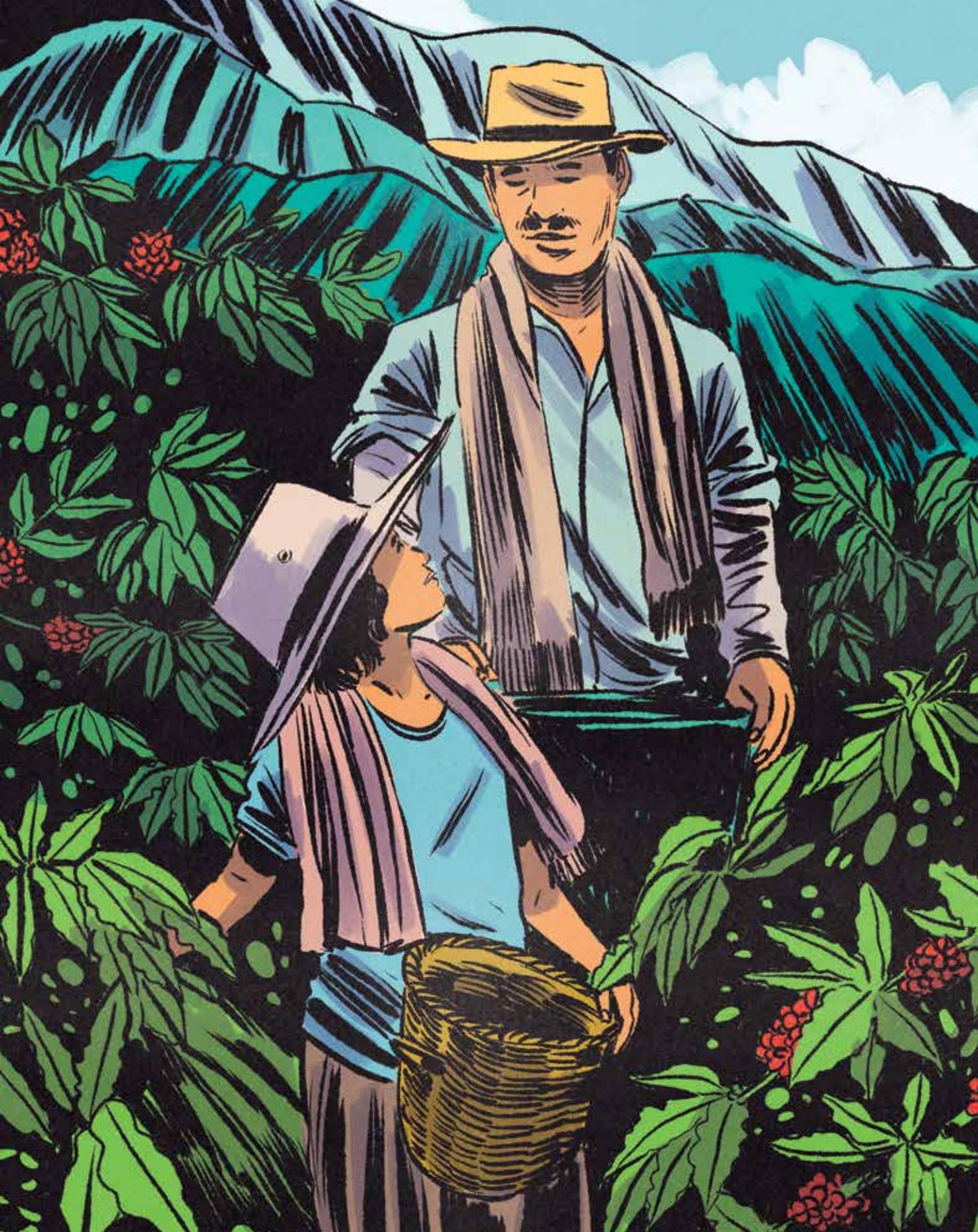
—Uno no puede estar bien si los otros están mal —decía con una voz calmada, mientras yo me fijaba en sus manos ya curtidas desprendiendo los granos rojos y verdes—. No solo toca rebuscarse lo de uno, sino que también hay que trabajar para apoyarnos. ¿Sí me entiende?

De vez en cuando volteaba para verme y ahí estaba yo, haciendo lo mismo. Cuando ya no me quedaban muchas pepas por quitar, decía «papá», y él giraba para ver qué era lo que pasaba. Le señalaba que en las ramas altas aún había, pero que no alcanzaba. Entonces sacaba una cuerda; la ataba a una de las ramas altas y jalaba, mientras que el otro extremo de la cuerda lo amarraba a uno de los tallos. La planta se arqueaba y así yo podía seguir.

—Obrar bien trae bien —decía, acomodándome la gorra que me cubría del sol—. No se le olvide.

Y sí, yo veía lo que mi papá me decía. Era normal que en la vereda nos cuidáramos. Hacíamos convites y bazares para deshierbar o recoger el café de alguien que estuviera necesitado. Así fue, y así vivíamos felices. Hasta que pasó lo que pasó. Recuerdo el año: era 1996. Tenía once años.

Mi papá solo me dejaba salir de la casa si estaba acompañada por mis hermanos. Así que solo iba a Arboleda para ir a la misa de los domingos. Al terminar, a mis hermanos podían quedarse un rato más en el pueblo y yo me devolvía a casa sola. Un día llamaron a un convite en otra vereda, y cosa rara, mi papá dejó que fuéramos



desde temprano. Fue un sábado. Esa mañana salió temprano a una reunión de la junta comunal, como de costumbre, y dijo que después pasaría a Arboleda a venderle al señor Salazar parte de una cosecha de maíz que teníamos, y que después bajaría. Mis hermanos y yo madrugamos con él, nos alistamos y, apenas salió, arrancamos loma abajo como alma que lleva el diablo, por el camino a Samaria. Al llegar, ayudamos a organizar, pero a mí me picaba la gana de ir a jugar con las otras muchachas. Nos daba algo de envidia que los muchachos sí estuvieran dándole al balón, y nosotras en otras limpiando y cargando cosas de aquí pa' allá. Solo hasta que Arturo, mi hermano mayor, me vio aburrída; me llamó para que me metiera al equipo a tapar. Don Pedro, un vecino que le conocíamos por lo serio y bravo, me vio algo perdida y le dio risa. Se levantó de la silla y se me acercó:

—Carmencita, no se deje hacer un gol. Yo me voy a hacer por acá cerquita para verlos.

Empezaron a escucharse gritos y murmullos, y los goles iban y venían. Yo estaba feliz. Justo cuando íbamos a arrancar otro partido, vi una sombra pegada al lado mío. Giré y estaba mi mamá. Le iba a saludar y señaló otro lugar.

160

—Vaya salude, hija.

Miré a ver a quién era, y entre la gente vi a mi papá. Verlo allá y saber que me había visto brincando y tirándome al piso, pegando gritos al aire, hizo que temblaran mis piernas. Veía que movía la boca, le decía algo a los vecinos, pero yo no entendía si se refería a mí o a algo más. Me quedé hecha una angustia. Dejé el juego para acercarme y saber si mi papá estaba braviado conmigo.

—Eso es cosa grave —decía alguien.

—En Guacas también repartieron de esos papeles.

—Mmm, y por los Animes, ni se diga. Yo ya los he detallado dando vueltas.

—Eso viene de La Hermosa, por allá eso está plagado de esa gente.

Mientras hablaban, le tomé la mano a mi papá. Apenas me vio, puso la mano en mi cabeza y sacudió mi pelo. Me quise quedar otro rato a su lado, pero me retiró.

—Vaya, hija. Hágale que lo está haciendo bien. Acá estamos en otros asuntos y eso usted sabe que es de mala educación.

Las caras de todos estaban apagadas. Sentí como que no había debido jugar sin su permiso. Algunos miraban el piso y otros les daban un sorbo a las cervezas. El rostro de mi papá, sí que lo recuerdo, era como cuando nos agarraba en una mentira. No cerraba los ojos, miraba a un solo lugar y se quedaba callado. Después de eso, ahí sí que se agarren de donde sea porque ese señor era una furia. Pero esa vez fue diferente.

—Hágale —insistió—, vaya con su mamá.

Así lo hice.

Faltaba un par de horas para oscurecer. Pasamos de juego en juego, y al final fui a buscar algo de guarapo para la sed. El grupo en el que estaba mi papá era más grande. Ya se les escucha las risas y tenían mejor aspecto. Me acerqué sin querer incomodarlos y me hice a un lado, buscando la cantina con la bebida. Recordé que no había comido desde la mañana, pero la verdad seguía sin ganas de probar bocado, quería jugar y jugar, y supe que lo mejor era no decirle a mi mamá. Allí estuve agachada, tomando guarapo despacio. Y entonces pasó: tres hombres que nunca había visto aparecieron no sé de dónde. Si me los hubiera encontrado en la mañana, camino a la escuela, no habría pensado mal de ellos. Eran como cualquiera de la vereda.

—Buena tarde —dijo uno de ellos.

Algunos saludaron y otros apenas si dijeron algo. La música de la radio sonaba más baja. Alguien pidió que cambiaran las pilas y otro se levantó a buscar las velas de guadua para preparar la oscuridad que ya se venía.

—Venimos a buscar al corregidor —dijo otro de los recién llegados—. ¿Saben si anda por acá?



Alguien dijo que no estaba, que ya se había ido.

—Qué vaina, qué vaina. ¿En dónde podemos conseguir unas gaseosas pa' esta sed? —dijo el primero que habló. Agarró un butaco, lo acercó y se sentó. Se quitó el sombrero y se echó aire en la cara. —Vea, les recibimos algo frío, mientras les contamos un par de asuntos.

Alrededor nadie se movía. Se destaparon tres botellas, no sé de qué, y se las pasaron. Escuché a alguien decir bajito, como un susurro «que Dios nos libre».

—Nosotros somos del Ejército del Pueblo —dijo el del sombrero.

Mientras hablaba, reconocí a don Pedro, que estaba a mi lado, por la voz. Le decía a un vecino que eran los del Frente 47 de las FARC. Yo seguía sin entender.

—Nosotros venimos para ayudarles a ustedes —continuó el del sombrero. Hablaba un rato, paraba para tomar de la botella y seguía.

—Sí, sí, lo que les decía, estamos acá para colaborarles, no para que nos tengan miedo. Vamos a organizar las cosas por acá. Vamos a estarlos convocando a reuniones para que estén pendientes. Eso sí, son obligatorias, porque todos debemos estar informados de lo que se va a hacer.

—Ajá, ajá. Vamos a organizar las juntas —dijo otro—. Ya les diremos a los presidentes de las juntas que nos acompañen; ellos se van a encargar de que les digan a los demás. Nosotros estamos es con ustedes...

Yo sé que muchos piensan que qué tiene que ver una carretera con lo que les estoy contando. Pero vean que sí tiene que ver, y mucho. Tengan paciencia, porque, como dicen por ahí, todo tiene que ver con todo. Después de que se fueron los hombres, la gente salió rapidito a sus casas. Mis hermanos y yo agarramos la loma, ayudados por una linterna, felices de tanto alboroto que se hizo. Al llegar, nos mandaron a dormir rapidito, pero yo no pude. Me quedé pensando en mis papás y en la charla que había oído. Se quedaron hasta tarde hablando en la cocina. Al final me ganó el sueño, escuchando a mi mamá llorar.

Desde ese día las cosas cambiaron en la casa y también en la vereda. Mis hermanos y yo supimos que era por cosa de la guerrilla. Por boca de mis papás no nos enteramos, sino por lo que se hablaba en la escuela. Al comienzo lo que se decía yo no lo podía creer, pero con cada noticia que nos llegaba y uno veía, nos fuimos encontrando con una nueva situación, que mucho tenía de brutal y poco de solidaria. Mi papá no dejó de ser el presidente de la junta, pero en las reuniones ya no se decidía mucho. Había que pedirles permiso. A veces, lo mandaban llamar. Aparecía alguien en la puerta de la casa. Se escuchaba el grito y los perros ladraban para avisar.

—Niña, ¿su papá está?

—No —le respondía sin siquiera saludar. Quería verlo a la cara, pero me ganaba el miedo.

—Dígale que lo andan buscando, que lo necesitan.

Cuando regresaba mi papá, yo le daba el mensaje. Era lo mismo de siempre: se alistaba en silencio, mi mamá nos ponía a hacer tareas y lo llevaba aparte; le hablaba, lo bendecía y pasaba a sentarse frente a la máquina de coser. Cuando mi papá regresaba, se recostaba sin decir nada. Así fue. Me venía a enterar en los días siguientes de lo que estaba pasando. Los niños mayores de la escuela ya tenían las historias listas para contarlas, y los profesores, antes afanados porque eso no se hablara, no podían hacer mucho.

—Mataron al presidente de la junta.

—¿A cuál?

—No sé —el que contaba se encogió de hombros—. Mi papá nos contó. Dijeron que no hizo caso y no lo volvieron a ver. Lo encontraron botado por Puerto Venus.

Así vivimos, con las noticias de las muertes. Un día, yo estaba más grandecita, se nos aparecieron en el camino. Estaban vestidos como el Ejército y cargaban fusiles. Yo estaba con mi papá en la mula y nos obligaron a ir a una reunión. Pobre, mi papá hizo de todo para evitar que yo asistiera, pero de nada sirvió. Yo no sé qué le pasaba

por la cabeza, pero en la mía estaba en avisarle a mi mamá. Nos llevaron hasta La Torre, y ahí reconocí al señor Pereira, a la señora Jacinta, a don Roque. Y yo no era boba: supe que eran todos los de las juntas comunales. Mi papá saludó, me tomó de los hombros y me apretó contra él.

—No le vaya a parar bolas a esto, hija —dijo, y sentí cómo su abrazo era cada vez más fuerte—. ¿Me entendió?

Asentí con la cabeza. Varios hombres sin el camuflado repartieron volantes con información. «Es importante», decían. Uno de ellos se nos acercó. Me fijaba en su cara y en su ropa. A medida que se acercaba, vi que guardaba una pistola entre el pantalón. Era la primera vez que veía un arma tan de cerca. La voz del hombre me sacó de mi asombro.

—Léalo, mamita —dijo—. Usted ya tiene edad.

Tomé el papel, pero no sabía qué hacer. El hombre se quedó delante de nosotros. Su mirada era bastante dura, pero algo noté: su cara era la de cualquiera de nosotros. Tenía las mismas ropas y sus manos eran como cualquier trabajador. La diferencia, sí, era esa pistola, porque acá no llevábamos de esas cosas. Me quedé ahí quietica, pensando en lo que nos sucedía, mientras el hombre seguía frente a mí, esperando no sé qué. Recuerdo su cara que pasaba a ser más rabiosa, y entendí que quería que yo leyera en ese momento. Mi papá vio algo en mí: el miedo. Acarició mi cabeza y estiró su mano para que le entregara el papel. Estaba tiesa. Mis manos estaban tiesas; mis piernas eran la misma gelatina de pata. Como pude lo solté y mi papá se concentró en leerlo. Ahora que lo pienso, todo pasó muy rápido, pero en ese momento, fue una eternidad. El hombre de la pistola miró todo lo que sucedió. Antes de seguir entregando los volantes, se me acercó más.

—Tome. Es pa'que usted también entienda.

—Ella no sabe leer bien —respondió mi papá.

—No importa. Quien quita que vaya y aprenda pronto —dijo el tipo de la pistola. Se volvió hacia mí—. Guárdelo.



Lo agarré y lo guardé en un bolsillo.

Alrededor de los que estábamos había muchos hombres armados. Uno de ellos hablaba y hablaba, y a lo que decía, aunque no entendía, intentaba prestarles atención. Fue solo cuando pasó adelante una mujer morena, robustica, que me entró el miedo. Tenía el pelo crespo y corto, y su cara era redonda. No sería la única vez que nos la encontraríamos por acá. Ella era la que ordenaba.

—Ustedes tienen que portarse bien —decía la comandante—. Acá las cosas van a seguir igual, no se preocupen. Pero eso sí, nos tienen que informar. Si van a salir, deben decir pa' dónde es que van y a qué. Eso está muy claro.

Nadie decía nada. ¿Y cómo? Yo quería que no hablara más, que nos dejara ir a la casa para volver con mi mamá y jugar fútbol con mis hermanos. La mujer seguía.

—Nosotros acá no tenemos cárcel —y señalaba el suelo—. La cárcel está abajo.

Dejé de prestarle atención por un momento. Me distraje cuando vi dos hombres que se acercaban. Venían por el camino que da a Arboleda. Para mí uno de ellos no era nuevo. Semanas antes lo había visto farolear por la vereda; apareció con otros de un momento a otro por las casas, invitando a la gente dizque a reuniones para informar. «Milicianos», decían en el colegio, «vienen de La Hermosa», se comentaba. Aparecieron caminando a paso calmado, con mochilas al hombro. Se detuvieron al lado de una casa. De la mochila sacaron pintura y comenzaron a escribir en la pared. Me moví para ver bien lo que escribían, y reconocí una palabra, la misma del papel y la misma que estamparían por todo lado, en los colegios, en las casas, en los tablados: FARC-EP. En el camino de vuelta, estuve calladita. Antes de que oscureciera, saqué con cuidado el papel. Mi papá tarareaba una canción y el caballo iba despacio. Desdoblé el papel y leí. Arrancaba con lo mismo que dijeron cuando llegaron al convite, aquel sábado en que me enamoré del fútbol; decía que eran el ejército del pueblo, del Frente José María Córdoba de las FARC. Recuerdo que decía que luchaban contra el Estado oligarca y que estaban ganando. Mi papá dejó de cantar.

—¿Tiene hambre? —me preguntó.

—Voy bien.

Más abajo, aparecían unos números. Eran, decían, los muertos y los capturados al Ejército. Al final, decían que la guerra la iban a ganar. Volví a doblar el papel y lo guardé. Estiré las manos y apreté con fuerza. Ahora era yo quien abrazaba a mi papá.

Y así se fue pasando el tiempo. Mi papá comenzó a pasar mucho tiempo con nosotros. Cuando se podía, lo acompañaba a las reuniones de la junta comunal o del comité de cafeteros, mientras mis hermanos ayudaban deshierbando pa'l ganado o en los cafetales. Me comencé a interesar en muchas cosas de esas. Yo quería preguntar, pero me daba pena. Así fue, hasta que un día mi papá se dio cuenta.

—Mija, a usted no le debe dar pena. ¡Hable!

—¿Y si la embarro?

—Usted no es ninguna montañera —dijo mi papá— Usted es avispadita.

168

De eso me acuerdo y por eso es que ando por acá, como todos ustedes. Yo quería ser como mi papá. Se me fue quitando esa timidez de decir las cosas como las pensaba, de creer que no sabía nada, de pensar que no estaba preparada. Si yo no entendía algo, decía «venga, háblenme en otro idioma, porque si yo no lo entiendo, no voy a poder ayudar». En las reuniones se reían, pero no faltaba quien me ayudara. A veces no entendía, pero de a poco iba agarrando el asunto. Así se hizo. Solo que una vez sí me tocó callar y no preguntar.

Fue después de la toma de Arboleda. Una tarde entre semana. Esa gente estaba alborotada porque decía que el Ejército iba a llegar y hacían muchos controles. Yo estaba jugando fútbol con mis hermanos, cuando los perros comenzaron a ladrar. Dos hombres estaban frente a la entrada, uno de ellos vestía un camuflado. Eran normales estas visitas; aparecían con boletas, obligando a los presidentes de las juntas a ir a reuniones para darles instrucciones.

—Éntrense —dijo.



Mi papá apagó el radio y comenzó a ponerse los zapatos. Mi mamá encendió la máquina de coser. De repente, algo llamó mi atención. Por el camino había otras dos personas armadas, una de ellas era mujer. Le hacía señas a alguien y entendí que debía haber otros. Me fui rápido a la parte de atrás, por los lados del cafetal, y vi a varios bajo las matas, esperando. Fui a advertirle a mi papá antes de que saliera, pero ya estaban hablando.

—¿Usted no sembró coca?

—No, señor.

—Qué vaina, si eso es lo que está dando platica.

—No, señor, no estoy en eso.

—Pero su hermano sí tiene, ¿cierto?

—Creo que sí. Varios tienen por acá.

170

—Eso no importa. Mire, necesitamos que lleve a la gente a una marcha.

—¿Marcha de qué?

—Pa' que el gobierno no les quite la coca.

—Yo no sé de esas cosas. Yo a eso no voy.

—No se haga el marica.

Mi papá quería insistir, pero nadie podía hacer nada.

—Y que no se quede nadie en las casas.

—¿Nadie?

—Ni el perro —dijeron, mientras le pasaron un trozo de papel—. Estos son los que deben ir, pa' que les avise.

Se fueron.

El día de la marcha, Arboleda estaba lleno. Había gente de La Cruz, de los Animes, Guacas, El Bosque, El Castillo, de todo lado. Los líderes y los presidentes de las juntas iban adelante. Caminaron hacia Pensilvania para pedir que no erradicaran la coca. Salieron en medio del Ejército que había aparecido luego de la toma, pero todos sabían que entre los que marchaban estaban los milicianos para vigilar. Mis hermanos y mi mamá fueron obligados también a esa protesta; solo a mí me dejaron quedar. Cuando la marcha agarró más adelante del cementerio, monté en el caballo y volví a la casa a esperar.

Días después, volvieron a aparecer. Mi papá los recibió.

—¿Pensó lo de la coca?

—Por ahora, no.

—Vea que eso es bueno, les ayudaría mucho.

Mi papá no respondió.

—Mire, el viernes hay una reunión, para que le avise a la gente.

—Ajá, ¿y en dónde va a ser eso?

—En el colegio.

—Pero allá van a estar los muchachos en sus clases...

—Y allá mismito la vamos a hacer. No se preocupe.

Ese día yo quise ir al colegio. Mis hermanos no tenían ese problema; dejaron de estudiar desde ese año, no porque le hubieran perdido el interés al estudio, sino porque mis papás decían que así los podían cuidar mejor. «A los muchachos se los pueden llevar», le escuchaba decir a mi mamá frente a su máquina de coser. Al final, acordamos que iría, sí, pero cuando comenzara la dichosa reunión, debía regresar.

Ese viernes todo estaba normal, hasta que, de pronto, la profesora se quedó pasmada.



—Espérenme tantico —dijo, con su carita que se le iba poniendo como un papel—. Vayan guardando sus cositas.

Nos quedamos callados. Al momento, entró la profesora de nuevo. Detrás de ella aparecieron varios guerrilleros. Dejaron los fusiles recostados contra la pared y nos saludaron. A duras penas respondimos. Lo hicimos por miedo. Uno de ellos se paró frente a nosotros y comenzó a hablar.

—A ustedes les han dicho que nosotros somos malos.

Callábamos. Yo no quería ni mirar.

—Ustedes no vayan a creer en todas esas mentiras. Ustedes están acá en el colegio pa' no comer cuento a todo lo que les dicen.

Veía a través de la ventana. El cielo estaba oscuro y pensaba que iba a llover. Me alegré de haberme puesto unas boticas de caucho que me gustaban. «Que llueva bien bravo», pensaba, y así metérmele a cuanto barrizal hubiera en el camino.

—Todo lo que les dicen es pura mentira. Nosotros lo que hacemos es limpiar las veredas. Nosotros somos campesinos como ustedes, como sus papás.

Los árboles se movían de lo lindo con el viento. Pensaba en el olor de los cafetales cuando cae una borrasca fuerte y le pedí a Dios que lloviera. Todo eso pensaba mirando a través de la ventana, mientras que lo que hablaban se convirtió en puros cuchicheos. Seguí mirando hacia fuera, y ahí fue que los vi: otra vez dos hombres pintando algo en la pared de la escuela. Recuerdo la voz de la profesora que me volvió a la realidad.

—Váyanse juntos, váyanse juntos —nos advertía.

Salimos de la escuela calladitos. Alrededor ya se encontraban algunos de los líderes comunales y vecinos obligados a asistir, entre ellos mi papá. Pasamos por el lado del muro pintado sin hacer mucho ruido, como si no quisiéramos incomodar. Ahí estaban pintadas las mismas palabras que estampaban en las paredes de las veredas, en los retablos de los caminos. Me dio tristeza porque en las reuniones de las juntas

había escuchado lo orgullosos que estaban de la escuela; hablaban de cómo arriaron las mulas y los caballos cargados de ladrillos y cemento; de cómo organizaron los convites y los bazares para conseguir la plata; y también cómo levantaron los salones de clase. Y ahora estaban allí, mirando lo que escribían en el muro. Nos fuimos alejando. Antes de dejar de verlos, escuché una advertencia:

—Me hacen un favor —dijeron—. Esto no se borra.

Oigan, pero no crean que esto nos sucedió hace siglos. Acá hay algunos que hacen muecas de que no saben de lo que hablo. Y ya sé, muchos piensan que yo me la paso dándole vueltas al asunto, pero no crean. Sigán ahí sentados porque la historia sigue.

Mi papá volvió sin decir palabra. Se sentó en la silla de cuero viejo, puso los codos en la mesa y las manos le cubrieron la cabeza. Ahí estaba él. No le preguntó a mis hermanos cómo les había ido con el café, ni a mi mamá cómo iba con las camisas. De pronto, comenzó a hablar.

174

—Yo siempre quise estar en el campo. Siempre me gustó trabajar, nunca me dio pereza. Le llevaba el almuerzo a mi papá y cortaba pasto, recogía café. En las noches quería salirme, me gustaba el sonido de los grillos, y me desvelaba escuchándolos. Casi pierdo un dedo afilando un machete, pero no me dio miedo. Tenía seis años.

El sonido de la máquina de coser se detuvo. Mi mamá se levantó y se acercó a él. Algo le dijo al oído, pero él seguía agachado. Hablaron en voz baja.

—Me les negué —dijo mi papá. Su voz estaba cargada de miedo.

—¿Cómo así? Camine pa'l cuarto y me dice —repuso mi mamá, volteando la cabeza y mirándonos. Yo me hice la que no había escuchado.

—Me dijeron que fuera pa' Guacas.

—¿Cuándo? —preguntó mi mamá.

—Ya.

Mi mamá comenzó a lamentarse. Su respiración era agitada, pero se controló.



$2 \times 1 = 2$   
 $2 \times 2 = 4$   
 $2 \times 3 =$   
 $2 \times 4$



—Vamos a comer todos juntos. Después que los muchachos se duerman, hablamos —dijo. Se sentó a su lado y le puso un brazo encima. Mi papá siguió hablando de su vida cuando pequeño.

—¡Carmencita! —alzó la voz mi mamá—. Vaya caliente los fríjoles a su papá. Y no le ponga arroz, a él no le gusta eso así calentao.

Mi papá me miró.

—No importa, mijita, eso ahora no importa —me dijo.

Entré a la cocina y busqué unos palos para prender el fogón. Ahí sucedió. Los perros ladraron, cada vez más fuerte y más aletosos. Mis hermanos los mandaban callar, pero no hacían caso. Entendí entonces lo que pasaba. Unas voces que venían de la entrada saludaron y preguntaron por mi papá. Me asomé y vi a tres hombres, dos estaban normalitos, el otro de camuflado.

Mi mamá le pidió a mis hermanos agarrar los perros y amarrarlos atrás.

—¿Entonces no va a hacer caso? —dijo uno de los recién llegados, que se sentó sobre la mesa.

—...

—Usted, que venía siendo muy aplicado, ahora le dio por estas.

—...

—Vaya, no sea pendejo —insistió el hombre.

Pero lo que mi papá no le había dicho era la orden que debía cumplir. No solo debía ir a presentarse a Guacas, sino que tenía que llevar a mis hermanos. «Es pa' que vayan aprendiendo», le dijeron.

A las cinco de la tarde se llevaron a mi papá. Yo veía cómo se quemaban los leños; las chispas rojas saltaban y caían en el piso de tierra. Sentada, intentaba pisarlas para que se apagaran, pero mis piernas se sacudían, no podía ponerme de pie. Afuera, los

perros no dejaban de ladrar, mientras mi mamá y mis hermanos lloraban a gritos. Los vecinos pedían, rogaban para que no se lo llevaran. Pude verlo irse. Me apoyé en las paredes y salí hasta el portón. El camino, hecho un barrizal, no lo dejaba andar rápido. Se había ido sin sus botas.

Acá hay algunos que hacen cara de que no saben de lo que hablo. No vayan a creer que esto nos sucedió hace siglos. No, señor. Se aparecían en las casas y se metían; montaban sus campamentos en los corredores, pedían prestados los fogones. Se quedaban a comer y a dormir durante diez, quince, veinte días. ¿Y uno qué podía hacer? Había que dejarlos.

Para mantenernos, mi mamá siguió cosiendo y comenzó a hacer gelatina de pata. Las mandábamos a Pensilvania, a Nariño y hasta en Sonsón nos salió clientela. Lo que se ganaba era para mis hermanos que ahora vivían por los lados de Manizales. «Allá van a estar más seguros», decía mi mamá, aguantando las lágrimas del dolor. Y era cierto: se llevaban a los muchachos.

178

En la vereda ya no había muchos líderes. A veces, cuando se reunían sin llamar la atención, se les escuchaba lamentarse. Había pánico. Sin embargo, la guerrilla seguía llamando a las reuniones; mandaban razones o hacían llegar cartas. «Señor presidente: Por favor asistir el domingo a la vereda El Bosque a las 11: 00 de la mañana».

—Hay que ir, hay que ir —decían unos.

—A mí me da miedo. Si voy, me pueden pegar un tiro; si no voy, también —agregaba otro.

—¡Cuidado con mandar a los muchachos! A esos se los llevan —advertían otros más.

—Eso es por la coca. Van a querer que le metamos más a eso —apuntaban los demás.

—Plata, nos van a pedir que les demos otra vez más plata. ¿Y uno de dónde más? —señalaban varios.

Esa fue nuestra vida hacia 2004 y 2005. Yo seguí estudiando como quisieron mi papá y mi mamá. Con el tiempo las cosas cambiaron para bien. Hace un par de años, pasó algo curioso. Era un domingo. Algunos vecinos hablaban de lo difícil que se pone la vereda cuando llueve.

—Vea, pues, gente tan trabajadora que somos, pero no se nos ha ocurrido arreglar esta trocha —dije.

Alguien se volteó y me miró.

—Vea, mijita, ¿por qué no organiza de nuevo la junta?

—¿Yo? —respondí asustada.

—Sí, ¿quién más? —dijo otro.

—Su papá era muy trabajador —agregó alguien más.

No supe qué decir. Pensaba en mi mamá y lo que me diría.

—¿A usted no que le gusta? —agregó otra voz—. Usted era la que estaba pendiente, como su papá.

Teníamos los mismos problemas, pero ahora lo que no teníamos era líderes. El bicho me picó y dije, ¿por qué no? Era momento para trabajar de nuevo, y el apoyo se va ganando de a poco. Por eso estoy yo acá contándoles todo esto, la historia de un camino. Lo que les decía al comienzo, es solo un pedacito. Cuando la acabemos, van a ver las miles de historias que hay detrás de todo el trabajo que hicimos juntos. Porque, como se dieron cuenta, todo sí tiene que ver con todo. Y estos cinco kilómetros que tenemos acá sí tiene que ver con la historia de cada uno. ¿O quién me va a decir que no?

Bienvenidos y bienvenidas sean todas las personas que quieran conocer este libro de historias que se construyó con las experiencias y los testimonios de quienes habitamos este territorio, el corregimiento de Arboleda. Son seis relatos sobre los tiempos difíciles de la violencia, desde finales de los años ochenta, cuando se escuchó hablar con mayor fuerza de la presencia de la guerrilla de las FARC-EP, hasta la primera década del nuevo siglo, viviendo los abusos y señalamientos del Ejército, junto con el rumor de la presencia y accionar de los paramilitares. Pero eso sí, con la misma severidad que nos golpeó, así igualito, a ese mismo nivel resistimos, luchamos y aguantamos.

¿Que si sufrimos? ¡Claro!, como muchos no podrán imaginarse y como nosotros a veces ni queremos recordar. Pero entre lo que nos dejó este terror también está la memoria que se niega a apagarse, que nos recuerda lo mucho de lo que somos capaces y, sobre todo, les dice a quienes les somos desconocidos que la intención, al enseñarles nuestras cicatrices por medio de las palabras, es que esperamos que algo dentro ustedes se mueva hacia una reflexión profunda, algo que les permita decir junto a nosotros: que no se repita.



**ISBN Digital: 978-628-7561-67-0**  
**ISBN Impreso: 978-628-7561-66-3**



**Prosperidad Social**



**Centro Nacional  
de Memoria Histórica**